

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 13 - 19 junio 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 289

LAS PROFECIAS SE CUMPLEN

12.000 KILOMETROS A TRAVÉS DE AFRICA

Crónica de la expedición española Isabel, de Bata al Congo belga, por Tomás Blanco Flórez. (Pág. 32.)

BEVAN, LA "BALLENA ENCALLADA"

Todas sus opiniones en política exterior son pura utopía, escribe desde Londres Jesús Pardo. (Pág. 19.)

SUIZA, ESTADIO DE TRES CONTINENTES.

Prólogo a la V Copa del Torneo Mundial de Fútbol, por Rafael Sánchez Girón. (Página 61.)

Corpus en España: Una procesión para cada pueblo (página 11) ● Carta del director a don Juan López y López (página 15) ● Entrevista con Maximiano García Venero (página 16) ● La uva de Almería se vende en la India (página 17) ● Don Angel González Alvarez, nuevo catedrático de Metafísica en la Universidad de Madrid (página 43) ● Diez lecciones sobre la ruta del Quijote, crónica de las jornadas literarias por La Mancha, de José Luis Castillo Puche (página 46) ● Logroño, cosechas y ventura del Ebro, por nuestro enviado especial Enrique Ruiz García (página 49) ● El libro que es menester leer: Los viejos olvidan (autobiografía), por Duff Cooper (página 55) ● La seda es una joya (página 57).

EL VIERNES SANTO DE ANANIAS

Una novela completa por Manuel Iribarren.



EL LECTOR
PUEDE AVERIGUAR
LAS CLAVES DEL
FUTURO

UN MILLON DE KILOMETROS EN BUSCA DE LA NOTICIA



La sala de redacción de EL ESPAÑOL, vista a través de la cristalera del despacho del redactor jefe, es un hormiguero de actividad. Las «hormigas» almacenan datos sobre datos que son una mina de documentación.

LAS PROFECIAS SE CUMPLEN

EL ESPAÑOL cumple ahora un año de su nueva vida. Aquel mar de papel desplegado a la curiosidad de los españoles se ha recogido en un formato menor, casi de libro. Los dibujos, eficaces y deslumbrantes, cedieron su lugar al claroscuro de las fotografías. Pero el espíritu sigue siendo el mismo. Hay una directa conexión entre lo que EL ESPAÑOL decía en los años cuarenta y lo que expresa una década después. La figura cambia, mas el genio—carácter, ruidambre, vinculación—permanece. Si EL ESPAÑOL rebobaba optimismo en sus años mozos, puede en su segunda juventud afirmar que tenía razón. Hoy es, pues, lícito mirar a lo ya hecho. Sobre la anécdota de cada semana predomina en el tiempo algo constante y aleccionador.

UN LENGUAJE QUE NO SE HA ALTERADO

EL ESPAÑOL sacó a la calle su primer número el 30 de octubre de 1943. En él podía leerse un trabajo que se titulaba así: «Misión en Moscú». «Ha sido adulterado al llevarlo a la pantalla. En su libro, Joseph E. Davies atacaba a la U. R. S. S.: la película, la defiende.»

Estábamos en la época de la «luna de miel» entre Rusia y sus aliados ocasionales. Todo se falseaba—incluso el libro de Davies—en pro de esa efímera luna de miel. Hoy, los productores de esa película «maquillada» es muy probable que tuviesen que «posar» para las sesiones de televisión del senador McCarthy. Y esta vez no sin razón.

El 30 de octubre de 1943, cuando el mundo estaba en guerra y esa guerra era de resultado muy incierto, también salió el *New York Times* y el *Daily Herald*. Y en sus columnas se llamaba a Rusia con los más edulcorados

epítetos: «Nuestra gran aliada», «El heroico ejército rojo», etc.

Como el lenguaje de EL ESPAÑOL era muy distinto, naturalmente, éramos fascistas. Ese lenguaje no se ha alterado lo más mínimo en 1954; pero hoy ya somos, naturalmente, un baluarte para la defensa del mundo cristiano contra el comunismo.

Cuando se tiene en la mano un número de los dos aludidos diarios—y de otros muchos de la época—se tiene la impresión de que la postguerra iba a ser un bucólico idilio entre el Kremlin y Wall Street. En cambio, EL ESPAÑOL da la impresión de un agorero Jeremías detestablemente mal informado. Ya se ha visto quién tenía razón.

Un poco más adelante (el 29 de enero de 1944) EL ESPAÑOL gritaba en la primera página: «¡Alerta al Soviet! Una nueva táctica para adormecer las conciencias nacionales. Europa está

en peligroso riesgo de bolchevización.»

LAS PREGUNTAS INQUIETANTES

Faltaba casi año y medio para el día «V». Probablemente en las cancillerías este grito de alarma por Europa debió provocar alegres carcajadas. Pero, en efecto, la suerte estaba ya echada sobre nueve naciones europeas. Serían bolchevizadas, a pesar de lo que Byrnes llamó «la pleamar de Yalta», cuando Roosevelt, Churchill y Stalin brindaban, como a los banquetes de una boda o de un bautizo, por un «próspero y feliz futuro». No hubo remedio: las conciencias nacionales se adormecieron. El despertar, en Siberia.

A partir de febrero de 1944, EL ESPAÑOL comienza a lanzar a los cuatro vientos preguntas inquietantes: «¿Y después?», «¿Qué harán con Europa?», «¿Debe existir Polonia?», etc., etc. Preguntas sin respuesta. Inquietantes interrogaciones cuando los aliados occidentales están preparando los desfiles para la victoria, cuando todavía en Potsdam están las guarniciones de la Wehrmacht.

Siguen solemnes avisos y advertencias: «Stalin aspira al Mediterráneo», dice EL ESPAÑOL del 8 de abril de 1944. Para afirmar el 20 de mayo: «España defiende el Mediterráneo.»

A lo largo de este año, que entonces todavía se llamaba «crucial», no cesan los interrogantes y las interjecciones; se da la alarma en todos los tonos y en todos los tipos de imprenta.

Con tan sorprendente clarividencia se vieron evolucionar en las columnas de EL ESPAÑOL los acontecimientos mundiales, que en el verano de 1944 se publicó un artículo cuyos titulares podrían figurar hoy en la primera página de cualquier periódico del mundo: «La tercera guerra



mundial»: «Dependerá en su parte principal del curso que tomen las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. S.» ¡Y esto cuando todavía no había terminado aquella segunda guerra y cuando todavía estaban muy lejos de nosotros las desilusiones de Potsdam y de la Conferencia de Moscú, el «reflujo de la marea». Habían de pasar exactamente diez años para que la Prensa mundial hiciese un empleo casi diario de esa «escandalosa» y premonitoria titulación.

Es más. Al lado de esos titulares extraordinariamente preñados iba un recuadro con la siguiente leyenda: «El mundo atravesará una crisis decisiva en 1960».

Recientemente el lector ha tenido noticias del memorándum dirigido por Mao Tsé Tung a Moscú y que el senador norteamericano Knowland ha revelado. Pues bien, en ese memorándum se cita como fecha crítica precisamente esa de 1960.

POR DELANTE DE LOS ACONTECIMIENTOS

Otro tema de suma actualidad, tan de suma actualidad que prácticamente está todavía planteado en la Conferencia de Ginebra: las relaciones entre Inglaterra y los Estados Unidos. También aquí EL ESPAÑOL se anticipó en varios años a los acontecimientos. El 5 de agosto de 1944 se señalaron en EL ESPAÑOL cinco áreas de fricción entre esas dos naciones anglosajonas, y se decía lo siguiente: «Las divergencias históricopsicológicas existentes entre Norteamérica e Inglaterra pueden ser disimuladas por el hecho no corriente de encontrarse unidas en una misma guerra... Pero, ¿ocurrirá lo mismo cuando, normalizadas las situaciones, se encuentren ambas naciones en el terreno comercial?»

La respuesta ha sido provocada por la cuestión de China (comunista). Al no renunciar Inglaterra a comerciar con China, con todas las derivaciones políticas y diplomáticas que esto trae consigo, ha quedado abierta, sobre todo en Ginebra, como se ha visto, la crisis entre las dos potencias angloparlantes.

Sería el cuento de nunca acabar el hacer aquí un censo de cuanto se previno y se predijo en las columnas del semanario en su primera época. Previsiones y predicciones que todas, absolutamente todas, se cumplieron, por desgracia para el mundo. Hemos reparado, sobre todo, en aquellas consecuencias que todavía estamos tocando. El lector juzgará.

A pesar de todo, no se nos ahorró el triste espectáculo de la animosidad contra España, una vez terminada la guerra. Cosa que, claro está, también fue prevista en EL ESPAÑOL. Exactamente un año antes del cese de las hostilidades, en las columnas de este semanario se comenzó a defender la verdad histórica de nuestra neutralidad. A partir de entonces no se dejó de afirmar documentalmente esta verdad. Sabíamos que los tiros, a falta de otros argumentos, habían de venir por ese costado: «La neutralidad española se decidió «a priori». Ella no ha sido en absoluto una resultancia, un «a posteriori» de los cambios acaecidos en la guerra».

SE CUMPLEN LOS VATICINIOS

Otro capítulo: Las «Cartas a lord Holland», de Giménez Caballero, y otras muchas «cartas» se dirigieron a Inglaterra desde las páginas de EL ESPAÑOL avisándole de los yerros que estaban cociendo. La reivindicación de Gibraltar comenzó entonces a dibujarse como prenda de la



Muchas personas dedican muchas horas de trabajo para poner cada semana en las manos de usted el álbum de la vida que es cada número de EL ESPAÑOL

amistad angloespañola, y el escritor inglés Arthur Bryant escribía con tan buena fe como ignorancia de los propósitos británicos: «Las promesas a España no pueden ser olvidadas.» Y fueron olvidadas.

Por cierto que con este asunto de Gibraltar se insinuó el 25 de marzo de 1944, en las columnas de EL ESPAÑOL, un tema que había de preludear a la larga la amistad entre España y los Estados Unidos. «Por independizar a los Estados Unidos en 1779 renunciaron a Gibraltar. España envió fuerzas cuando Rusia ame-



Queremos ser el semanario de los españoles para todos los españoles. A la mayoría, siempre. Y la mayoría está en la calle, en el aula, en la oficina...

nazó con un desembarco en América del Norte.»

En la segunda etapa de EL ESPAÑOL se continúa en la misma línea que en la primera. Vuelto los países occidentales de casi todos sus errores, dividido el mundo en dos campos, las que fueron profecías se han convertido en previsiones. En previsiones que se van cumpliendo día a día. En EL ESPAÑOL se previó el resultado de las últimas elecciones, italianas, portuguesas y alemanas con una precisión extraordinaria; se pronosticó la evolución política

de Egipto y se señaló en muchas ocasiones, y otra vez contra un estúpido optimismo niope, que la muerte de Stalin no había alterado fundamentalmente los planes de la Unión Soviética para el futuro.

Para un año de vida en esta segunda salida es bastante. En realidad EL ESPAÑOL ha cumplido sabiamente con un precepto periodístico establecido por lord Beaverbrook: «Estar bien informado no consiste en saber lo que ocurrió ayer, sino en saber lo que puede ocurrir mañana.»

¡ARRIBA LOS ESPAÑOLES!

Las cosas tienen que pasar para que luego se hable de ellas. Pero hay una manera de acercarse a la realidad con ojos diferentes. Para lograrlo, al hilo de un reportaje o de un editorial, es preciso poseer un armazón interno, una clave sentida y esclarecedora. Tal propiedad resumía el «¡Arriba los españoles!» del primer ESPAÑOL, que transformaba en «slogan» actuante la vieja afirmación de Ramiro Ledesma: «España no ha sido un pueblo en decadencia, sino un Estado vencido en Rocroi.» Sobre la pirámide de fracasos anteriores —desde la frustración de la guerra de la Independencia hasta la ruina de la Restauración y la II República—, EL ESPAÑOL lleva en las entrañas la esperanza. En su primer número se proclama la voluntad de construir una Revolución nacional que sea a la vez un logro y un remedio. En el segundo se pide «la existencia de una disciplina intelectual y moral que, aun sin órdenes concretas, haga que cada militante se produzca de manera que contribuya al objetivo común». El rumano Theodorescu esboza en una página la misión «europea» de España contra los extraños que quieren hacerla segundona o seguidora de ajenos rectorados.

Tampoco se olvida nuestra industrialización, prevista cuando

aún se hallaba en mantillas. Como ejemplo valga el artículo que en el número del 7 de noviembre de 1942 publicó Antón Zischka, aunque errase al limitar la nueva industria a la elaboración de nuestras materias primas. Ninguna inquietud se escapa: «La libertad de España demandará también la fortaleza del Estado.» «Si queremos tener una potencia nacional—se escribe el 28 de noviembre de 1942—solamente lo conseguiremos si tenemos una fuerte industria que respalde nuestro poder militar.»

Hay una previsión muy sutil el 7 de marzo de 1943. Se asevera «el fracaso de las masas». Cuando la marcha de la guerra mundial y los latiguillos propagandísticos hacían ver el futuro como fácil consecuencia de un liberalismo a ultranza, EL ESPAÑOL supo ver el meollo. Hoy la política de gabinete y secretreo es la que domina en las cancillerías.

1943: «ESPAÑA OBTENDRÁ LA DEBIDA COMPRENSIÓN»

Resulta fácil decirlo ahora. No tanto en 1943. Mas el 26 de ju-

Una batería de ficheros en nuestra Redacción tiene siempre el dato exacto que necesita el redactor para tener bien informados a los lectores de EL ESPAÑOL. Pretendemos que nuestros reportajes sean siempre exactos y bien documentados

nio de aquel año EL ESPAÑOL sabía ya que estaba próximo el momento en que, abocados a la madurez política los Estados Unidos, España alcanzaría la debida comprensión en el exterior. Las afirmaciones rotundas se siguen unas a otras: «Un Estado es fuerte cuando sirve a un gran destino». «No somos comparsa de nadie.» «El 18 de Julio es irrevocable... Al acercarse de la paz, una paz incierta y confusa, EL ESPAÑOL tiene a bien proclamar, aunque entonces muchos no le comprenderían, que «España ha de incrementar sus relaciones con Estados Unidos y el Brasil». Era el 4 de noviembre de 1944.

Al año siguiente—5 de mayo—la claridad prosigue: «Estamos seguros ante el mundo. Nuestro Régimen tiene garantías para la paz. Cooperaremos en la gran tarea universal. España afirma la seguridad del Mediterráneo». Luego, el 25 de agosto, se remacha valientemente que, sean cuales fueran las intrigas exteriores, no habrá otra vez guerra civil. La lucha dialéctica contra las campañas difamatorias extranjeras se mantiene y acrece. Aunque el mundo no lo vea, se señala reiteradamente, con más intensidad desde abril de 1946, el peligro ruso y sus amenazadoras intenciones hacia los candorosos aliados de la víspera. En los problemas de casa tampoco se queda EL ESPAÑOL atrás. EL ESPAÑOL se ha encastillado en una postura auténtica y nacional. Cuando el 3 de mayo de 1947 sale el último número de aquella etapa deja en el aire una sementera de afirmaciones esperanzadas cuya verdad y eficacia él mismo habría de comprobar.

NO PERDIMOS LA FE, NI LA ESPERANZA, NI LA CARIDAD...

«Durante este tiempo no perdimos la fe, ni la esperanza, ni la caridad...» El director escribe desde el nuevo ESPAÑOL a Angel María Pascual, aquel corresponsal en Cosmosia que murió casi con el último número de EL ESPAÑOL antiguo. Y, en efecto, EL ESPAÑOL no había perdido ninguna de sus virtudes en los años de silencio. Ahora iba a inventariar, como frutos logrados, todas las realizaciones adivinadas en su primera etapa.



«De potencia a potencia» es el título de uno de los primeros editoriales. España negocia con Norteamérica de igual a igual. Estamos en junio de 1953. Pero, de todas formas, quizá el gran acierto de EL ESPAÑOL en su segunda época haya sido presentar el deseo que los españoles sentirían porque reapareciera. Un hecho concreto y real, traducido en un telegrama sin vuelta de hoja: el que de Barcelona llegó anunciando que en dos horas se habían agotado todos los ejemplares disponibles. Y lo mismo sucedió en toda España.

Metido en tarea, EL ESPAÑOL se puso a describir, sin literatura ni nostalgias, el aire nuevo que el país había ido tomando mientras él se ocultó como un segundo Guadiana. «Jaén está en España». «La Mancha es ancha y existe». «El Pirineo es así»... Los lemas que encabezan los reportajes viajeros de EL ESPAÑOL están bien claros. EL ESPAÑOL acertó, está acertando en esta segunda época, que España es una realidad viva y gozosa, que la gente quiere conocer y se complacía conociéndola. Los regadíos, las centrales hidroeléctricas o las grandes fábricas tienen un fondo humano y un tremendo valor social. Y las estadísticas, con sus rimeros de números, encierran un cupo inexplorado de alegría. Los ases de la soldadura tienen sitio junto a los Jurados de Empresa. Y un muchacho aventurero, formado y curtido en el Frente de Juventudes, puede narrar aquí su aventura a través de la América española.

UNA VENTANA ABIERTA A LA ESPERANZA

No fué por capricho, y bien se supo luego, por lo que EL ESPAÑOL avivó la centellica de la esperanza en los familiares de los españoles cautivos en Rusia. Mas antes de que se hiciera realidad un regreso presentido y deseado por todos, EL ESPAÑOL devolvió viejas imágenes junto a datos desconocidos. Así llegó a nuestra redacción una carta emocionada en la que contaba una madre, como desahogo del corazón, que allí, en nuestra portada, estaba la cruz que vigilaba el descanso de su hijo en los campos de Rusia.



Bajo la dirección de uno de los confeccionadores, los tipógrafos van configurando las páginas de EL ESPAÑOL. Trabajo de la más pura artesanía

Y en la temática nueva, esa que estaba al alcance de la mano, surgen «Esa familia de la clase media» y esas revisiones de la manera que los españoles tienen de divertirse o de oír en la Semana Santa, que convierten a EL ESPAÑOL en amigo directo de cada uno de los iberos, vivan en aldeas, pueblos, villas o ciudades. A los precios y a los bulos que les acompañaban de vez en cuando también les ha dado EL ESPAÑOL sus buenos tientos, adivinando, como es natural, que había mucho ruido y escasas nuevas. El mismo ruidillo que acom-

pañó a fantasmones destripados por EL ESPAÑOL, como quien no quiere la cosa, sin dárles importancia, ante la mirada complacida de sus millares de lectores, que cada día son más y van creciendo de tal manera que parece inmodestia decirlo. Ellos son los que han refrendado la exactitud de su nueva definición: «Semana de los españoles para todos los españoles».

“EL ESPAÑOL” POR DENTRO

La lucha con el tiempo es una constante en la vida de todas las publicaciones. Esta premura tiene en nosotros un algo de quirófano en el que se hallara extendida la actualidad mundial para ser operada en cura de urgencia y con prisas de casa de socorro.

La angustia de la muerte, la prisa porque lo noticiable no se nos quede sin vida entre las manos es dada por la esencia misma de la actualidad, que es así de frágil, alada y fungible, y hasta etérea y volátil, con una belleza pasajera que pasa y rompe sin ruido, como las pompas de jabón.

Llevamos un año de escribir a los lectores en esa otra etapa que alguien ha calificado como

de segunda salida de Don Quijote, y la verdad es que no nos pesan nada las comparaciones que nos incluyan en la gran categoría de esa gran locura que nos hace romper lanzas por las causas nobles y en contra de los entuertos que se nos cruzan por el camino.

EL ESPAÑOL, señores, es tan generoso que no es de éstos ni de aquéllos, sino de todos y para todos los españoles, y en un hacer honor a esa generosidad, al cumplirse un año justo de nuestra segunda actuación, queremos ofrecerle al «respetable público» lo que esos prestidigitadores que se deciden a explicar la trampa y el cómo y el por qué salió un conejo del interior de la chistera y un juego de serpentinas o pañuelos de colores pudieron ser servidos al público en copa de vino español. También nuestro semanario tiene su trampa; está entrapado EL

La distribución de EL ESPAÑOL debe cubrir todo el territorio nacional. Las banderitas clavadas en el mapa señalan las plazas donde ya contamos con «cabeza de puente»



Unas catorce mil líneas de texto lleva cada número de EL ESPAÑOL. Estas máquinas son las encargadas de componerlas

ESPAÑOL y esta es la causa de que consideremos el cierre de la anualidad como un serio motivo de reunir algo así como la junta general de accionistas para comunicarles cómo anda la marcha entera del negocio.

NUESTRA VIDA SECRETA

Hoy echamos la casa por la ventana y los pies por alto. Vamos a revelarlo todq aunque nos

quedemos sin recámara y sin secreto. Echaremos fuera hasta las tripas, las tripas de este periódico, de nuestras entretelas, para que les dé también el aire y la curiosidad a las entrañas.

Nos quedamos sin trastienda y rebótica, sin cámara secreta y cuarto negro; daremos al dominio público nuestros chismes más privados, pero nos quedará la satisfacción de haber echado el resto en el contento de un aniversario que celebramos con alegría que, si no puede ser de padre, al menos es de padrino, un padrino que lo echa para que quien quiera se lo gaste en vino.

Ahí va la vida secreta de EL ESPAÑOL. Las tripas y el mecanismo de nuestra revista, que son cosas que hasta ahora desconoce el curioso lector que tiene en sus manos la obra terminada, como un milagro de ajuste en el que no sobran líneas, donde todo está medido y no caen cascadas de plomo sobre el extrarradio de los márgenes en blanco.

DE GRADA Y DE MESA CAMILLA

Hay un tipo de hombre por ahí que bien

podríamos calificar de «españolomano», que se ha afiliado a nuestra revista con una filia casi futbolística y un entusiasmo de «hinchas». Ese es el hombre de la calle y el que viaja en los trenes, el de las tertulias de café y hasta el hombre domiciliario y tranquilo de la mesa camilla, que nos toma como una infusión de ideas y opiniones, como una tisana y un curatodo muy útil en las veladas. Para unos y otros, para los hombres de su casa y los más dados al callejeo, altos y bajos, sanguíneos o linfáticos, los vitalistas y dinámicos, vociferantes de grada, y los serenísimos, reservones e inescrutables como la cara de un chino..., para unos y otros vaya nuestro saludo.

Un periódico es como un ser vivo, como una criatura que puede tener buena u óptima salud, y hasta es capaz de enfermades y de sentirse afectado por la escarlatina. Pero tranquilicémosnos todos, porque la salud de EL ESPAÑOL es tan buena que puede decirse que a nuestro semanario le rebosa por todas partes, y su popularidad es tan grande que le ha hecho alcanzar una tirada de periódico mayor en estos momentos en que tantas revistas nuevas han concurrido libremente en el mercado de la competencia.

Pero entremos ya en materia de cómo se hace EL ESPAÑOL; descorramos los velos del trucaje para descubrir, si de verdad existe, la trampa y el cartón.

EL «MENSAJE A GARCIA»

Se hace sobre la actualidad. Nuestro servicio de escuchas radiofónicas y hojeadores (u ojeadores, como ustedes quieran) de la Prensa diaria confeccionan sobre lo que en España y en el mundo ocurre las listas de posibles temas de reportaje. Unas listas bastante largas, en las que muchas son las cuestiones llamadas y pocas relativamente las escogidas. Esas listas de «elegibles» entre el despacho del director y el del redactor jefe quedan decididas en criba y el «mensaje a García» se reparte con esa rapidez que es precisa cuando ha llegado la hora de la acción.

No se suele preguntar el cómo, el dónde, el cuándo, el porqué, el quién, sino que los fundamentos de las noticias se buscan sobre la misma fuente.

Las muchachas del archivo, las anónimas y nunca bien ponderadas muchachas del archivo, se contagian también del dinamismo general que circula por todo el organismo.

Suenan los teléfonos. Se llama a larga distancia a esa hijuela, a esa gema de nuestra propia carne que es la eficiente y dinámica subredacción de Barcelona, que tan bien demuestra la realidad bipolar de nuestra presencia activa y simultánea en las dos mayores ciudades españolas. Entre Madrid y la Ciudad Condal queda fijado el temario definitivo de cada uno de los números, y desde entonces ya no habrá pausa ni punto de reposo hasta que todos los trabajos, con su complemento gráfico, estén dispuestos sobre la mesa central.

Fuera rueda la «rueda», la ronda volante de entrevistadores de EL ESPAÑOL

En poco tiempo...
hablará Vd.
INGLES o FRANCÉS
POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

Cursos Fonobilingües
Poliglophone
(CON discos o SIN discos)

PIDA FOLLETO GRATIS A
Centro
de
Cultura
por
Correspondencia



ANTENA A TODOS LOS VIENTOS

Mientras tanto, los enviados especiales han salido en «raid» para fuera o para dentro de España. Esos enviados en misión que viven con toda su intensidad y prisa el acontecimiento que tienen confiado. Una visita a Berlín en algaradas; una marcha sobre la arena del Sahara; el atravesar las tierras que, como las de la «vendetta», conservan costumbres ancestrales de una civilización; el viaje entrañable por tierras portuguesas o el elegante de la Costa Azul y la Riviera italiana..., y que otras veces será la vuelta de los prisioneros españoles en Rusia, de cuya existencia nuestro semanario dió, antes que nadie, noticia. Y otras muchas aventuras que nuestro periódico ofrece al dinamismo y la audacia de sus enviados especiales de fuera y dentro del país.

Bien jerarquizado, las órdenes van, en nuestra revista, de la mesa del director a las del redactor-jefe y del secretario de redacción para distribuirse por todas las otras mesas especializadas. Y las órdenes son inapelables.

A veces un enviado recibe la indicación de marcha cuando faltan sólo unas horas para la salida del tren en el que se le ordena partir. A toda prisa se precisa, a veces, una carta de presentación con ruego de que se den las máximas y más rápidas facilidades a quien va a tener el tiempo pisándole las puntas más que los tacones. «Sucedió mañana y fué relatado ayer», podría ser un lema de ese vivir aprisa, aunque no precipitado, en el que un hombre vuela con una orden concreta y amplias facultades para su cumplimiento de esta o la otra manera según aconsejen y le permitan las circunstancias.

¡Ay domingos de los redactores de EL ESPAÑOL!, que los pasan tantas veces en el tajo de aquí o allá en un estudiar la documentación de un reportaje, en ruta por tierra, aire o mar; tantas veces en un paisaje que no es el habitual o entre paredes que no son las estrictamente hogareñas.

Los que quedaron ya nada saben, por unos días, de quien marchó a una cuenca minera, a una leprosería, a los pies de presa de un rosario de embalses, del que se fué a los puertos en un camión de pescado o de quienes recorren cualquier ruta de producción agrícola, o bien andan lejos bajo soportales de provincias o por montañas y bosques a medio conocer.

Pero éstos, en cualquier momento, pueden oír la voz del redactor-jefe, que, por teléfono, les dice: «¿Qué tal va eso?»

MILLONARIOS EN KILOMETROS

Los enviados especiales de EL ESPAÑOL han recorrido en un año, por dentro y fuera de España, novecientos sesenta y cuatro mil quinientos cincuenta kilómetros. Una fabulosa cifra que, en un solo año, nos ha hecho casi millonarios de la distancia por tierra, por mar y por aire, en la que no sumamos la separación a que se encuentran los correspondientes hijos destacados en varios países del extranjero. Esa distan-



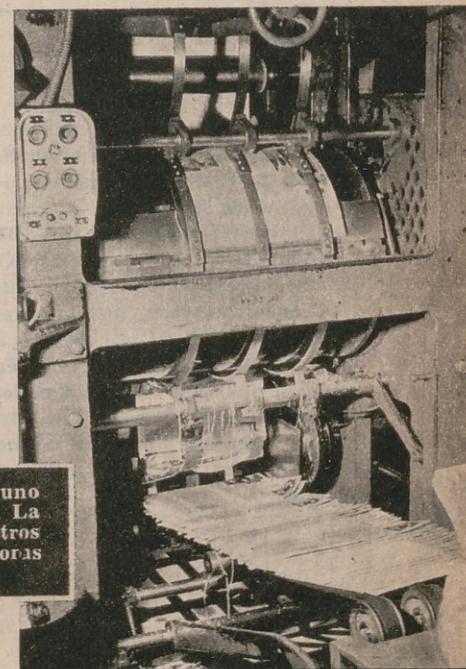
Sobre la platina iluminada se dan los últimos toques a las páginas del periódico. El puzle de fotografías, dibujos y textos ha sido hábilmente ordenado por el confectionador que dirige los trabajos de imposición

cia, recorrida por nuestros enviados especiales, supone, puesta en línea recta, más de veintidós vueltas al mundo por la línea del Ecuador.

Pero mucho más que lo que recorren nuestros enviados vuelan los ejemplares del semanario, que tiene suscripciones en todas las partes del mundo. Lectores de Europa, de América, de Africa (del Norte, Africa Occidental Española, Guinea, Africa Occidental Portuguesa, Sudáfrica), en Asia (ese suscriptor misionero en Ceilán, el padre José Alvarez, que nos saluda desde Colombo), y en Oceanía (especialmente representada por los paquetes de Filipinas). En todas las partes del mundo hay gentes que leen EL ESPAÑOL.

Según nuestro servicio de estadística, si se pusieran unos encima de otros todos los ejemplares de nuestro semanario que se han publicado en doce meses, darían una altura equivalente a sesenta veces la del edificio «España» de Madrid, que es el más alto de todo el país. También con ellos se podría hacer una frágil escalera en caracol a la cual solamente le faltaría un kilómetro para ser tan alta como el Everest. Si se pusieran en el suelo, extendidos uno a continuación de otro, se podría hacer con ellos un estrecho camino alfombrado que llegaría de Madrid a París, o sea desde el paralelo 40 de la Tierra hasta el paralelo 50. Cubriendo, pues, un arco de diez grados.

La rotativa va sacando uno a uno los números de EL ESPAÑOL. La importante demanda de nuestros lectores requiere veinticuatro horas semanales de tirada



LO LEEN HASTA LOS NEGROS

Y es que EL ESPAÑOL lo leen hasta los negros, como lo demuestra el hecho de que una buena remesa de ejemplares se envían todas las semanas a la Guinea continental e insular española.

Hasta ahora el país hispanoamericano, cuyos paqueteros reciben un mayor número de ejemplares de nuestro semanario, es Argentina, por paquete aéreo y por suscripciones individuales, casi todas en direcciones del mismo Buenos Aires. En segundo lugar

está Colombia, con una gran cantidad de suscripciones individuales.

Respecto a la distribución por dentro de España, las regiones más consumidoras de nuestro semanario son, por este orden: Cataluña, Provincias Vascongadas, Valencia, Aragón, Murcia, Asturias, Baleares..., como prueban las cuentas de nuestra administración y el gran mapa de banderitas en el que se refleja los avances del periódico como en una toma de cotas en batalla campal.

Durante un año EL ESPAÑOL ha publicado cuatro mil ciento setenta y dos fotografías inéditas, doscientos setenta y ocho dibujos, noventa y cuatro gráficos. En la sección «El libro que es menester leer» fueron resumidos catorce libros editados en Norteamérica, trece impresos en Francia, ocho en Inglaterra, ocho en Alemania, dos en Portugal, dos en la Argentina y uno en Italia. En total, cuarenta y ocho libros recién editados en el extranjero, de los que nuestros lectores tuvieron un cuidadoso resumen traducido.

Forman una verdadera montaña las cartas recibidas de los lectores, en las que se nos sugieren temas y hasta se proponen secciones nuevas. Unas veces es un alcalde rural que nos invita a que visitemos su pueblo; otras, un párroco o una simple y sencilla alma rasa, un hombre sin casi ninguna graduación social, quien nos explica, en larga misiva, toda la gran importancia de una cuestión completamente nimia. Y es que todos se han dado cuenta que es el nuestro un semanario que habla de Madrid y de los pueblos y las provincias por las que tiene siempre destacamentos y patrullas de información como ojos y oídos de EL ESPAÑOL por toda la geografía de la Patria. Quizá la mejor definición de nuestro semanario es la que nos ha llegado de un hombre que habita en una aldea casi desconocida, en una aldea perdida entre montañas y valles, y que dijo que el nuestro es «un periódico de la periferia editado en el centro».

FUERTE ESPIRITU DE EQUIPO

Otra de las cosas más cuidadas en la vida interior de nuestra revista es el espíritu de equipo, el sentido de solidaridad en una misma tarea. Las mismas entrevistadas en rueda nos prueban ese espíritu de equipo que hemos sabido implantar entre nosotros y que es como el «todos para uno y uno para todos» de un modernísimo espíritu mosquetero.

El espectáculo que ofrece nuestra redacción en las horas de cierre es para visto mucho más que para descrito. El tecleo nervioso sobre las máquinas de escribir, la llegada de esa pequeña nube de fotógrafos que nos ayuda; el sonar de los timbres de los teléfonos; la consulta final a las fichas, a los libros y a los mapas; las exclamaciones del redactor-jefe que llama con los nudillos a los cristales de su vidriera con la misma manera de avisar que tienen las empleadas del Metro madrileño para quienes pasan sin la entrega del billete a la salida. Los espoleos del secretario de redacción a los que parecen lanzados en una carrera contra reloj. Y, a última hora, siempre queda algún rezagado que, casi al tiempo de cerrar, sube la escalera sudoroso y pide una máquina de urgencia en un «Dejadme solo» enternecedor que a veces necesita de un quite oportuno entre las mismas astas del toro del tiempo, que viene a la carrera.

En sucesivas remesas, el original sale para los talleres, con los que, durante la composición y muy especialmente durante las horas de ajuste, hay que estar en casi continuo contacto telefónico. Los confeccionadores de EL ESPAÑOL están allí con los tiposgrafos junto a las platinas y en ese aire que tiene el delicioso veneno de las máquinas; con ellos suele ir por turnos quien ha sido designado a vigilar atentamente las tretas de ese diablo de imprenta que provoca esos gazapos de los que nadie se da cuenta, a veces, hasta que el número está en la calle.

TODA ESPAÑA LEE «EL ESPAÑOL»

Y ya es cuestión sólo de horas la salida de EL ESPAÑOL, y de

suerte, porque una avería en la rotativa puede ser causa de la pérdida de los correos y provocar un problema entre las filas de hombres que en la sala de cierre «embuchan», pliegan, cosen y cuentan los ejemplares que les llegan en cadena sin fin desde la rotativa.

Y ya está. Ha salido EL ESPAÑOL, que desde la imprenta va en camiones a la distribuidora, a los paqueteros, sale en todas las direcciones de la rosa de los vientos hacia lejanos suscriptores. Números que van a Sao Paulo, a Roma, a Tánger, a Tampico, Ankara, Róterdam, Dublin, Stuttgart, Caracas, Colombo, Manila... a la más variada geografía, a los más distintos paisajes, como una bandada de mensajes que salen, al mismo tiempo, para todas partes.

Muchos millares de suscriptores, una montaña de paquetes que la distribuidora se lleva y el éxito de la venta directa en los quioscos y librerías de ferrocarriles.

Nuestro periódico forma como un gran mecanismo de reloj en el que cada ruedecilla tiene su puesto, pero sin que eso suponga un mecanismo sin espiritualidad y valores humanos, porque en la gran organización de EL ESPAÑOL caben siempre los pequeños detalles que vemos con gran humanismo quienes somos, al menor pretexto, unos sentimentales. Porque nos produce, por ejemplo, verdadera ternura esa ficha del primer suscriptor de nuestra segunda etapa. Se llama Florencio Chicote Sánchez y vive en el pueblo de Badarán, en la provincia de Logroño. Para él, en nuestro aniversario, vaya un golpe de chistera, de quienes en la brecha de EL ESPAÑOL estamos dispuestos a relatar la vida de los pueblos como Badarán, por pequeños que éstos sean. Porque de la suma de todos los pueblos y lugares, con sus problemas menudos, su sencillez de vida y su bondad natural, es de lo que obtenemos la imagen realista de todo el país, del que procuramos informar no desde una fuente de papeles, sino sobre la tierra verdadera de esa España nuestra que lee EL ESPAÑOL.

(Fotos de AUMENTE)

Ha llamado extraordinariamente la atención a cuantos cada día visitan la Feria Internacional de Muestras de Barcelona, el Stand que presenta INDUSTRIAS DE GRABACION Y REPRODUCCION ACUSTICA. Nosotros, que ya conocíamos sus instalaciones sitas en Llansá, 44, de esta capital, hemos querido ser también copartícipes con todos aquellos visitantes que a cada hora del día se paraban frente al mismo para ver las novedades allí expuestas.



Nuevas reflexiones para don Jesús Iribarren

III
DEMOSTRADA la licitud y la conveniencia de la vigilancia previa sobre la Prensa, máxime en un Estado confesionalmente católico, apreciación básica que olvida el señor Iribarren, continuamos hoy, en un plano de absoluta serenidad, el análisis de su artículo. No vamos a reseñar las muchas cartas recibidas en nuestra Redacción, favorables a nuestras reflexiones, ni vamos a ocuparnos hoy de los juicios que formulan sobre él varios sacerdotes y religiosos de gran prestigio, en términos claros y contundentes, y que prometemos reproducir en próximos números.

Al parecer, para el señor Iribarren todo puede ser materia legítimamente noticiable, es decir, que los criterios a que ha de sujetar el periodista su actividad no han de entrar en juego para discriminar si es o no moral, correcto, conveniente, justo y oportuno dar cabida a una determinada información, o, a lo sumo, han de entrar simultáneamente con la noticia. Únicamente conforme a esta teoría tienen explicación suficiente esas frases del señor Iribarren: «Sólo después de la información —dice— o simultáneamente con ella, viene el deber de opinar y enjuiciar los hechos correctamente». «Los problemas de criterio —insiste— vienen sólo después de resuelto el problema de la información.»

A nuestro entender, esto sería sencillamente arriesgarse a conceder los mismos derechos y a poner al mismo nivel —como escribe el cardenal Dalla Costa— a todas las religiones y a las doctrinas más opuestas a la verdad y a la falsedad, al bien y al mal. Ya en 1946 daba Su Santidad esta sabia regla: La verdad también es discreta y sabe que la realidad debe circunscribirse a veces por la reserva, para que el mal no se difunda, mientras el bien se difunde. Para el mal, para lo que pueda dañar la salud espiritual, moral, política o material de los individuos, de las familias y de la comunidad, no puede ni debe permitirse que sean utilizados los medios de difusión y mucho menos medios de tan largo alcance como la Prensa, que, una vez en la calle, no reconoce límites de edades, ni fronteras de preparación, ni distingue entre niveles culturales y religiosos. Que el Estado cumpla esta misión de tutela y defensa de la comunidad frente al mal, nada tiene que ver con la mayoría o minoría de edad de un país. Es nada menos que una obligación contenida, según explican los teólogos juristas, en el Derecho Natural, máxime cuando se trata de un Estado católico y del Gobierno de un país íntegramente católico. España es un pueblo mayor de edad, y el punto máximo de su curva histórica lo alcanzó estando vigente la «Censura previa». No se sintieron ni fueron por ella humillados nuestros escritores del XVI, del XVII y del XVIII. Tampoco fue mutilada su libertad, la libertad para lo bueno, claro está, que es para lo único que nos fué dada tan altísima facultad.

Don Jesús Iribarren pasa inexplicablemente por estas cuestiones sin ahondar en ellas, dejándolas, como quien dice, en la cuneta. Sin embargo, siempre será cierto que «la imprudente información puede ser un crimen» en el nuestro y en cualquier país del mundo. Hubo y habrá un «tempus loquendi» y un «tempus tacendi», como decía en ocasión memorable a unos periodistas el Santo Padre. Llegar a la aplicación de estos principios de conducta en la vida privada y en la pública, en la defensa de los derechos de la persona humana y de los de la colectividad, es justamente la mejor prueba de madurez, de mayoría de edad en el proceso político y no lo contrario, como des-

afortunadamente parece dar a entender el articulista al considerar que la regulación de la Prensa existente en España nos hace correr el riesgo de que, como en otras morbosas intenciones, el menor se busque en rincones sombríos la información que sus presuntos educadores no le quieren dar por respeto al pudor. Fuera de que, extremando el argumento, se sigue que también la educación sexual tendría que ser pública para evitar los rincones sombríos y las deficiencias de los «presuntos educadores», criterio que no está de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, preferimos considerar estas frases como un mero efectismo literario o el maquillaje de línea gruesa, que encubre la debilidad de un argumento sofisticado. A este propósito, optaremos siempre por aquella observación del cardenal de Florencia: La libertad de Prensa, tal y como hoy se entiende, supone que todos son capaces de adoctrinar sobre cualquier cosa y que todos son capaces de aprender cualquier cosa, lo que es el summum del absurdo.

Para el señor Iribarren la censura previa «hace perder peso y prestigio» y «desde un ángulo puramente periodístico, la censura tiene muchos más inconvenientes que ventajas», al mismo tiempo que «rebaja el nivel profesional del periodista y el colectivo de la Prensa». Permítasenos esta sencilla observación: la Iglesia tiene establecida la censura previa para los sacerdotes sobre todos los temas y para los seglares en las materias que se relacionan directa o indirectamente con el dogma y la moral. Luego, según el articulista, podría alguien concluir que la Iglesia mantiene a los sacerdotes en una permanente e insuperable minoría de edad, y que la censura eclesiástica también debe registrar más inconvenientes que ventajas, pues hace perder peso y prestigio, rebaja el nivel profesional de los escritores católicos y quita valor a la opinión pública católica. ¿Cómo calificaríamos a quien se atreviese a formular tan gravísimas acusaciones? ¿Que don Jesús Iribarren habla exclusivamente desde un ángulo puramente periodístico? En primer lugar, le recordamos unas palabras, realmente preceptivas, de la Encíclica «Pascendi»: Los periódicos y revistas escritos por católicos tengan, en cuanto fuere posible, censor señalado. En segundo lugar que, para un católico, el periodismo, desde cualquier ángulo que se le mire, ha de estimarse condicionado y limitado por las exigencias doctrinales, dogmáticas y morales de la Iglesia y por las que dimanan de la misión esencial y específica de la Prensa: informar y orientar en orden a la consecución, mantenimiento y desarrollo progresivo del bien común nacional. Lo periodístico como categoría neutra desde el punto de vista moral y nacional, independiente y ajeno a otros valores de orden superior, es algo inaceptable para cualquier Estado realmente católico, para cualquier pensador católico, para cualquier periodista católico.

Late en el planteamiento del señor Iribarren otro equívoco que es preciso puntualizar debidamente. Se consideran como idénticas la «Libertad de expresión» y la «Libertad de Prensa», sin tener en cuenta que la «Libertad de expresión» dice relación directa al área puramente privada, mientras que la «Libertad de Prensa» —de información— repercute directa y necesariamente en el área pública y social mediante el uso público de instrumentos técnicos, de tal manera que, con una acepción más exacta, debería llamarse «Libertad técnica de divulgación». Ahora bien: conforme a una moral estricta ni siquiera en el área privada podemos ejercer este derecho de la «Libertad de expre-

sión», sino dentro de ciertas normas y limitaciones. La doctrina católica sobre el particular es perfectamente clara. En cuanto a la «Libertad técnica de divulgación» —en nues'ro caso «Libertad de divulgación a través de los órganos informativos»—, estas limitaciones y control vienen determinados por la naturaleza, finalidad y trascendencia de estos mismos órganos, que no son órganos de expresión individual —privada—, sino de expresión social y pública y, por lo tanto, naturalmente sujetos a la vigilancia de la autoridad. Si, como ya hemos expuesto, los peligros que un mal uso de los mismos ocasiona, pueden evitarse mediante algún procedimiento viable, justa y prudentemente utilizado, lo lógico es que un Estado responsable y consciente lo establezca en cumplimiento de los mismos deberes y necesidades sociales, que exigen y justifican la existencia del Estado.

Sabemos que este procedimiento preventivo puede, como cualquier otro, plantearse utilizarse y administrarse con prudencia o defectuosamente. La cuestión, pues, no es de principios, sino de práctica, honradez administrativa, pericia y experiencia. Pero convegamos en que cualquier otro procedimiento tiene en la práctica más inconvenientes y menos eficacia, como lo demuestran, por ejemplo, la inutilidad de las leyes italianas y francesas para la represión de la pornografía, y la experiencia de más de un siglo de la ineficacia, en nuestra Patria, de leyes y códigos para atajar los delitos cometidos desde las columnas de la Prensa, contra el bien común nacional.

El concepto que don Jesús Iribarren tiene de la información se desprende de las siguientes frases: «Pero si llenos de encíclicas y pastorales, los periódicos de un país no sirven para que de aquí a un siglo el historiador pueda reconstruir «todas» la vida pública en estos quince años a base de hojear los volúmenes de una hemeroteca, porque todo un enorme caudal de información política, religiosa, económica, social, científica, se filtra por las urenas del rumor de tertulia, de la carta multicopiada, de la Prensa y radios extranjeras del boletín confidencial, pero no llegó a la Prensa, ésta ha traicionado su esencia misma». ¿Pero es que de verdad existe un enorme caudal de información política, religiosa, económica, social, científica, que no llegó a la Prensa en lo que tiene de constructivo y aceptable y, en cambio, se filtra en el rumor de la tertulia, la carta multicopiada y la Prensa y radios extranjeras? ¿Es que el pueblo español no ha estado perfectamente informado, durante estos últimos quince años, de todo lo verdadero, bueno, útil y conveniente? ¿Es que a raíz de una guerra larga y apasionada y en medio de un mundo hostil se podían abrir las columnas de los diarios españoles a todos los chismes, calumnias, rumores, insidias, medias verdades, omisiones, falsedades y rescoldos rojos y separatistas, armas siempre útiles y siempre manejadas por los enemigos exteriores e interiores de la unidad, de la libertad y de la recuperación de España? Nuevamente le recordamos la sabia regla dada por el Romano Pontífice: La verdad también es discreta y sabe que la realidad debe circunscribirse a veces por la reserva, para que el mal no se difunda, mientras el bien se difumina. Y nuevamente insistimos en las palabras del cardenal Dalla Costa: Es el summum del absurdo suponer que todos son capaces de adoctrinar sobre cualquier cosa y que todos son capaces de aprender cualquier cosa. En la tertulia es corriente pronunciarse sin responsabilidad o al dictado de resentimientos oscuros. La Prensa y radios extranjeras sirvieron durante estos quince años, sumisamente el mandato inapelable de las fuerzas masónicas, que mantuvieron el más injusto bloqueo internacional de España. Las redes de información estu-

vieron, durante estos tres lustros, controladas y sabiamente dirigidas por poderes ocultos, que desencadenaron todo género de campañas en pro del proselitismo protestante contra nuestra unidad religiosa, y silenciaron sistemáticamente la verdad de un pueblo, que se mantiene invencible e insobornable a todo intento de penetración del comunismo ateo y totalitario.

Además, señor Iribarren, es falso que sea usted el único director exento de la censura previa. Debía conocer, y pudo explicar en el Congreso de París, que desde hace ya bastantes años, de los ciento seis directores de diarios, ochenta están también exentos de esa censura, por lo que con plena libertad y de acuerdo solamente con su sentido de la responsabilidad, determinan por sí y ante sí lo que ha de publicarse o no. Debía conocer y pudo explicar que la veintena restante tienen igualmente la confianza total de la Administración Pública, y que es precisamente su independencia y verdadera libertad frente a los «grupos de presión» nacionales y extranjeros, movidos, en muchas ocasiones, por el capital anónimo, la que resulta garantizada con el trámite de la «consulta previa». A nadie puede ocultarse que es en los grandes núcleos urbanos donde estos «grupos de presión» cristallizan y donde, por los caminos más insospechados y tortuosos, pueden lograr el dominio de los órganos de difusión del pensamiento con el consiguiente peligro para los intereses de la comunidad y la auténtica independencia de sus directores. Más aún: en los principales diarios pueden los directores disentir, en casos concretos, del criterio de los censores, siempre de asuman la plena responsabilidad de su actuación y en escrito razonado expongan los motivos en que fundaron su decisión. Pudo explicar el señor Iribarren que en todos los periódicos, más del 99 por 100 del volumen de información y comentarios es plenamente voluntario y libremente escogido por sus respectivos directores. Debe, por lo tanto, hablarse no de censura previa, sino más bien de «aprobación previa», facultad, repetimos, que debe negarse al Estado agnóstico, porque no tiene otra norma superior que la suprema razón de Estado, pero que puede y hasta debe concederse a un Estado católico «de iure» y «de facto», porque la verdad, los valores dogmáticos y morales y las exigencias del bien común presiden sus actos. Pudo haber informado también el señor Iribarren de que la mayor parte de las mil doscientas cincuenta y cinco revistas hoy en circulación están exentas de lo que, como hemos dicho, debe denominarse «consulta o aprobación previa». Pudo igualmente haber informado de que en materia de dogma y moral existe la debida coordinación y consulta previa entre ambas potestades, lo que dentro del planteamiento liberal del señor Iribarren, sería materialmente imposible.

Confía, pues, el Estado español en la responsabilidad de los directores: tanto como en la vigilancia de los censores. La vigilancia previa no demuestra que nuestra unidad y nuestro catolicismo sean endebles y quebradizos. ¿Acaso es endeble y quebradiza la vida de perfección de los religiosos, porque se proteja con reglas, clausuras y rejas? ¿Acaso es endeble el orden público, en cualquier país del mundo, porque se defiende con una vigilante y preventiva policía? Lo que prueba demasiado nada prueba.

El señor Iribarren, sin embargo, prefirió callar todo esto, como ha callado otros aspectos sumamente interesantes y directamente relacionados con el tema de su artículo. Estimamos que también estos aspectos requirieron ser comentados en nuestros próximos números.

ELESPANOL

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

AUN MAS ALTO QUE EL SOL



CORPUS EN ESPAÑA: UNA PROCESION PARA CADA PUEBLO

**Barcelona fué la primera ciudad
que celebró la fiesta del Santísimo**

EL desarrollo de la liturgia eucarística desde la noche esencial, entre cuyas orillas de amor y melancolía discurre el más profundo Misterio cristiano, desembocó a principios de la segunda mitad del siglo XIII en la festividad del Corpus, en la procesion eucarística. De la instauración de la Eucaristía—el Amor hablando del Amor—procede como por cauce natural la universal solemnidad del Corpus Christi. Y una profunda meditación sobre la custodia nos lleva, a través de los entrañables paisajes bíblicos, pura geografía del corazón cristiano, a la primera, sagrada custodia peregrina. Al seno maternal de María, poseída ya del Verbo, camino de Egipto. Hasta aquí, los maravillosos antecedentes.

LA INSTAURACION DE LA FESTIVIDAD

A grandes males, grandes remedios. El gran mal resulta de las numerosas disensiones eucarísticas, cuyo principio arrancaba del siglo IX, y que amenazaban gravemente la fundamental unidad de la Iglesia. Todos los doctores de la época carolingia componen algún libro sobre el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Esta incansable inquietud, estos anhelos de polémica que pre-

nizaban ya el escolasticismo, intentan reducir a silogismo la realización del Misterio. Y en medio de la turbulencia discursiva aparece por vez primera la palabra «transubstanciación». En más de una ocasión los polemistas pasan bordeando la herejía hasta que, en los albores del siglo XI, un hereje de Tours, Berengario, niega la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. El instante es peligroso y las discusiones llegan al más alto grado, prolongándose durante todo el siglo XIII. Más de cien tratados se compusieron en esta época sobre la Sagrada Eucaristía.

Fruto natural de estas luchas seculares va a ser una nueva actitud de los fieles ante el gran Misterio de la Fe. La Iglesia de Occidente adopta el rito de la elevación en el momento de consagrar el pan y el vino.

Este fué el primer paso en la revelación de un nuevo aspecto dentro del Misterio eucarístico. La respuesta a la absoluta negación de Berengario continúa abriéndose paso. Y esta nueva orientación de la piedad cristiana fué la que inspiró la fiesta del Corpus. Urbano IV, que la instituyó, no hizo más que extender a la Iglesia universal la práctica de algunas iglesias par-



La espléndida solemnidad de las fiestas del Corpus en España queda resumida en estas fotografías que recogen las procesiones de Toledo y Granada y una escena de «La cena del Rey Baltasar», auto sacramental de exaltación de la Eucaristía

ticulares, y Santo Tomás, a quien se atribuye la composición de las magníficas fórmulas litúrgicas de ese día, no hizo sino recoger en un bello oficio anterior, que retocó, armonizándole y dejando en él la inigualable huella de su genio. La fecha de esta instauración es la de 1264.

Tal festividad tuvo en España la más clamorosa de las manifestaciones. En nuestra Patria fué donde se originó el saludo eucarístico: «Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar».

España hoy es la nación de ese arte increíble y minucioso de las custodias y de los incomparables cálices románicos y plateados; de las antiguas Cofradías, de las «Rocas» valencianas y de los autos sacramentales; de los bordados litúrgicos, cuya elegía muestra al alcance de todos quedó plasmada mágicamente en las casullas que pintó el Greco en «El entierro del conde de Orgaz»; de la capilla del Corpus Christi de Valencia, fundación del Beato Juan de Ribera, y de otras infinitas expresiones que señalan el entusiasmo sincero y vivo de España por el gran Misterio.

EL CORPUS, FIESTA ECUMENICA

La popularidad de esta devoción alcanzó pronto a un lugar preeminente en los calendarios cristianos del mundo entero. Todos los países recogieron para sus libros piadosos la multitud de himnos y oraciones eucarísticas que, como una bendición del Cielo, se multiplicaron incesantemente. En Europa, excepción hecha de España—de la que hablaremos con mayor amplitud—, las primeras poblaciones en que más rápidamente arraigó la nueva devoción fueron las siguientes: Colonia, que presenció las primeras procesiones eucarísticas en el año 1306; Worms, en 1315; Estrasburgo, en 1316. A Inglaterra se propagó desde Bélgica entre los años de 1320 y 1325. En torno a estas fechas, pero siempre sin sobrepasar el siglo, los demás países del continente fueron abriéndose, como las puertas verdaderas se abren a su señor natural, al Santísimo Sacramento. Entre los países orientales la festividad del Corpus aparece primero entre los sirios, armenios, coptos, melkitas y rutenos.

Es difícil hablar de lo que todos conocemos. No hay aquí, como en el pasaje de los Reyes de Oriente, la antigua esperanza de la estrella guiadora, el anhelo de ver cumplirse la gran profecía. Sólo la fecunda quietud del alma que nada pregunta y así adora por completo, hallando en la contemplación el principio y el fin de toda ansia. De este modo España, extática y contemplativa por excelencia, reduciendo siempre a esquema espiritual la complejidad del mun-

do, adora con profundidad. El Corpus Christi en España adquiere coincidencia con ella misma, altura natural. España escoge la mejor parte.

Alguna vez soplaron malos vientos, huracán invisible y malféfico que arrasó el clavel y el himno. Pero, al fin, el brote llegó de nuevo a florecer y otra vez brilló el sol. Y así, por ejemplo, San Pío X, accediendo a los ruegos del Episcopado español, se dignó restablecer en toda España la fiesta del Corpus, una de las que se había suprimido por el «motu proprio» en julio de 1911.

LA PRIMACIA ES DE BARCELONA

Efectivamente. La primera vez que en España se celebró procesión eucarística fué en Barcelona. En el año de gracia de 1319. La festividad comenzó con un pregón convocando a los vecinos. Muchos años después, en 1535, Carlos V llevó una de las varas del palio bajo el cual iba el Sacramento. Anteriormente, el Rey de Aragón, Alfonso V, llevó la misma vara del palio en 1424. Este regio antecedente prologa la maravilla procesional que a través del tiempo ha conseguido Barcelona. Actualmente el espectáculo reviste una solemnidad extraordinaria. Rodean al Sacramento los batidores de la Guardia Urbana, el estandarte de la ciudad, la bandera de Santa Eulalia, los gonfalones y la cruz de la catedral. La organización cuida de todo. A lo largo del recorrido se instalan multitud de altavoces que emiten desde las primeras horas música religiosa. Normalmente estos altavoces están conectados con el Obispado, desde donde se dirige, a la vista de un plano que señala el itinerario de la procesión, el recorrido de ésta. Ocasiones hubo en que la procesión, por la gran multitud que la formaba, se cerraba completamente. Llegando su cabeza de vuelta a la catedral cuando los grupos finales aun no habían salido.

En los bellos claustros de la catedral esperan su turno de salida los grupos más representativos de la ciudad, casi todos con frac, chaqué o uniforme de gala. Luego, a través de la carrera, miles y miles de flores saludan el paso de Dios.

Es curioso ver el «L'on com

balla», que realiza sus ejercicios acuáticos en uno de los surtidores que embellecen el patio catedralicio. Es tradición muy antigua, a la que no se le conoce fecha y cuyo fundamento se ignora, colocar el cascarrón completo de un huevo vaciado sobre el surtidor de una fuente del claustro. El huevo sube y baja, baila una y otra vez pareciendo caerse, pero seguro siempre, durante toda la jornada.

Sigue su gran ronda la procesión, lenta y magnífica, cuyo centro es una scberbia custodia gótica, colocada todos los años sobre el trono del Rey Martín el Humano, en carroza y bajo palio.

No solamente Barcelona, sino Cataluña entera rinde en el jueves del Corpus lo mejor de su alegría a los pies de Cristo. Vich, con su tradición remontada al año 1330, y Sitges, enormemente blanca y azul, con su estimable crecida en habitantes que llegan con el buen tiempo, gozan también de justísima fama. Cataluña siente predilección por el clavel blanco, que es el que señala como un maná suavísimo al Dios que existe y que se acerca.

EL PRIMER ORO QUE COLÓN TRAJÓ DE AMÉRICA

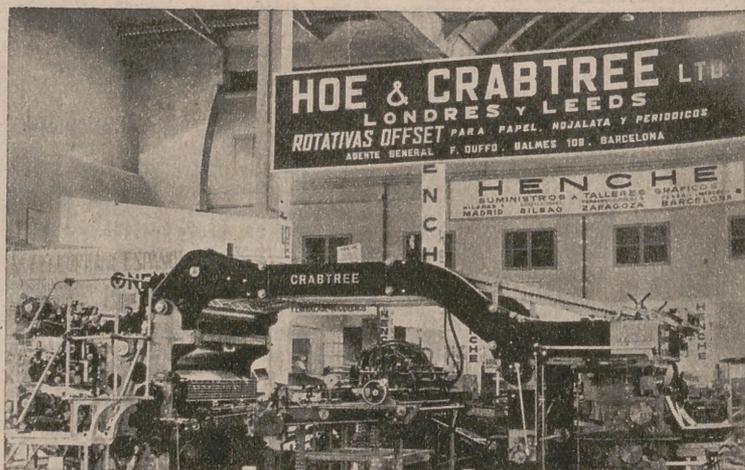
Sólo por ver relumbrar al sol que la deshace en millares de soles convirtiéndola en ascua la famosa custodia de Arfe, vale la pena presenciar el Corpus en Toledo. Como una dorada catedral en miniatura, cuyo viril es de oro batido, el primer oro que trajo Colón de América y que casi es un oro incunabulo, es la primera custodia de España. Sólo el viril, al que acabamos de referirnos, pesa veintiocho kilos, y, como se sabe, su tamaño es el de la Hostia a cuyo sagrado depósito se destina. Rodeando a la custodia suele colocarse la Guardia Civil montada y seguida por los timbaleros municipales, cruces parroquiales y de la catedral, caballeros del Santo Sepulcro e infanzones de Illescas, capellanes de mozárabes y de reyes. Los alumnos de la Academia de Infantería cubren la carrera, las sabidas calles de Toledo, estrechas y empinadas. Calles antiguas e imperiales a carta cabal.

Por las calles de Toledo pasa la Cofradía de los hortelanos con

MAQUINA ROTATIVA OFFSET DE DOS COLORES

Las novedades presentadas en esta XXII Feria Internacional de Zuestras han sido muchísimas. Por su importancia, destacamos esta máquina, presentada por la firma HOE-CRABTREE, que imprime igual sobre papel que sobre cartón. Su registro es impecable. Los cambios de planchas y colores se efectúan con gran rapidez, siempre en menos de treinta minutos.

Esta misma Firma ha presentado otra máquina, también de este mismo tipo, para imprimir sobre METAL (aluminio, etc.), considerándose como la máquina de imprimir más rápida del mundo.



su moña de frutos de la vega, y pasa la vitola verde de la Santa Paz y Caridad y, siguiendo a la custodia dorada, el guión del cardenal Mendoza, que fué la primera cruz que se izó en la Alhambra después de la conquista de Granada. La custodia, encajonada, roza los balcones desde donde se depositan sobre ella pétalos y pétalos de rosa, que es la flor imperial. Y mientras tanto el carillón catedralicio repica a gloria.

DANZAS DE HACE CUATRO SIGLOS

Andalucía entera—bueno, como España toda—celebra jubilosamente la festividad del Corpus. Tal vez la manifestación más ostensible de esta alegría humana, de esta algarabía santa, está en el baile de los seis en la catedral de Sevilla.

Los seis es un cuerpo de baile integrado por seis muchachitos. El mayor tiene trece años y el menor, ocho y medio. Es un especial cuerpo de cantantes de origen humilde—todos proceden de modestas familias—, que diariamente reciben su lección de latín y que se entrenan concienzudamente dos meses antes de llegar la fecha señalada.

Sevilla conoce, quiere y mima a sus seis. En la festividad del Corpus los seis ejecutan tres bailes. El primero, en honor del Santísimo; el segundo, en homenaje al Gobernador, y el tercero, en pleitesía al Cardenal. Bailan los seis durante veinte minutos cada baile la misma danza que se hacía en el siglo XVII. Nada ha cambiado. La técnica es la misma que la de hace tres siglos, casi cuatro.

Los seis danzan en la catedral sevillana. Luego sale la procesión del Santísimo por las calles de la ciudad. Las calles están llenas de juncia, de tomillo, de romero, como una alfombra de hierbas y de flores silvestres. Cuando llega la procesión hay una intensa fragancia a campo y a pureza. La custodia pasa y los pétalos de las rosas cayendo desde los balcones ponen en el ambiente una lluvia fantástica y grandiosa hecha de adoraciones, de fervores y de creencias.

Cádiz. Pero Cádiz está ya más abajo. Cádiz es Andalucía. Y Andalucía se deshace en alabanza y en grito. La procesión inaugura su marcha desde la catedral vieja en torno a una espléndida custodia de plata. Delante abren el camino las imágenes de San Germán y San Gervasio, Patronos de la ciudad. Todo el recorrido halla a su paso multitud de altares, a uno y a otro lado de las calles, como si la ciudad quisiese ofrecer tierra e ingenuamente a Dios su gozo capital de descansar un poco, nada más que un poco, en todos los sitios

EL CORPUS DE GRANADA Y LA HISTORIA DE MÁLAGA

Y luego, Granada. Es decir, en sazón. Siempre está en sazón Granada. Llegan a ella, a presenciar los magníficos desfiles del Corpus, gentes de todas las partes de España y aun de Europa. También, como en Cádiz, se erigen a lo largo del paso altares cuya ornamentación responde a la mayor delicadeza y



La Custodia saliendo de la catedral de Sevilla



La procesión del Corpus por una calle toledana

a la mayor elegancia del mundo. La música, en Granada, alcanza proporciones de orgía sonora, y así llegan a juntarse hasta doce y catorce bandas de música. Siguen al Santísimo representaciones de todos los Ayuntamientoos: Baza, Guadix, Santafe, Loja... Todos con sus estandartes y emblemas.

Y además, lo de la tarasca. De dónde arranca esto, cuál fué su origen histórico, es algo que el cronista no puede señalar. El nombre, ya de por sí, es todo un enigma. La tarasca es una bestia, un monstruo, algo así como un dragón fenomenal, encima del cual va—por otro oscuro misterio—una mujer. Por lo visto, la mujer del dragón era antaño la que señalaba la moda en el vestir femenino para la temporada. Sobre el dragón, a la vista de todos, como un solitario maniquí, la mujer daba la orden para vestirse. Todo esto pasó y la mujer del dragón sale siempre ahora aaviada de la mantilla nacional.

Parejo a Granada y paralelamente viene Málaga. En Málaga la procesión del Corpus alcanzó su máximo esplendor durante el siglo XVII. Toda la génesis de la procesión de Málaga es ésta. El escenario se preparaba con antelación suficiente; se decoraba la plaza principal y las fachadas de las antiguas Casas Capitulares se cubrían con enorme armadura de madera y hierros. En el centro de las casas se representaba en grandes figuras el Apostolado, y en la parte alta aparecían símbolos de la Sagrada Eucaristía y una imagen del Salvador. La víspera el repique de campanas y los estampidos de los cohetes anunciaban la gran festividad. Se repartía pan a los pobres y hacía su aparición una comparsa de enanos y gigantes, en la que abría marcha un bastonero ataviado a la usanza de la época de Luis XIV. Se sorteaban 200 premios de 20 reales entre viudas y huérfanos.

La procesión tenía lugar por la tarde, en uso del privilegio concedido por Su Santidad el año 1859 y salía por la puerta

principal de la catedral desfilando por las calles más céntricas hasta entrar en el templo por la puerta de las Cadenas. Formaban parte en ella las Hermandades de todos los gremios y los colegios de profesiones liberales: médicos, abogados, procuradores, etc., llevando sus Santos titulares y, además, las imágenes de los Santos Mártires, Santos Justa y Rufina, San Luis Gonzaga, San Juan Bautista y la Divina Pastora. En lugar preferente lucía la custodia con el acompañamiento del Obispo de la diócesis, Cabildo eclesiástico y clero parroquial.

LUGO, CIUDAD EUCARÍSTICA

Lugo es una de las provincias gallegas que recoge con mayor empeño la tradición eucarística del Corpus. Con ánimo de continuación, cada año, los hijos de los hijos, los lucenses nuevos y los lucenses viejos, se reúnen en la perfecta y maravillosa fiesta eucarística.

Desde la institución de la fiesta del Corpus Christi tuvo ésta en Lugo una magnificencia grandísima. El pueblo, servidor fidelísimo de las tradiciones ha ido, en el tiempo, acrisolando y enalteciendo con fórmulas viejas el milagro siempre nuevo del «Misterium fidei...»

El domingo, infraoctava del Corpus, entre la gaita y los ríos abiertos a la colosal maravilla del asombro Lugo ofrece, con su devoción eucarística, la ofrenda tradicional de todas las gentes de Galicia. De la Galicia que recobra ese día el sabor entero e íntegro del antiguo Reino llevando al frente a un delegado regio, que es anualmente uno de los siete alcaldes que componían, entre lanzas y lírica, el antiguo Reino de Galicia. Los siete alcaldes tan pronto de mar como de río. Aquellos bien famosos: los de Santiago, Lugo, La Coruña, Betanzos, Orense, Mondoñedo y Tuy. La ofrenda, como todo el mundo sabe y nos recuerdan sin cesar los documentos, nació de una súplica del Ca-



Una estampa antigua del Corpus madrileño: la procesión a su paso por la Puerta del Sol

bildo a los regidores del Reino pidiendo ayuda económica para favorecer el culto al Santísimo Sacramento.

Desde entonces acá, Lugo ha convertido la súplica en ley y siempre, por esos días, se acerca al altar a proclamar su fe. A encender en la firmísima y arraigada fe en el Corpus Christi la fiesta de un pueblo «cristiano viejo». Y así rodando hasta el hermoso parque de la capital, envuelta ésta entre la chirimia caliente de los días alegres Lugo, la bien amada de sus Reyes, comienza su discurrir católico. Su procesión famosa.

UNA PROCESION PARA CADA PUEBLO

Enumerar uno por uno todos los pueblos, ciudades o aldeas en los que se celebra solemnemente la fiesta del Santísimo Sacramento sería nombrar los diez mil municipios de España. Mas en toda la geografía hay algunos que destacan.

Por ejemplo, Cristo sale, en procesión, a mil trescientos metros de altura.

Es en Navarra. Es en el alto de San Miguel, de la sierra de Atalar, entre riscos y por vericuetos llenos de dificultad. Las varas del palio son portadas por pastores con irreprochables guantes blancos, gentes que viven en las casucas diseminadas en la sierra. Siguen las familias de estos verdaderos pastores, único público y gentío de la procesión, tal vez del Corpus más familiar del mundo.

Y después ciudades y más ciudades.

Avila, amurallada de por vida, con su custodia fulgurante, que en Barcelona, cuando el Congreso Eucarístico, tanto llamó la atención. Custodia de Arfe, también Santa Cruz de Tenerife, que prepara al paso de Dios la más asombrosa alfombra de flores naturales que jamás se haya visto. En Zaragoza, el año pasado, la Hostia iba en la famosa custodia de Formet, del siglo XVI, recientemente restaurada, para lo que fué necesario hacer más de seiscientas piezas pequeñas de plata, que le faltaban. En Zaragoza, como en las demás ciudades españolas, la festividad, den-

tro del universal ritmo, posee el suyo específico, el entrañable ritmo que impone la tierra y la costumbre. Por eso, el Corpus en España alcanza multitud de expresiones. Y las graves pisadas aragonesas tras la procesión irán marcando, a lo mejor sin darse cuenta, su ritmo de jota, incontenible y ardiente. Y también Valencia. Valencia es una de las ciudades españolas que más se han distinguido en estas fechas señaladas en la representación de «autos», que allí se llaman «entremeses». Se celebraban sobre carros llamados rocas, en cuyas plataformas se elevaban grupos alusivos a escenas bíblicas. A finales del pasado año aun se representaban tres de estos «autos»: el de San Cristóbal, el del Rey Herodes y el de Adán y Eva.

Y luego el Corpus de Orense, el de Pollensa, el de Daroca, el de Puenteareas y Redondela, el de Laguna de Negrillos—en Leon, con su típica representación de los Apóstoles, de San Sebastián y del diablo—, la corrida del toro «enmaromado», en el Corpus de Benavente, de Zamora, la procesión de los «Corpillos» en el burgalés monasterio de las Huelgas;



El Santísimo saliendo de la catedral de Granada

la infraoctava celebrada en Alcoer, en Castrillo de los Polvazares, en Santiago Millas y en Val de San Lorenzo, donde las muchachas llevan el traje de mayordomas o de maragatas, y así más y más hasta hacer una unidad fervorosa y magnífica.

EN MADRID, LAS «PRISAS DEL CORPUS»

Y por fin Madrid. La custodia sale de la catedral hasta la plaza Mayor. Toda la carrera está cubierta por las tropas. Madrid, centro histórico de España, participa en todas las fiestas, como si todas las ciudades, todos los pueblos y todas las aldeas le prestasen un poco de su rango propio, con lo que Madrid se viste de infinitos colores y forma así su personalidad múltiple y varia.

Madrid figura entre las ciudades donde la festividad del Corpus Christi revistió siempre mayor esplendor. Durante la época de los Felipes, la procesión del Corpus Christi se ajusta a un formalismo riguroso. La víspera de tan señalado día, un pintoresco cortejo recorría las calles y plazas, partiendo de la iglesia de Santa María y presidido por un grotesco personaje llamado «el Mojigón», quien utilizaba una vara con dos vejigas de carnero hinchadas para golpear a los mozalbetes que se le acercaban. Le seguían grupos de hombres y mujeres disfrazados; un joven de rubia peluca, a caballo; el tamborero y el gaitero de la Villa y la tarasca, máquina de madera conducida sobre ruedas que figuraba una serpiente cuya cabeza se movía a un lado y otro. El cortejo, presidido por un sacristán y dos monaguillos, se detenía en los lugares donde se alzaban los altares de las parroquias situadas en el trayecto para que los fieles rezasen. Terminaba el recorrido en la misma iglesia de Santa María con la ejecución de una patomima, al final de la cual se simulaba una batalla en la que San Miguel, vencedor, cortaba la cabeza a un «mojigón» que encarnaba a Mahoma. El «mojigón», además de repartir estacazos, repartía higos, que debían ser alcanzados con la boca. Este personaje fué el precursor del «tío del higuín», tan popular después en el entierro de la sardina el miércoles de Carnaval.

El día de la procesión, por la mañana, acudía el público a la iglesia de Santa María, donde eran exhibidos la tarasca y el «mojigón». Era costumbre estrenar ropas—costumbre que aun se conserva en muchos pueblos españoles—, y los sastres y modistas recibían multitud de encargos apremiantes, que hicieron popular la frase de «las prisas del Corpus».

* * *

Esto es, a retazos, el Corpus en España. Brilla el sol de la paz. De una paz viva, de la paz que trae consigo la espada y el fuego de Cristo. Y este sol del Corpus que alumbraba bajo un sol aun más alto, alumbraba también nuestra primavera ya florecida y va con su mensaje a Dios. Corpus Christi en España. Corpus Christi en cada español. Es bastante. El Amor sigue hablando del Amor. El Amor es eternidad, no pasa. ¡Aleluya! Pero nosotros pasaremos. ¡Aleluya!, también.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JUAN LOPEZ LOPEZ

DESPUES de un año de correspondencia con los vivos y de correspondencia con los muertos, debo dedicar una carta a usted, señor don Juan López López, que no es vivo, ni muerto, pero que ha sido el destinatario de alguna carta dirigida por mí sin la nostalgia de quien escribe a un difunto ni la humanidad de nuestra convivencia con los semejantes. Usted es un ente de ficción, un muñeco de pim-pam-pum, en parte mi otro yo, el reverso de mi egoísmo, con el que puedo mostrarme sarcástico y poner en la balanza de todos los balances anuales de aniversario. En el código de la cuquería hay varias reglas de oro que son así: la mejor palabra es la que no se dice, la mejor carta es la que no se envía, el mejor amigo es el que no se tiene, el mejor semanario es el que no se publica... Sin embargo, heme aquí ensartando palabras en una epístola que remito a un amigo (jamás le consideré enemigo, a pesar de los pesares estilísticos de mis misivas para usted, señor don Juan López López) por medio de un semanario, que es EL ESPANOL, cuya vida Dios guarde muchos años. Frente a la receta de la inhibición, la fórmula de la cortesía, que es también el prurito de permanecer en el tiempo y en la memoria de las mujeres y de los hombres; porque la mujer, aunque carece de espalda, le sobresale la memoria, mas los hombres son tan desmemoriados, que aun nuestro asiduo colaborador don Luis Ponce de León olvidó la existencia de EL ESPANOL en un panorama acerca de las revistas y semanarios españoles, durante las últimas tres décadas, aparecido en «Ateneo» (como asimismo se omitió en el elenco a «Fantasía» y a «La Estafeta Literaria»). Nuestro colaborador casi semanal, ahora y antes, en la primera etapa, desde las secciones «El corazón me manda» y «Mañana será otro día», don Luis Ponce de León, es el director de «Ateneo», y don Faustino Sánchez Marín es el subdirector, y don Manuel Suárez Caso es el subdirector de «Mundo Hispánico», y don Juan Fernández Figueroa es el director de «Índice», y don José Luis Cano es el director de «Insula», etcétera, etc. Estos nombres, ya famosos por sus méritos personales, han pertenecido a la familia de EL ESPANOL y de publicaciones afines, compartiendo con nosotros el aprendizaje de distraer al público, que paralelamente ha de ser informado y se le ha de orientar conforme al bien de todos. Nuestro ESPANOL fué así, entre 1942 y 1947, una escuela práctica de periodismo.

Se jactaba este semanario, al cumplirse los doce meses de su primera aparición, de que había movilizad o la pluma de centenares de escritores profesionales y espontáneos, trayendo a sus páginas amplísimas cuanto en España es capaz de pergeñar tres letras con sentido. Esta convocatoria a los españoles mantenida hasta su desaparición en mayo de 1947 se ha sustituido, sin perderse la confianza ante cualquier español que redacta en un país donde no se enseñó a poner las ideas, los recuerdos o las sensaciones en orden, por este llamamiento a los pueblos. Estamos hartos, señor don Juan López López, de nosotros solos, de todos los solitarios españoles, del español adánico, del anarquismo español, endémico en la política o en la psicología, y que tanto puede ser señal de señorío y de hombría, como signo de incapacidad y de mala educación; porque no deja de ser grosera, no obstante sus orígenes semánticos e ibéricos, la expresión me da la gana o la realísima gana. Hay que insertar al español en la urbe metropolitana, o en la ciudad de provincia, o en la villa solariega, en la aldea, o en el villorrio, puesto que allí vive y se relaciona y progresa con los suyos. Sólo con el contraste con el prójimo es posible el mejoramiento moral y la manera de salir de la pella de barro del energumeno. En esta segunda etapa EL ESPANOL se ha hecho sociable, se ha puesto a visitar sus amistades a través

de kilómetros de ferrocarril y de carretera y se ha topado con idéntica sorpresa a la que escuché de la boca de un gallego metido con gozo en nuestra guerra de Liberación. Sentía el galleguito, pues entonces apenas era un rapaz, recelo de abandonar sus lares y su región, ya que se imaginaba que los gallegos únicamente habitan en Galicia y en América, y por lo tanto, una morriña incipiente hacia la tierra y hacia los paisanos le corroía el alma mientras el tren entraba por la comarca del Bierzo; mas cuando empezó a ver y a encontrar gallegos por todas partes, en León, en Valladolid, en Avila y en todos los frentes, invadido por la felicidad de tanta compañía, estuvo a punto de reventar de júbilo y ya no pasó miedo, ni piedad, ni melancolía, sino que fué un héroe. Tampoco sospechábamos que existieran tantos españoles reunidos por doquier, tantos españoles pendientes de sus cosas, tantos españoles deseosos de presentar sus vidas y sus haciendas.

A EL ESPANOL hemos consignado el bofin cordial de nuestros viajes, de nuestras búsquedas, de nuestras encuestas sobre la existencia española. EL ESPANOL es algo así como una biografía de España, a diferencia de otras revistas que se dirigen a una minoría que se desayuna con Picasso, almuerza con Picasso y cena con Picasso (aunque se me argüirá que don Pablo Ruiz Picasso es un enorme español), o se pirra por el arte abstracto o por los novelistas católicos de Inglaterra o por la lírica más allá del «tellón de acero». Cada cual tiene su manera de matar pulgas, ya que al perro flaco todo se le vuelven pulgas, y hasta puede ocurrir que ni siquiera pulgas haya. Hemos escogido la técnica del huecograbado, porque de igual modo que se prefirió al crudo del pueblo el pueblo mismo, con su espadaña, con sus gallinas, con su tractor agrícola y su pantano cerca; así también la fotografía, a pesar de su procedimiento fotomecánico, de menor calidad y finura, ha suplantado al dibujo, que era la honra y el ornato del primer ESPANOL. España tiene que entrar por los ojos directamente, dejando a un lado el reflejo de España. esa superferolítica virguería de líneas geométricas que invade las páginas de muchas publicaciones. Cuando el dibujo se purgue de estas viruelas locas, retornarán los dibujantes al modesto y exacto menester de la ilustración, donde la nariz está en su sitio y las catedrales se representan como tales catedrales.

EL ESPANOL se ha inscrito en la órbita de la realidad, de contar lo que es, con la narración más escueta y más sencilla en nuestras manos, teniendo en cuenta que este relato, que es la España verídica de Francisco Franco, resulta entretenido y agradable. El que quiera verdad, según un término de la cúpula del título de Goethe, nuestra verdad está delante, y el que quiera poesía, imaginación literaria y fantasía narrativa, pues lea en EL ESPANOL a los novelistas que ya son ilustres o que serán los más conocidos mañana o pasado mañana. Nuestro ESPANOL de 1942 aupó a la novelística española antes de que Carmen Laforet editase «Nada» y Cela su «Pascual Duarte». Señor don Juan López López, estos son los pequeños méritos de EL ESPANOL (además de venderse muy barato), que es un semanario sin editor que especule con sus lectores, como, por ejemplo, el avisado Rizzoli en Italia. Rizzoli publica cada semana, impresos en la misma rotativa, «L'Europeo», para una masa liberal; «Oggi», para una muchedumbre conservadora, y «Cándido», para una clientela monárquica y filofascista. Mientras un semanario de Rizzoli sirve a la democracia cristiana, otro semanario de Rizzoli cede a su director, Giovanni Guareschi, para que la democracia cristiana lo introduzca en la cárcel. Y «tutti contenti», entre los cuales don Jesús Iribarren: EL ESPANOL no tiene que jugar con tres caras o valer-se de otros dos colegas que hagan ese juego. «EL ESPANOL», entre comillas y el español como usted, señor don Juan López López, como yo, como usted, señor que me está leyendo, tiene una sola cara y una sola cruz.

"MELQUIADES ALVAREZ, HISTORIA DE UN LIBERAL"

"CATALUÑA, SINTESIS DE UNA REGION"

GARCIA VENERO, ESCRITOR FIEL A UNA TEMATICA Y A UNA INTENCION



«Cataluña, síntesis de una región», es un libro decisivo», dice el autor a los entrevistadores

BIEN pudiera servir Maximiano García Venero como prototipo de escritor fiel a una temática y a una intención. A lo largo de su copiosa bibliografía—once libros e innumerables artículos periodísticos—ha ido desvelando problemas, situaciones y personalidades ligadas de alguna manera a las grandes inquietudes de la política nacional. De aquí, de esta vinculación, arranca la trascendencia—y aun el sacrificio—de cuanto García Venero ha escrito. Si una de las plagas de nuestro siglo es el libro inútil, nadie puede acusar al escritor montañés de haber contribuido al acrecentamiento del mal. Claro que para ceñirse a la responsabilidad de un estudio objetivo y sereno ha tenido que dejar a un lado los recursos fáciles y brillantes, sustituyéndolos por rigurosos análisis y no menos exigentes síntesis. Así ha ido ganando día a día la calidad de observador experimentado frente al mare magnum de los acontecimientos políticos, donde anécdotas y antipatías, recuerdos o amistades, impiden a menudo distinguir la estructura y los límites de los hechos.

En esta tarea, ingrata y difícil, anda metido García Venero desde su adolescencia. Sus dos últimos libros—«Melquiades Alvarez. Historia de un liberal» y «Cataluña, síntesis de una región»—levantan con sólo recordar sus títulos un mar de interrogantes. Conversar acerca de ellos con el autor vale la pena. El escenario puede ser cualquiera. Una cervecería, por ejemplo. Manuel López Utiel, «el niño del alma» de García Venero—cinco años mayores y jugueteros—, pone un contrapunto de divertida ingenuidad a la charla. Sus acotaciones no pueden ser transcritas. Porque la suerte—siempre traviesa—ha querido que fuesen tan sabrosas y gráficas como si surgieran de una persona mayor.

DON CECILIO, LOS JARDINES Y LA LLUVIA

Al tiempo atmosférico, siempre imprevisible y tornadizo, se le ocurrió cambiar. Aquel día, uno cualquiera de mayo, llovió. Hubo que variar el programa previsto. Nos metimos bajo techo. La idea primera era conversar entre los árboles del Retiro. El hilo del teléfono había transmitido una petición.

GARCIA VENERO.—... Iremos junto a la estatua de don Cecilio. Me gustaría que nos hiciéramos unas fotos a su lado. Son motivos sentimentales...

El agua inesperada lo impidió. Pero conviene aclarar que a García Venero le gustan las flores y los gatos. Y que, además de estas afinidades, quizá por ellas, mantenía con el antiguo jardinero mayor del Ayuntamiento de Madrid una buena amistad.

La cervecería escogida como refugio no tiene flores. A las diez de la mañana está casi vacía. En un rincón se puede hablar con sosiego e intimidad.

La atención se prende como principio en el tema catalán.

RUIZ.—Ha escrito usted ya varios libros sobre Cataluña. ¿Qué intención le movió a escribir el actual?

GARCIA VENERO.—Con éste y con los cuatro anteriores he querido sacar al catalanismo de su fase unilateral, fomentada por innumerables catalanes y por otros españoles. Cataluña no es un arcano... Debe ser enjuiciada y criticada, en el sentido etimológico de la palabra, por todos los españoles, como lo es Castilla.

Un sorbo de cerveza justifica una pausa. Luego prosigue el interrogatorio.

VEINTE AÑOS DE TRABAJO EN 372 PAGINAS

Se nota que el autor está satisfecho de su obra. El mismo lo subraya en cuanto se le ofrece ocasión.

PUENTE.—¿Ha mandado usted sobre el tema? ¿Cree que ha dicho en su libro cuanto pensaba decir?

GARCIA VENERO.—Me parece que sí. Es decir, el libro es reflejo de lo que me propuse. Seguí para ello un plan riguroso. «Cataluña, síntesis de una región», es un libro decisivo.

CARANTONA.—¿Le ha llevado mucho tiempo prepararlo?

GARCIA VENERO.—No se puede hablar de tiempo. Significa veinte años de trabajo. Y, en realidad, debiera haberse publicado también hace muchos...

—PUENTE.—¿En qué oportunidad?

GARCIA VENERO (sin detenerse a pensarlo).—Más o menos, en 1901. Se habrían aclarado muchas cosas y hasta se habrían evitado otras. Los del 98 no fueron capaces de hacerlo o no quisieron. Sus epígonos, tampoco. Yo creo que ya es hora de mirar los problemas de frente.

RUIZ.—Muy buena parte de lo que usted llama la «Novela de la economía catalana» está caracterizada por un batallar continuo para conseguir del Estado español aranceles proteccionistas. ¿Qué importancia da usted a este acontecimiento?

La pregunta ha encendido los ojos de García Venero. Fuma con calma, piensa un momento y responde.

EL PROTECCIONISMO, PROMOTOR DE LA INDUSTRIA

GARCIA VENERO.—Es muy sencillo. Sin el proteccionismo dispensado a Cataluña no existiría hoy la industria del Principado.

CARANTONA.—¿Viene de antiguo esa tendencia?

GARCIA VENERO.—Indudablemente. La autorización de 1763, que puso a Cataluña en condiciones de comerciar con el Imperio español, estaba en la misma línea. A esa medida, ya de por sí verdaderamente importante en aquellos tiempos, se añadió la prohibición de establecer industrias textiles en América. En Méjico, por ejemplo, hubo que cerrar las existentes.

PUENTE.—¿Prosiguió la misma política con posterioridad?

GARCIA VENERO.—Durante los siglos XVIII y XIX el proteccionismo siguió imperando. Tanto la industria textil como la fabricación de maquinaria pudieron consolidarse y sobrevivir gracias al apoyo proporcionado por los aranceles.

RUIZ.—Si los Austrias representaron el fin de las libertades castellanas, ¿qué significó para Cataluña la dinastía borbónica?

GARCIA VENERO.—Un contraste clarísimo. Mientras desaparecía el sistema foral se daba a la región la oportunidad de ampliar su riqueza. Una parte de mi libro se titula «De la pobreza a la opulencia». Me interesa aclarar que mi libro no agota el tema. Cada epígrafe puede dar lugar a un volumen entero.

CARANTOÑA.—Trata usted un poco de pasada el acontecer de los partidos políticos. ¿Qué razón le movió a ello?

GARCIA VENERO.—Creo que la aritmética electoral no ha representado en ningún caso una clara y persistente mayoría del pueblo catalán. Por eso he preferido reflejar los grandes caudales del sentimiento de la región.

El nombre de una mujer insigne, escritora señera, aparece: Caterina Albert, novelista que usa el seudónimo «Victor Catalán».

DOS ESCRITORAS ILUSTRES FUERA DE LA ACADEMIA

RUIZ.—Dentro de lo espiritual, ¿ha influido directamente «Victor Catalán» sobre la literatura catalana?

GARCIA VENERO.—Sí. Pero su influencia más decisiva llegó hasta 1921. Después de esa fecha hay un período de oscuridad. Incluso hoy, a pesar de su prestigio, no es muy estimada por sus paisanos.

PUENTE.—¿A qué achaca este desvío?

GARCIA VENERO.—Quizá no guste su temática rural. De todas formas, Caterina es un clásico. Y como todos los clásicos pasa temporalmente, mas a la larga vuelve.

CARANTOÑA.—Habla usted de un sillón en la Academia para la escritora. ¿Le gustaría que fueran elegidas al tiempo Concha Espina y Caterina Albert?

El escritor ríe como si estuviera de vuelta.

GARCIA VENERO.—Naturalmente. He hecho lo posible y lo imposible para que fuera así en el caso de Concha Espina. Hace años monté con su hijo Víctor una campaña por todo lo alto. Terminó en unas buenas palabras de don Julio Casares.

PUENTE.—Dió largas al asunto...

GARCIA VENERO.—Más o menos. Nos pidió que no armáramos escándalo, que se arreglaria la cosa. Claro está, yo no me lo



La entrevista seguía su curso, pero el pequeño Manolito ya empezaba a cansarse. Abajo: Cuando pensó llegado su turno el pequeño apostilló al margen de la entrevista la obra del escritor

MELQUIADES ALVAREZ, HISTORIA DE UN LIBERAL

Azorin, antiguo cronista parlamentario, le ha puesto un agudo prólogo. El liberalismo español es estudiado en este otro libro de García Venero en torno a la figura de uno de sus últimos epígonos. Naturalmente, también se analiza con detenimiento el «reformismo».

CARANTOÑA.—¿Qué importancia tuvo en la vida española el partido reformista?

GARCIA VENERO.—Fue hechura de don Melquiades Alvarez. Era una especie de integrista de los liberales. Aunque luego perdió fuerza, en sus primeros tiempos reunió destacadísimas figuras.

PUENTE.—Pérez Galdós fue reformista...

GARCIA VENERO.—Y Gumerindo de Azcarate, Pérez de Ayala, Américo Castro, Ortega y Gasset, García Morente, Fernández de los Ríos, Luis de Zulueta, Pedro Salinas, Luis de Hoyos Sáinz, Jacinto Octavio Picón, los doctores Hernando e Hinojar. Y muchos, muchos más. Hasta 1909 estaban dispuestos a colaborar con la Monarquía. Luego desertaron en mayoría y se hicieron republicanos.

RUIZ.—Sin embargo, siempre fue un partido minoritario.

GARCIA VENERO.—Pero tuvo gran influencia. Alrededor de Alvarez se mantuvieron con gran cohesión una s cuantas figuras. Por ejemplo, Pittaluga, Posada,

creí. Pero, volviendo a los de antes, creo que España debe honrar a las dos novelistas. Ambas tienen aproximadamente la misma edad: unos ochenta y un años.

Cuál sea el homenaje apropiado, no se aclara. Las esperanzas de que la Academia rompa su rutina son escasas. Ninguno de los presentes se hace ilusiones en ese aspecto.

UNA INYECCION MONTAÑESA EN EL ALMA DE CATALUÑA

Con el nombre de doña Concha Espina viene a la mente la Montaña. Sin quererlo casi, impremeditadamente, entra en escena el primer marqués de Comillas.

RUIZ.—Antonio López y López, primer marqués de Comillas, ¿influyó directamente en Cataluña y alteró los supuestos de su burguesía?

GARCIA VENERO.—Creo que sí. Gracias a él Cataluña volvió a tener Marina. Al cabo del tiempo hizo revivir en Oceanía establecimientos que equivalieron a los de las Compañías medievales catalanas

RUIZ.—Y el tronco montañés-catalán de los López y los Güell, ¿qué características tuvo?

GARCIA VENERO.—Eran auténticos próceres. El primer marqués de Comillas recibió en su casa a reyes y a un sinnúmero de personalidades políticas y diplomáticas del mundo. Don Antonio López se inclinó además por lo suntuario. Eusebio Güell, por lo artístico. Gracias a su aportación se produjeron cambios en la sensibilidad y el ambiente.

PUENTE.—¿Fue Güell un auténtico editor, según la frase de Correa Vegliason, que usted cita, de las obras de Gaudí?

GARCIA VENERO.—Sin contar con el apoyo moral y económico de don Eusebio Güell, Gaudí no hubiese logrado la importancia que tuvo. Güell se gastó millones con él haciendo casas y monumentos. Y hay que advertir que esto lo hacía con un arquitecto revolucionario.

En torno a Gaudí la conversación se enmaraña. Hay que hacer un esfuerzo para volver al tema principal.

CARANTOÑA.—Don Melquiades Alvarez nos espera. ¿Cómo definiría usted en una frase el espíritu catalán?

GARCIA VENERO.—Eso es muy complicado... Bueno... Diría... Cataluña igual a pragmatismo.



Pedregal, Zulueta... Después de 1921 su influencia decreció.

CARANTONA.—¿Cómo resumiría usted la figura de don Melquiades?

GARCIA VENERO.—Era un fabuloso orador. Hombre leal a su palabra, fiel a su doctrina, muy español. Defendió la unidad de manera maravillosa. Defendió el Ejército. No bebía, no fumaba. Casi no tuvo vida privada. Su existencia estuvo centrada en el reformismo y el foro.

PUENTE.—En su libro se aparta de la biografía novelada...

GARCIA VENERO.—Es mucho más agradable seguir esa costumbre. Pero casi siempre sale perdiendo la rigurosidad. Benjamín Jarnés, por ejemplo, hizo una bella biografía de Castelar. Sin embargo, el libro completo sobre don Emilio está por venir.

RUIZ.—¿Dispuso usted de abundante bibliografía previa?

GARCIA VENERO.—La historia de un liberal no debe apenas nada a los textos publicados so-

bre el período 1868-1936. Está escrito, en sus tres cuartas partes, por lo menos, con materiales inéditos.

CARANTONA.—¿Qué fuentes ha usado?

GARCIA VENERO.—De don Melquiades no quedaba ni la partida de bautismo. Escribió muy poco: escasas cartas, algún prólogo. He seguido los relatos de sus familiares y sus amigos. Además me ha servido mucho el conocimiento personal que tengo de la política republicana y liberal.

RUIZ.—Dentro del reinado de Don Alfonso XIII, ¿qué papel jugaron Melquiades Alvarez y su partido?

GARCIA VENERO.—Con Don Alfonso fracasó el partido conservador; acaudillado por Maura; fracasó el reformismo; fracasó la dictadura de Primo de Rivera... Después de todos estos fracasos, ¿qué le quedaba al Rey? Únicamente el Gobierno de enterradores de la Monarquía de marzo de 1931. Bien poca cosa.

PUENTE.—¿Qué valor instructivo atribuye usted a su libro?

GARCIA VENERO.—Ciso que demuestra que cualquier régimen monárquico en España ha de tener carácter plenamente nacional, de tal manera que no frustre lo que puedan tener de noble y eficaz hombres como don Melquiades Alvarez o don Miguel Primo de Rivera. Por eso no podría ser útil jamás una restauración. Sólo una auténtica instauración puede dar garantías máximas a la Patria...

Pasaba ya del medio día. Marcélito López Utiel tiene ganas de brincar. Mientras la entrevista transcurre consiguió meterse en el bolsillo a los camareros. Ahora sale a la calle enjundado en una diminuta gabardina. Sigus lloviendo. Garcia Venero, con la mirada puesta en el chaval, nos despidió. La «Historia de un liberal» se la ha dedicado a él. Cuando sea mayor se dará cuenta de la prueba de cariño que esto significa.

EL ESCRITOR Y SU OBRA EN EL HOGAR

Juliette Maurel de Garcia Venero descubre el alma del historiador-político y su "complexe" de hidalgo montañés

DESPUES de veintitrés años que pronto se cumplirán desde que conocí a mi marido, no es muy fácil expresar de qué manera le veo actualmente, porque la compenetración no me permite verle como un extraño. Pero como se quiere que yo haga un «bilan» de su personalidad, cuento que la demanda lleva implícita la precisión de los defectos y las virtudes de Max. Como los valores humanos dependen de la latitud y de las diversas sociedades en que se vive, no estoy muy segura de que los defectos sean totalmente eso, y de que las virtudes no puedan ser consideradas como defectos, socialmente hablando. Padece mi marido sobre todo de una enfermedad conocida con el nombre de orgullo humano, que es «le complexe» del hidalgo montañés. No es orgulloso —al contrario— de su labor profesional; es orgulloso de lo que él llama la independencia espiritual. Jamás ha tenido maestros, y nunca ha aceptado lo que su razón rechazaba. También es muy sincero y leal con la amistad. Esto no suele ser considerado como una virtud, sino como un defecto gravísimo.

Es trabajador y tiene curiosidad insaciable. Comienza su jornada entre seis y siete de la mañana, y a las once de la noche está descansando. Ama el mar, el campo, quiere mucho más de lo que dice a su tierra montañesa, y en este sentido sus amores se extienden también a Francia e Italia. Me parece que para él no existe nada más importante y más interesante en todo el mundo que los países latinos.

Es un gran organizador, como lo ha probado desde muchacho dirigiendo y fundando periódicos, a los que hizo ganar millones y decenas de millares de lectores. Estoy muy contenta de que no dirija periódicos, en los que se ha dejado, a más de la juventud, parte de su salud. Cuando nos casamos, dirigía un periódico de San Sebastián y se pasaba el invierno sin ver la luz del día, trabajando catorce horas diarias. Debo decir que mi marido ha sacrificado al periodismo y a su tarea de historiador y biógrafo el bello estilo de escri-



Maximiano García Venero y su esposa

tor puro, porque él cree que la literatura llevada a las últimas consecuencias no es apta para comunicar con gran número de lectores. Y he aquí por qué razones es Max un «populiste malgré lui». A esto le ha arrastrado su inmensa vocación política, que le hizo destacarse siendo todavía un adolescente, al que elegían por votación para cargos importantes personas de gran edad. El se llama a sí mismo «animal político», y lo dice con doble intención, porque sabe lo dañino que para cierto vulgar entendimiento de la política es el «complexe» del hidalgo montañés.

Está tan solidarizado con la familia como pueda estarlo el corso más apasionado. Quiere con frenesí a «su niño del alma, Manuel López Utiel», al que está dedicada la biografía de Melquiades Alvarez. Este niño, al que consideramos como parte de nuestras vidas, cuenta cinco años y medio, y le tenemos con nosotros desde antes que empezara a andar.

Hay tres seres que marcaron nuestra vida matrimonial. Uno, nuestro «Biarritz», el perro que vivió con nosotros catorce años; los otros, nuestros gatos «Trotsky» y «Tigre», que siempre viven en nosotros. Todavía estábamos en plena juventud cuando los hicimos nuestros.

Juliette MAUREL DE GARCIA VENERO

BEVAN, LA "BALLENA ENCALLADA"

DE ORIGEN
PROLETARIO,
SE CRIO EN UNA
ATMOSFERA DE
RENCOR Y
AMARGURA
SOCIAL



Aneurin Bevan, el rebelde del laborismo inglés, plancha en una Exposición de cocinas modelos. — Abajo: Momento de llegada a la Cámara de los Comunes



TODAS SUS OPINIONES EN POLITICA EXTERIOR SON PURA UTOPIA

A MODO DE INTRO- DUCCION

RECUERDO que hace ya casi cuatro años, o sea, poco antes de ser enviado a Inglaterra, una tarde, en el café de Gijón, alguien que estaba presente se puso a hablar de política:

—Inglaterra—dijo—debiera ser una república.

—¿Y quién haría de Presidente?—le pregunté.

—Bevan—me contestó.

El hombre aquel no sabía lo que se traía entre manos; aun falta mucho tiempo para que Inglaterra se convierta en república, y mucho más—mucho más de lo que le queda aún por vivir—para que Bevan sea primer ministro, tanto menos Presidente. Pero si cito esta anécdota es porque fué la primera vez que oí hablar de Bevan. Hasta aquel día Bevan era—como decía un profesor mío de literatura—una de

mis virginidades aun no promiscuadas». ¿Quién iba a decirme entonces que durante meses y meses yo iba a vivir casi exclusivamente de Bevan y del petróleo persa?

BEVAN Y LOS TRI- LLIZOS

Poco después, ya en Londres, leí en un periódico que Bevan—que entonces era, creo ministro de Reconstrucción—había estado visitando casas humildes de los suburbios, y que en una de ellas estuvo tomando el té con una pobre mujer, madre de trillizos.

—Yo siempre lo dije, señora—la felicitó Bevan—, los hijos lo mejor es tenerlos todos de una vez y luego descansar.

Como ministro de la Vivienda (o de Reconstrucción, no sé cuál de las dos traducciones es más exacta) Bevan no hizo nada de provecho; esta frase suya a la

madre de los trillizos es, quizá, lo mejor de todo su ministerio. Poco antes, sin embargo, siendo ministro de Salud Pública, organizó de cabo a rabo todo el flamante Seguro de Enfermedad inglés, se lo sacó de la manga como quien dice, y aun sigue funcionando gracias más que nada al impulso que Bevan le dió.

«MAS BAJOS QUE LOS GUSANOS»

Cuando las elecciones anteúltimas, el partido laborista aun estaba en buena forma; se percibían síntomas de debilidad inminente, pero no eran más que síntomas. Attlee fué a las elecciones con buenas esperanzas, y los torios tenían pocas de ganar. Fue entonces cuando Bevan cometió su primer error de importancia. Casi en vísperas de las elecciones, hablando en público, dijo refiriéndose a los conservadores:

—Aun recuerdo lo que me hicieron pasar en mi juventud, cuando yo era un proletario pobre; por eso no habrá buenas palabras ni mimos que disminuyan un ápice del odio que les tengo. Por lo que a mí se refiere los conservadores son más bajos que los gusanos.

Esto no es política; los conservadores eran entonces, cuando meno, la mitad del electorado. La consecuencia de estas palabras fué que llegadas las elecciones los laboristas las ganaron justo por los pelos; varios miles de votantes, sorprendidos ante tanta agresividad, votaron por los conservadores o no votaron. Este discurso de los gusanos no lo han olvidado aún los enemigos de Bevan; hace pocos días—en 1954—Morrison lo utilizó contra él en un artículo de que hablaré más adelante.

LA PATADA

Pero esas son consecuencias lejanas; ahora me toca hablar de la consecuencia más inmediata del célebre discurso de los gusanos: todos los periódicos (incluso los de extrema izquierda) lo comentaron desfavorablemente. El que menos lo pasó por alto o se limitó a citar; Attlee y Morrison hicieron a lo hecho pecho, pero no lo aprobaron. Los aristócratas y los conservadores juraron venganza.

Cosa de tres años más tarde, poco antes de las pasadas elecciones—es decir, las que dieron el Poder a los conservadores—, sir John Slessor, uno de los jefes de la R. A. F., creó, invitó a Bevan a comer. Bevan aceptó y quedaron en verse en White's, el club de la aristocracia británica y el círculo más cerrado de toda Inglaterra. La noticia de que Bevan acababa de entrar en el club soliviantó a docenas de condes, duques, marqueses y caballeros. El hermano del conde de Derby corrió al teléfono y llamó al hijo del conde de Ilchester, que estaba tomando copas en otro club. Denzil Strangways no quería creerlo, pero ante las afirmaciones de Hugh Stanley corrió a White's a ver el milagro:

—Ahí está el que nos llamó gusanos—le dijo Stanley.

Strangways esperó a la salida del club; concluida la comida,

Bevan se despidió de sir John Slessor y salió de aquel nido de hidalgos; Denzil Strangways, hijo del conde de Ilchester, rico y mutilado de guerra, le dió tal patada en salva sea la parte que Bevan bajó rodando las escaleras y no paró hasta la calle. Inmediatamente Strangways se dió de baja en White's y dijo que donde había entrado Bevan él no podía poner los pies. Hugh Stanley y otros muchos «gusanos» se dieron de baja también.

Este episodio amargó mucho más a Bevan contra la aristocracia. Sus consecuencias aun no han concluído, ni mucho menos.

LA DIMISION

El día que Attlee—primer ministro de un Gobierno cada vez más vacilante y a la deriva—leyó el nuevo presupuesto militar, yo estaba en la galería de Prensa de la Casa de los Comunes, y le vi, enclenque y pequeñín, levantarse, desplegar un papel muy grande y leer con voz igual y monótona y tan de prisa que apenas pude coger nada. Pero al día siguiente lo leí: aumentar considerablemente el Presupuesto de Defensa e introducir una cierta modificación en el Seguro de Enfermedad. En adelante, en vez de ser todo gratis, los médicos del Seguro tendrían derecho a cobrar; por ejemplo, al poner dientes postizos o recetar gafas, el cliente tendría que pagar la mitad y la otra mitad el Estado.

Esta cosa a primera vista insignificante dió al traste con la unidad laborista y comenzaron las luchas intestinas que quizá acaben por poner al partido fuera de combate electoralmente.

Se produjo una feroz rifa entre Bevan y el resto del Gobierno: Bevan no quería ni oír hablar de modificaciones en el Seguro de Enfermedad; era su obra y guay del que la toque. Ante la inflexibilidad de sus colegas, Bevan dimitió. El mismo día de su dimisión se le vió paseándose con su mujer por las calles de Chelsea, donde él vive, y sonreír a los periodistas como si no hubiera ocurrido nada. «Nye» (abreviatura de Aneurin) y «Clem» (abreviatura de Clemente Attlee) se cambiaron unas cartas de pura rutina: «Lamento tener que dimitir del puesto, etc...» «Clem» replicó: «Te agradezco tus servicios». Y tal fué la declaración de guerra.

«LAS LAPAS CON CORAZÓN DE LEÓN»

La dimisión de Bevan puso contentísimos a los torios; el partido laborista estaba exhausto, sin política exterior y apenas sin política interior. Sus promesas de reconstrucción de viviendas populares habían quedado en la mitad, en parte por culpa de Bevan; sus pacifismos y antibelicismos se derritieron al sol de Corea, sus socialismos recién implantados naufragaban por culpa del presupuesto nacional, y luego ni aun sus ministros estaban de acuerdo. El electorado manifestaba evidente inquietud, y Churchill, día tras día, les atacaba sin descanso. «Estas lapas con corazón de león—dijo un día—

que se agarran al Poder como si les fuera la vida en ello.» La nación entera rió la gracia. Finalmente, un día Attlee fué a ver al Rey y salió de palacio con la fecha de las elecciones.

Con Bevan dimitió Harold Wilson, uno de sus amigos, que ocupaba un cargo secundario en el Gobierno; la dimisión de Harold Wilson contribuyó a aumentar la confusión. Wilson es hombre aun joven, de facciones blandas. Como Bevan, comenzó en la miseria y se elevó poco a poco, a costa de grandes esfuerzos. Ahora, sin embargo, ocupa un cargo de importancia en cierta gran empresa y tiene un traje de tela hecha con fibras de no sé qué planta tropical, único en el mundo.

LAS ELECCIONES

El día en que se celebraron las elecciones yo fuí con unos amigos, de barrio en barrio, a ver cómo andaba la cosa. La victoria conservadora se daba por descontada. Churchill hizo un llamamiento al sentimentalismo nacional: «Dejadme acabar mis días a vuestro servicio.» La propaganda electoral laborista era torpe y burda, apelando más que nada a una lucha de clases ya apenas existente. El «Daily Mirror» acusó a Churchill de querer utilizar al pueblo inglés como carne de cañón para los americanos. Churchill envió la cosa a los Tribunales y a poco de concluidas las elecciones el «Daily Mirror» tuvo que pedir excusas.

Yo y mis amigos desembocamos en Picadilly, lleno de gente que vitoreaba cada vez que aparecían nuevas cifras en las grandes pantallas luminosas. Cuando los conservadores ganaban un distrito, aparecía una enorme caricatura de Eden sonriente y otra de Attlee torciendo el gesto. Cuando eran los laboristas quienes ganaban era al revés.

—Si ganan los laboristas—comentó uno de mis amigos—tendré que ponerme a trabajar.

Entramos en el Bath Club, del que era miembro uno de mis amigos, y cenamos huevos con jamón y cerveza. En una pizarra pequeña uno de los camareros iba apuntando las cifras electorales según llegaban. En provincias ganaban los laboristas con bastante ventaja; mi amigo suspiró deprimido: «Otra vez perdemos», dijo.

Al día siguiente, sin embargo, cuando llegaron los resultados de algunos distritos campesinos y se confirmaron los de Londres yo me llevé una sorpresa, pues me había ido a la cama con la impresión de que volvían a ganar los laboristas, y, sin embargo, hete aquí a los «gusanos» en el Poder. Los liberales votaron casi todos por el partido conservador: el partido comunista dió orden a todos sus votantes—unos 100.000—de votar por los laboristas.

COMIENZA LA OPSICION

Con la salida del Poder de los laboristas Bevan se vió en una situación envidiable para desplegar sus poderes parlamentarios y

ayudar poderosamente la causa de su partido. Attlee, en el fondo, se debió alegrar de la pérdida de las elecciones, porque el partido estaba de veras exhausto y necesitaba un poco de reposo y reorganización. Si Bevan lo hubiera querido, la guerra hubiera concluido allí mismo con un abrazo de buenos amigos.

Pero no lo quiso. Harold Wilson, Michael Foot, Bárbara Castle, Jennie Lee, Richard Crossman, Tom Driberg y otros peces menores formaron desde el principio un grupo compacto con Bevan, celebraron sus propias reuniones y acordaban sus decisiones y su política, aparte de las oficiales del partido. Todos ellos eran gente fanática y ambiciosa, socialistas a machamartillo, partidarios del socialismo total en Inglaterra, de la explotación de los latifundios, la nacionalización del dinero, la no intervención en toda guerra imperialista, enemigos de la colonización. Todos ellos veían en Bevan su jefe, su futuro primer ministro y su atajo para llegar cuanto antes al Poder. Wilson hacía de experto en Hacienda; Crossman y Foot se ocupaban de Asuntos Exteriores; Jennie Lee y Bárbara Castle son ambas mujeres; la una, esposa de Bevan; la otra, colaboradora, según unos, y algo más, según otros. El ego de Bevan no podía estar mejor guardado, y en aquellos días su porvenir parecía muy halagüeño.

EL AMBIENTE EN TORNO A BEVAN

He oído a mucha gente hablar de Bevan y llegado a la conclusión de que debe ser hombre sin términos medios, porque las opiniones sobre él tampoco los tienen. Los que no son partidarios suyos a fondo, son sus enemigos a fondo. Un comandante del ejército inglés me dijo un día: «El día en que Bevan sea primer ministro, yo emigro de Inglaterra». Un industrial importante me afirmó: «Si me presentasen a Bevan, yo no lo saludaría.» Otros, en cambio, que es el político más importante de la Inglaterra actual y que personalmente es una persona encantadora.

Algo debe haber de verdad en esto, porque Bevan es el único enemigo a quien Churchill concede tanta importancia como para tirarle estocadas siempre que se le presenta ocasión; durante su reciente discurso sobre la bomba de hidrógeno, el único laborista que fué mencionado personalmente y sobre quien se posó la mirada de Churchill fué Bevan, y la cosa fué tanto más sorprendente cuanto que apenas venía a cuento.

Varios médicos me han dicho que cuando Bevan estaba organizando el Seguro de Enfermedad y tenía que tratar con médicos y cirujanos se portaba con ellos muy bruscamente, tratándoles con aspereza; otros, en cambio, me han asegurado que con ellos se mostró siempre encantador.

Yo solo le he visto dos veces. Una, en la calle, cuando salía de casa, y me pareció un tipo grande, grueso, pero proporcionado, con cabeza demasiado pequeña para tanta mole; un mechón indómito sobre la frente y los pelos de la nuca en quiquiriquí. An-



da a pasos más bien pequeños y como pensando en otra cosa, con mucha seguridad. Viste bien, pero con descuido evidente.

La otra vez que le vi fué en un cóctel oficial. Entró, saludó a unos cuantos y esperó a que los demás le saludaran; tomó tres o cuatro copas, conversó con varias personas, accionando bastante y sonriendo; habla en voz más bien alta y con un ligerísimo acento galés, con muchos altibajos, como canturriando.

En el Parlamento, cuando formaba parte del Gabinete fantasma y se sentaba en el banco delantero, su masa solía contrastar de tal forma con la larga y escuchimizada figura de Attlee y el cuerpo redondo y pequeño de Morrison, que no se podía menos de parar la atención en él.

Vive en Chelsea, en Cliveden Place, no lejos del río. Es una casa de tres pisos, bien cuidada, con fachada siempre pintada de nuevo y un jardín delantero insignificante; probablemente tiene una huerta detrás, como muchas casas de esa parte de Londres. Tiene un coche negro, grande y siempre muy limpio.

El es diputado por Ebb Vale, un distrito galés, cuya mayoría conserva de forma tan tajante que nadie, ni aun sus enemigos

Aquí vemos al dinámico político inglés cuando ostentaba la cartera de ministro de Salud Pública

más encarnizados, sueñan con echarle del Parlamento. Su mujer, Jennie Lee, es también diputada; entre los dos, pues, vienen a sacar unas doscientas mil pesetas anuales en sueldos parlamentarios. Amén de esto tienen los artículos que publican en la Prensa de vez en cuando—los ex ministros ingleses cobran sus colaboraciones carísimas—y las mil cosas que les surgen siempre a los hombres públicos.

De él se dice que bebe mucho, pero no tengo los datos necesarios para afirmarlo o negarlo. En todo caso beber mucho no es malo, sino sus consecuencias. Churchill también bebe mucho, y sus mejores discursos parlamentarios los ha pronunciado en ese estado de euforia que viene con el sexto copazo de coñac. Un célebre escritor inglés dijo «que la desgraciada idea de invitar a Tito a venir a Inglaterra fué una de esas que se le ocurren a Churchill después de una buena comida».

BREVES FICHAS BIOGRAFICAS

Tanto Bevan como su mujer provienen de humildísimas familias mineras galesas; ambos nacieron en aquel ambiente de miseria y aislamiento de la Inglaterra anterior al catorce. Ambos se criaron en una atmósfera de rencor y amargura social. Jamás pudo decirse con más acierto de dos amantes que Dios los cria y ellos se juntan; Bevan y su mujer son la pareja ideal. Ambos son políticos exitosos y ambos participan de las mismas ideas. Su matrimonio, oficialmente al menos, es de lo más feliz.

Cuando era muy joven Bevan se vió a menudo sin trabajo, y las autoridades le aconsejaron emigrar «porque no servía para nada»; luego fué creciendo y dándose a conocer entre los sindicatos mineros; de allí pasó al Parlamento, y del Parlamento, a lo que parece, no hay quien le mueva.

Lloyd George—galés también—dijo una vez de él, a raíz de un violento discurso, «que tenía madera de primer ministro», y esto aun no se lo niega nadie; lo que le niegan es que tenga temperamento de primer ministro. Churchill tampoco lo tenía, y si no llega a ser por el azar aun seguiría siendo un mero diputado parlamentario; lo malo es que el azar, que ayudó a Churchill, no lleva trazas de hacer lo mismo por Bevan, y al azar no se le ayuda con continuos desaciertos.

Este origen proletario condujo a Bevan a cometer los más grandes errores y los aciertos más grandes de su carrera política; fué de ahí de donde vino el discurso de los «gusanos» y de ahí también de donde vino su célebre frase sobre los terratenientes, que ayudó muchísimo al partido laborista a ganar las elecciones de la posguerra:

«El cincuenta por ciento de la riqueza de nuestra Isla—dijo Bevan—está aún en manos de un uno por ciento de la población. El partido laborista quiere redistribuir esta riqueza de forma más equitativa.»

Es también de este origen proletario de donde viene su odio hacia todo uniforme honorífico o social; Bevan es el único líder laborista que no se aburguesó jamás y que nunca se puso un frac o un smoking; incluso a las fiestas reales va vestido de paisano, a pesar de que al Rey le desagradaba. «Mi padre fué un pobre minero que nunca supo lo que es un smoking—dijo Bevan en cierta ocasión—, y lo que fué bueno para mí padre es bueno para mí.» Su mujer, en cambio, ha aparecido en varias ceremonias con trajes caros; uno particularmente, de «broderie anglaise», llamó poderosamente la atención de las revistas de modas; por lo visto, lo que fué bueno para la madre de Bevan no lo es para su mujer.

El padre de Jennie Lee vivía con ellos en Cliveden Place; el año pasado se puso enfermo repentinamente y murió. Bevan estuvo junto al lecho de muerte hasta el último momento, cancelando todos sus compromisos públicos y privados. El anciano mu-

rió dejándoles unas diez mil pesetas.

VIDAS PARALELAS

Yo, personalmente, creo que los dos políticos de más personalidad son actualmente Churchill y Bevan. Son tan parecidos entre sí que no pueden menos de odiarse a muerte. Procedentes de niveles sociales opuestos, ambos son partidarios de la vida cómoda y buena; nacido el uno para mandar y el otro para obedecer, ambos han llegado a posiciones de mucho poder y prestigio, y ambos basan su fuerza en una especie de genio dialéctico y parlamentario. Ambos son temperamentales—el uno por celta y el otro por semiamericano—, y continuamente toman decisiones súbitas y prematuras, que podrían serles fatales.

Bevan es muy sentimental y toma las cosas muy a pecho. Sus genialidades son más torpes que las de Churchill, y cuando la realidad no coincide con sus ideas, pues va y modifica la realidad. Toda su política exterior no es más que una adaptación de la realidad a sus ideas personales; desde Indochina hasta el rearme alemán, todas sus opiniones son mera utopía y coinciden con las de la masa laborista, no con las de su minoría dirigente.

Las dos mejores definiciones de Bevan han salido de la boca de su archienemigo Churchill. Cuando Bevan era ministro de Salud Pública, Churchill solía llamarle «nuestro ministro de Enfermedad Pública»; y últimamente, cuando su segunda dimisión, Churchill pronunció lo que él querría que fuese el epitafio de Bevan llamándole «la ballena encajada». «Esos hombres malvados—dijo una vez Churchill hablando de los laboristas—, uno de los cuales tuvo la desfachatez de llamar gusanos a la mitad de sus compatriotas.»

LA REVOLUCION CONTINUA

Lo peor que les puede ocurrir a los movimientos revolucionarios es que les nazcan miembros que quieran la revolución de veras. En Rusia, estos miembros se suprimen y a otra cosa, pero en Inglaterra los únicos que pueden suprimir miembros son los cirujanos, y eso sólo cuando los miembros en cuestión están enfermos.

Bevan pasó a la oposición con su partido cuando el partido había cumplido lo más urgente de su programa socialista y pensaba hacer el resto poco a poco, sin prisas. Bevan, en cambio, ardía en sacro fuego y lo quería todo rápido, a fondo y a rajatabla. «La revolución continua» de algunos comunistas rusos cuyo entusiasmo es ahora pasto de los gusanos. Todos los males de Bevan vienen de sus prisas; viéndose el único verdadero socialista del partido laborista, Bevan acabó por creerse el mesías del socialismo inglés, y la consecuencia es que riñó con casi todos sus revolucionarios, riñó a muerte con los sindicatos y se enajenó el apoyo de la mayoría de los electores, incluso de los laboristas.

Si Bevan se separase hoy del partido, se llevaría consigo quince o veinte diputados parlamentarios y cierto número de electores: «Los suficientes para que el laborismo perdiese las elecciones

con un buen margen de pérdida, pero no los suficientes para que Bevan ganase éstas ni ningunas elecciones.» Aquí está la clave de la cautela con que se comportan tanto Attlee como Bevan. Bevan sabe que si le echan lo más que podría conseguir es verse jefe de un partido insignificante en continua disminución, porque los laboristas adoptarían muchas de sus ideas—como han venido haciendo últimamente—y acabarían por recobrar de sus pérdidas, y Attlee sabe que si expulsa a Bevan perdería justo la fracción que daría a los laboristas una victoria electoral o, todo lo más, una derrota muy honrosa.

LA PRENSA BEVANISTA

Bevan tiene su periódico. El no figura en la redacción, pero el periódico es suyo. En él están su mujer y casi todos sus partidarios. Se llama «Tribune» y fué financiado inicialmente por Strauss, ex ministro socialista y millonario, técnicamente uno de los «gusanos» contra quienes Bevan tanto despotrica.

«Tribune» sale creo que todas las semanas, y en él hay que buscar la opinión bevanista sobre las incidencias políticas del momento. Los artículos de «Tribune» suelen siempre revestir un tono perdonavidas, el tono de quien se sabe en posesión de la verdad, tocar siempre una nota más aguda que la del partido laborista, como si ellos fuesen los únicos y verdaderos laboristas.

Hay luego otros periódicos de extrema izquierda que, más o menos, suelen ponerse del lado de Bevan. El «New Statesman», semanario político, suele defenderle en momentos decisivos.

LA ATMOSFERA VA CAMBIANDO

Repito, pues, que a raíz de las pasadas elecciones Bevan tenía todas las cartas en la mano, y todas las jugó mal. Demasiado hinchado de su propia importancia, exageró y se metió en campos de política exterior, para los que no estaba preparado. Su célebre libro «En lugar de miedo» repite todos los lugares comunes que un político serio debe evitar, y los repite con más convicción de la que necesita un político para ser serio.

Sus continuos ataques contra América pusieron de su lado a un considerable número de ingleses antiyanquis; la masa inglesa, en general, no es amiga de los americanos, e incluso buena parte de la minoría más o menos dirigente les tiene marcada antipatía; aquí es donde Bevan, sin duda, pisó terreno más firme. Entre la masa americana, Bevan se ha convertido en una especie de ogro maligno, muy semejante a la fama que tiene Mac Carthy en Inglaterra.

La Prensa socialista (el «Daily Herald» sobre todo) trató tenazmente de ocultar las continuas divergencias entre la dirección del partido y el grupo bevanista; todos los demás periódicos las reseñaban día tras día, relamiéndose de gusto. En todas las circunstancias políticas Bevan solía adoptar la posición no más realista, sino la más puramente socialista, desesperando a sus jefes y debilitando considerablemente

la capacidad de oposición del partido, con gran regocijo de los conservadores.

Los bevanistas consiguieron dos escaños en el Comité Ejecutivo Nacional del partido laborista: Bárbara Castle entró en él después de haber echado a Morrison, el segundo de a bordo de Bevan, y Harold Wilson perdió tan justo que la fuerza de Bevan y su partidillo parecía mayor que nunca.

Attlee, a pesar de la gravedad de la situación, adoptaba hacia Bevan la táctica de aguardar a que el galés se estrellara por sí solo. Pero llegó un momento en que las reuniones del grupito de Bevan eran tan descaradas y tan evidentemente independientes y desafiantes de las del partido, que no hubo más remedio que prohibir «a ningún grupo político» reunirse a espaldas del partido. Y la prueba de que Bevan veía claramente el peligro es que se sometió. El sistema político inglés está organizado de forma que sólo se pueda hacer carrera en él teniendo detrás la máquina bien organizada de un partido político; sin ella, todo lo más a que se puede llegar en el Parlamento, y aun eso con mucha suerte, es a diputado independiente.

Después de la disolución oficial de las camarillas, pasó un largo período de calma sobre el agitado partido laborista. Durante casi seis meses Bevan no dijo esta boca es mía. Los periódicos conservadores le acusaron de haberse sometido para que, en el próximo Gobierno laborista, Attlee le diese la cartera de Asuntos Exteriores, y, efectivamente, después del fallo de Morrison en ese ministerio, el más indicado era Bevan. El «Daily Herald», que siempre ocultó las disidencias interpartidistas hasta el último momento, llegó incluso a publicar una fotografía de Bevan y Gaitskell sonriéndose angelicalmente el uno al otro.

Se comenzó a pensar que Bevan se había sometido y comprendido que los gritos y las rebeliones son el camino más largo para llegar a la jefatura del laborismo, y que había escogido el camino tradicional. Muchos de sus seguidores se inquietaron, pues si su jefe se sometía ellos volvían al anonimato. No tardó, sin embargo, en volver a explotar la tormenta.

LA ENEMISTAD CONTRA GAITSKELL

La clave de la rebelión de Bevan está quizá en su odio contra Gaitskell. Gaitskell, el ex ministro de Hacienda laborista, es un universitario, un intelectual de fama acomodada, discípulo de sir Stafford Cripps, el aristócrata socialista. Gaitskell es de la hornada anterior a Bevan, y todos sus progresos en el escalafón del partido le duelen a Bevan como otras tantas patadas en el hígado; es igual que la envidia del jefe de negociado viendo a otro jefe de negociado que entró después que él en el ministerio subir a puestos superiores al suyo, la envidia del desheredado de la fortuna que tuvo que luchar por subir peldaños que a Gaitskell le sirvió en bandeja la fortuna.

Por eso la fotografía aquella fué tan chusca y descubrió de tal manera el ansia de los laboristas por

esconder la escisión, que los periódicos conservadores volvieron a la carga con mayor ahinco.

Evidentemente Attlee hizo alguna promesa concreta a Bevan para que el galés se aviniese a dejarse fotografiar con Gaitskell y hacer la pamema de que en el frente no había novedad. Y esta promesa pudo muy bien haber sido la del ministerio de Asuntos Exteriores.

Cuando la boda de la hija de sir Stafford Cripps con un jefe de tribu de la Costa de Oro, Bevan y Gaitskell acudieron. Gaitskell, de chaqué, y Bevan, como buen socialista, de paisano.

LOS VIAJES DE BEVAN

Durante este interregno de buena conducta, Bevan hizo una serie de viajes, y en todos ellos se las compuso para armar un poco de ruido. El primero fué ir a ver a Tito. Los periódicos publicaron varias fotografías de Tito con Bevan y su mujer, en traje de baño. Bevan mismo publicó en el «Evening Standard»—diario de la tarde, propiedad de su archienemigo y archichurchillista lord Beaverbrook—una serie de artículos sobre la Yugoslavia contemporánea, en la que se alababa al régimen de Tito y se le calificaba de casi democrático. Attlee mismo, meses antes, había dicho en Belgrado que en Yugoslavia lo único que hacía falta era una oposición libre. Este es el inconveniente de los laboristas—Bevan y sus «extremos izquierdas», sobre todo—,



Mister Bevan, acompañado de su esposa, en el momento de subir al avión en viaje a Yugoslavia

que, al atacar a Rusia, siempre les queda en el fondo de su cerebro la idea—o la esperanza, según los casos—de que la Unión Soviética será todo lo enemigo que se quiera, pero es más socialista que, por ejemplo, Norteamérica.

Después Bevan fué invitado a ir a Egipto. Allí recorrió todo el país a expensas de Naguib y visitó la zona del canal de Suez. A su regreso causó una desagradable sorpresa a sus huéspedes de El Cairo, acusando al nuevo Gobierno militar «de permitir pobreza y hambre en el país», y les aconsejó «que resolvieran aquellos problemas urgentes antes de ocuparse de liberar Suez». Sin embargo, en repetidas ocasiones dijo a sus colegas parlamentarios «que es preciso abandonar Suez cuanto antes, porque una base militar sin la colaboración del país en que está emplazada es completamente inútil». Y hace no más que dos semanas añadió «que si el Gobierno conservador abandonase Suez podría ahorrarse unos ochenta mil millones de pesetas anuales y no tendría que economizar en cosas tan necesarias como el Seguro de Enfermedad».

De Egipto fué a Israel, que es como ir de Scila a Caribdis; las relaciones entre ambos países son tan tirantes que el Gobierno egipcio pagó el viaje de vuelta de Be-

van hasta Chipre y el israelita le pagó el de llegada desde Chipre hasta Tel Aviv, pero ninguno de ambos quería saber nada del otro. Para evitar que su pasaporte, llevando el visado del enemigo israelita, le cerrase las puertas del mundo árabe para el resto de su vida, el Foreign Office le facilitó un pasaporte extra «valedero solamente para Israel».

De su viaje a la India publicó también una serie de artículos en un periódico dominical. De ellos, vale la pena entresacar esta frase: «El Taj Mahal produce una impresión de grandeza, y me hizo pensar en los cientos de obreros mal pagados y mal comidos que sacrificaron sus vidas para levantar tan delicado monumento».

A raíz de la publicación de sus artículos sobre Yugoslavia, muchos suscriptores del «Evening Standard» escribieron anunciando que habían decidido dejar de comprar el periódico en vista de que mister Aneurin Bevan escribía en él.

«A RIPPLE IN THE POND»

A cosa de un mes y pico de su vuelta de Egipto, un diario de El Cairo anunció que iba a comenzar la publicación de un artículo semanal por Bevan, y que el primero de ellos saldría el miércoles siguiente y trataría de la cuestión de Suez.

Esto, así, en plena calma política, produjo cierto interés. El interés creció con la publicación del primer artículo y siguió creciendo con el segundo. Los periódicos ingleses los tradujeron y vieron que en uno de ellos había un par de frases claramente antiinglesas. Un diputado conservador se levantó en el Parlamento para preguntar hasta cuándo iba a permitirse al señor Bevan escribir en periódicos extranjeros contra los intereses de su país.

—Esas frases que usted cita no están en mis artículos—replicó Bevan.

—Sí, señor, sí que están—insistió el otro. Y las volvió a leer. Añadió que había mandado traducir el artículo a una persona de toda confianza y que las frases en cuestión estaban allí.

—Yo no las escribí—se disculpó Bevan—; ruego a la Casa que me crea; haré averiguaciones y descubriré lo que ha pasado aquí.

La Casa (o sea el Parlamento) le creyó; lo que había ocurrido era la mar de sencillo: el director del periódico egipcio había añadido los párrafos por su cuenta.

La enemistad entre Churchill y Bevan salió a relucir allí también; en vista de ciertos ataques que Churchill le dirigió a propósito de los artículos aquellos, Bevan llegó un día al Parlamento y se levantó para decirle al primer ministro: «Tú lo quisiste, pues allá va», y dió lectura a una serie de recortes de periódicos extranjeros de hace muchos años en los cuales Churchill escribía sobre cuestiones del momento, atacando los puntos de vista del partido inglés a la sazón en el Poder. Churchill recibió la andanada sin chistar.

LA SENORA DE BEVAN SE DESMANDA

La relativa paz en que vivía el partido laborista fué semirrita

por la mujer de Bevan, Jennie Lee, y otro bevanista, Hugh Delargy. Jennie Lee es mujer progresiva, y en vez de llamarse Jennie Bevan, como quiere la costumbre inglesa, se llama «señorita Jennie Lee», de forma que el que no sepa quiénes son creería que Bevan vive amancebado con ella, pero esto es «peccata minuta».

Jennie Lee y Delargy, en París, hablando ante un nutrido grupo de socialistas franceses, dijeron «que Francia haría el tonto incorporándose al Ejército de Europa, porque, en cuanto subiera al Poder el partido laborista, Inglaterra se retiraría de él por completo». Estas declaraciones imprudentes y fuera de lugar ayudaron a los comunistas franceses y crearon desconfianza contra Inglaterra, y los líderes socialistas se indignaron; muchos incluso pidieron que Jennie Lee y Delargy fueran examinados públicamente y desautorizados, pero la cosa quedó en veremos.

BEVAN SE DESMANDA

Así las cosas, se produjo la segunda dimisión. Eden acababa de concluir su exposición de un proyecto de N. A. T. O. sudasiática, cuyas posibilidades iban a ser discutidas en breve por los varios países interesados. Attlee se levantó para advertir que la oposición laborista condicionaba su apoyo a dos cosas: que el pacto aquel no protegiese los intereses coloniales de Francia y que los países asiáticos entrasen a formar parte de él en un plano de absoluta igualdad con los europeos.

Hasta ahora, pues, todo iba bien. Las conversaciones tendrían lugar y se vería si el pacto aquel era factible o no (en el momento en que escribo esto el pacto en cuestión tiene toda la pinta de haber fracasado, o sea que el gesto de Bevan ha sido inútil en el mejor de los casos), cuando Bevan se levanta violentamente, se echa a un lado el mechón de pelo que le cae sobre la frente, da unos pasos hacia adelante y comienza a decir que eso es una indecente rendición ante América, que el pueblo británico no aprobaría una decisión llamada a causar quién sabe si incluso una tercera guerra mundial.

Eso fué todo, pero las consecuencias comenzaron a producirse casi al mismo tiempo de volverse a sentar Bevan en su escaño. Los tories contemplaron su intervención con mucha alegría, porque todo lo que signifique debilitar el partido laborista es, de rechazo, fortificar el conservador. Los laboristas, con Attlee a la cabeza, se quedaron de piedra.

Aquella misma tarde Bevan, en la reunión del «Gabinete fantasma», que es donde se decide la política que luego adoptan los diputados laboristas en el Parlamento, o sea una especie de Gobierno de la oposición. Bevan discutió con sus colegas: se opuso a toda idea de un pacto de defensa sudasiático que cercara, o incluso tuviera el aire de cercar, a la China de Mao Tse Tung; se opuso al rearme alemán y a enviar un solo soldado inglés a Indochina. Sus colegas le criticaron por haber intervenido en el Parlamento desautorizando las palabras del jefe del partido, la discusión se agrió y

Bevan dimitió del Gabinete y se fué. Aquella misma noche fué a la Embajada egipcia, donde el embajador les había invitado a cenar a él y a su mujer.

Al día siguiente Attlee vino a declarar, más o menos, que la intervención de Bevan había sido intempestiva e imprudente y que sólo serviría para debilitar al partido y disminuir su capacidad de oposición.

Los periódicos le calificaron de impertinente por erigirse sin autoridad alguna en protector e intérprete del pueblo británico, y pasaron a censurarle por presentar ante el mundo un Parlamento inglés irresponsable e infantil, perjudicando la posición de Eden en Ginebra y envalentonando a los comunistas. El «Daily Herald» adoptó también un tono de censura; sólo el «New Statesman» (por no hablar del «Tribune») le apoyaron.

El único de los diarios populares que comentó la cosa con cierta sensatez fué, a pesar de la enemistad que le une con Bevan, el «Daily Express». Su comentarista político advirtió que allí no había integridad que valga, sino precipitación y exaltación. El pacto de defensa surasiático no había sido aún formado ni se trataba de formarlo, sino de discutir las posibilidades de su formación; los laboristas en principio aceptaban que dichas discusiones tuviesen lugar, pero lo condicionaban a dos cuestiones de principio: anticolonialismo e igualdad de razas.

Bevan respondió que no, que la oposición suya era de principio y que no quería ni siquiera oír hablar del pacto aquél, que sus palabras iban tanto contra los «tories» que propusieron la cosa como contra los laboristas que la aceptaron aunque fuese con reservas.

HAROLD WILSON LO COMPLICA TODO

Los acontecimientos se precipitaron, y los ocho o nueve días que siguieron parecieron una novela de aventuras de las más improbables. Gaitskell, Morrison y los demás enemigos de Bevan se frotaban las manos de contento.

Attlee, dejando a un lado su cautela, decidió obrar.

Lo primero que hizo fué ordenar que se despidiera a los tres «capataces» parlamentarios que, cuando Bevan insistió en llevar a votación la cuestión del pacto surasiático, votaron a favor del galés, contraviendo sus más elementales deberes, que consisten en cuidar de que los demás diputados del partido obedezcan la política oficial. De estos tres dos aceptaron el despido, pero el tercero pidió excusas y fué vuelto a admitir.

Luego, ante el problema de llenar la vacante de Bevan en el «Gabinete fantasma», Attlee se comportó con extraordinaria habilidad. Muchos temían que lo convocase a elección, repitiendo alguno de los trucos a que ya echó mano en ocasiones anteriores para debilitar la fuerza de los candidatos bevanistas; por ejemplo, cuando se eligieron los miembros del Comité Nacional Ejecutivo, e hizo dividir la elección en dos o tres eliminatorias, de modo que sólo los que alcanzasen cierto número de votos pu-

diesen seguir adelante. Pero esta vez se limitó a obrar con la más estricta corrección, ofreciendo el puesto a Harold Wilson, el candidato más cercano, bevanista convicto y confeso.

Si Wilson rehusaba el Gabinete quedaría libre de influencias bevanistas; si aceptaba, contra el consejo de Bevan, se debilitaba a los bevanistas. Quedaba la posibilidad de que aceptase siguiendo los consejos de Bevan, pero era un riesgo muy leve.

En todo caso salió ganando: Wilson aceptó y Bevan dice que comentó: «Me ha traicionado.» A los periodistas que le preguntaban, Wilson contestó: «El señor Bevan no tiene por qué pedirme cuenta de mis actos.»

«Bevan quiere que sus súbditos le consulten—comenzó un periódico—, pero él, cuando llega el momento, obra sin consultar con sus superiores.»

«EL BARCO QUE SE VA A HUNDIR.»

El «Daily Express» publicó entonces una caricatura mostrando un barco a medio hundirse. El barco se llamaba «Be-Vanidad». Sus tripulantes eran todos bevanistas conocidos, y, con un salvavidas a la cintura, no sabían si salvarse a nado a seguir fieles al capitán. Uno de ellos, Harold Wilson, se había decidido ya y nada hacia la orilla, donde Morrison y Attlee le esperaban con los brazos abiertos.

Meses antes en el Parlamento un diputado dijo no me acuerdo qué; otro entonces se levantó para acusar sus palabras de «bevanosas».

Mosley, el fascista inglés, en un mitin político dijo hace poco «que cruzarse de brazos ante la agresión de Indochina es hacerles el juego a los comunistas y a su jefe, el señor Bevan».

«EL GALLO CONTRA EL LEÓN.»

A los pocos días de lo de Wilson Morrison intervino. En la gaceta oficial del partido, «El Comentario Socialista», publicó un artículo acusando a Bevan de haber hecho que los laboristas perdieran las elecciones y de arriesgar que las vuelvan a perder. Le acusó, además, de estar sembrando el caos en el partido, precisamente cuando las cosas comenzaban a ir bien.

Todos los periódicos publicaron la noticia en primera página, excepto el «Daily Herald», que no la mencionó. Al día siguiente, sin embargo, tuvo que hincar el pico, quedando más en ridículo que si hubiera seguido sin mencionarla. Los bevanistas protestaron que Morrison estaba rompiendo el acuerdo tácito de que los líderes laboristas no deben atacarse personalmente; Bevan añadió que se trataba de disensiones ideológicas, donde los ataques personales no servían para nada. Attlee salió a la palestra afirmando que apoyaba cada una de las acusaciones del artículo de Morrison.

Yo hablé por entonces, con un laborista conocido, el cual me dijo que todas estas peleas son buen signo, porque indican que el partido es joven, fuerte y lleno de ideas nuevas, y que sólo los fuertes no tienen miedo de

la crítica. Pero lo que no me explico es por qué el «Daily Herald» tardó dos días en publicar que Morrison había criticado personalmente la conducta de Bevan.

Todos los líderes laboristas pidieron que el Comité Nacional Ejecutivo se reuniese para juzgar si Morrison había tenido razón o no en meterse con Bevan: los bevanistas porque esperaban que Morrison fuese derrotado, y los de Attlee, con Morrison mismo a la cabeza, porque era una excelente ocasión para darle a Bevan un buen golpe en la cresta.

Hace ya dos años, un comentarista político inglés calificó la rivalidad entre Morrison y Bevan de «lucha del gallo contra el león». Echando una ojeada a las fotografías de ambos políticos se pueda ver fácilmente por qué.

EL ACCIDENTE DE AUTOMOVIL

Scotland Yard llevaba ya varios días investigando un curioso accidente automovilístico en que se hallaba envuelto el coche de Bevan. Este, al parecer, había chocado contra otro, se metió luego por el campo abierto, volvió a la carretera y sin hacer caso del coche accidentado y de la gente que acudía, siguió su camino. Alguien tomó el número de la matrícula del fugitivo y resultó ser nada menos que el de Aneurin Bevan.

La Policía le acusó, pues, de conducir sin cuidado, y el juicio



El mismo día que Bevan había presentado su dimisión como ministro de Trabajo, se le vió paseando con su esposa por Chelsea, sonriendo a las gentes, aunque en esta foto no lo parezca

tuvo lugar en un Juzgado provinciano. Bevan se excusó diciendo que si se salió de la carretera fue para evitar que el choque tuviera mayores consecuencias, porque cuando advirtió su cercanía ya lo tenía encima («prefiero quebrantar la ley y seguir vivo que obedecerla y morirme»). Luego siguió adelante sin detenerse para evitar la publicidad y los periodistas, inevitables para un hombre de su importancia («nuestros policías no saben guardar secretos»); y añadió que, precisamente, en aquellos días tenía razones especiales para evitar la publicidad; no podía exponer en público aquellas razones, pero si el juez quería saberlas se las daría por escrito. El juez tomó la carta y la leyó; sin comentarla se la devolvió a Silverman, el abogado defensor, diputado bevanista como el mismo Bevan.

La sentencia fué tres meses sin derecho a conducir y una multa de quinientas pesetas («reducimos la multa considerablemente en atención a la falta de antecedentes del señor Bevan y a la razón secreta que nos comunicó», dijo el juez), amén de las costas del juicio, que subían a unas dos mil quinientas pesetas.

El juzgado estaba abarrotado



El irascible Bevan goza del favor de Churchill, en el que ve un enemigo peligroso. He aquí al rubio laborista en un «lunch» en amena conversación con un partidista suyo

de curiosos, periodistas y gente de toda especie. El duque de Marlborough acudió a ver al autor del célebre discurso de los gusanos y acogió la sentencia con una sonrisa angelical.

En un principio pensó apelar, luego decidió conformarse con la sentencia, y entonces los periódicos comenzaron a protestar de que a Bevan se le permitiese disculparse con razones secretas y exigieron que fuese hecho público el contenido de la carta. Pero se trataba de un juicio de faltas sin jurado, en el que tales cosas pueden pasar si el juez las considera justificadas. Así, pues, la misteriosa carta sigue siendo secreta.

EL PRIMER «ROUND» DEL DUELO

Llegó por fin el primer «round» del duelo Bevan-Morrison; el Comité Ejecutivo laborista se reunió hace unos días y decidió que en adelante las decisiones tomadas en él por mayoría deberán ser acatadas por los demás miembros sin excepción, menos en los casos en que el Comité mismo permita disidencias de opinión. Esta última cláusula está destinada para casos de conciencia, el rearme alemán, por ejemplo, sobre el que grandes secciones del partido están en desacuerdo; muchos sindicatos antibevanistas opinan con Bevan que no se debe rearmar a Alemania. Forzarles a todos a acatar la decisión de una mayoría exigua sería dictatorial e ineficaz.

En adelante, pues, Bevan tendrá que abstenerse de ex abruptos como el del otro día, o acatar la opinión oficial o convertir a la suya a sus colegas del Comité.

Si se produjese un nuevo caso de rebeldía, el Comité Nacional Ejecutivo disciplinará al rebelde, pudiendo incluso expulsarle del partido. Esta decisión fué adoptada por mayoría, con sólo dos votos en contra: el de Bevan (bevanista) y el de Bárbara Castle (también bevanista).

LA BALLENA ENCALLADA

Cabe ahora preguntarse cuál será el futuro de Bevan, y con Bevan el del partido laborista. Yo creo que fuera de Inglaterra le están dando a Bevan mucha más importancia de la que tiene. Hasta ahora su única misión parece haber consistido en purgar la política laborista de muchas cosas que no le venían a medida.

Ha desaprovechado cuantas ocasiones se le presentaron de llegar a ocupar altos puestos dentro del partido, y cuantos más errores comete tanto más crece la desconfianza alrededor de él. Tiene tantos enemigos en el partido y en los sindicatos que es casi imposible que llegue a primer ministro, al menos por el intermedio de un partido laborista triunfante.

Su grupo ha quedado bastante reducido, sobre todo si la defección de Harold Wilson se confirma; los demás, más o menos, son gente mediocre y sin mucho más futuro que el que pudiera darles Bevan.

Al dimitir del gabinete fantasma ha pasado a los escaños traseros del Parlamento; desde allí tiene más libertad de palabra, pero menos autoridad. Le queda aún el Comité Nacional Ejecutivo, del que sigue formando parte; pero allí está sólo con Bárbara Castle contra una hueste de enemigos.

Si ahora se mantuviera en buenas relaciones con el partido quizá todo volviera a arreglarse, ya es un poco tarde para componendas, pero con el tiempo las cosas se olvidan.

En todo caso, como ya dije, ni a él le conviene irse del partido ni al partido le conviene expulsarle; en un caso desesperado, sin embargo, el partido le expulsaría más fácilmente que él se iría del partido. Y cuanto más tiempo pasa menos rebeldes se llevaría consigo. Por otra parte, corre el peligro de que el partido adopte su política y le desautorice a él personalmente; esto ya ha ocurrido en Indochina, por ejemplo, y cada día hay más sindicatos que votan políticas bevanistas por unanimidad, al tiempo que se dicen antibevanistas. Es Bevan, su persona, lo que corre peligro.

Los partidarios de Bevan son numerosos, sobre todo en los centros industriales, en las alas extremas de los sindicatos; su número, tirando muy por lo alto, quizá llegue a unos dos o trescientos mil. Es decir, los que, si Bevan crease su laborismo particular, llegarían a votar por él.

Con Bevan hay que contar con lo imprevisible: cualquier suceso inesperado puede dar tales alas a su elocuencia que, de la noche a la mañana, le veamos en el machito; sobre todo cuando apela a los sentimientos confusos y utópicos del hombre de la calle es cuando Bevan brilla con más luz.

De momento le vemos como una gran ballena encallada, dando coletazos en la arena; la marea se va alejando más y más de él. Hace un año y medio un caricaturista le vió de muy diversa forma: tomando las medidas de las ventanas del 10 de Downin Street para comprar cortinas nuevas el día (entonces no parecía tan lejano) en que le hicieran primer ministro.

Jesús PARDO

(Desde Londres, especial para EL ESPAÑOL.)

LEA Y VEA TODOS LOS SABADOS

EL ESPAÑOL

LA UVA DE ALMERIA SE VENDE EN LA INDIA

NUEVOS MERCADOS PARA LAS FRUTAS ESPAÑOLAS, GRACIAS A LA VOLUNTAD DE UN HOMBRE

300 barriles se exportaron en 1933; 130.000 barriles y 50.000 cajas han salido en 1953

NO pudo suceder en otro sitio distinto al departamento de un tren. «¿Usted no me conoce a mí? Yo, por el contrario, sí le conozco a usted.» Así se presentaba en un viaje de Almería a Madrid, en el mes de febrero, un hijo de don Miguel Socia, antiguo amigo mío, ya fallecido, propietario de la Fábrica de Electricidad de Berja, pueblo de la provincia de Almería.

Fué entonces, en este viaje, cuando oí hablar de don Fermín Enciso Alcoba, primer exportador —o, mejor dicho, único exportador— de la uva de Almería al Extremo Oriente. Como si este fruto, tan apreciado en los mercados extranjeros, que comparó don Pedro Antonio de Alarcón con las pálidas manos de una monja de vida cenobítica, en su libro *La Alpujarra*, sintiera el deseo misterioso de descubrir esos otros misterios que encierra el mundo asiático.

Nació en mí entonces el deseo de conocer a don Fermín Enciso, que en este viaje a que me refiero sólo, lo oía nombrar por su patronímico de «Fermín», ya que el hijo del señor Socia, hombre hablador en extremo, me lo presentaba como un hado misterioso. Para éste, mi compañero de viaje, don Fermín Enciso, era como la meta de sus aspiraciones futuras, ya que él también quería exportar la uva de Almería al Extremo Oriente. Aquí la razón del viaje que hacía a Madrid.

EN BUSCA DEL SEÑOR ENCISO

Conocía, por fin, en la fecha del 13 de mayo a don Fermín Enciso, el hombre de patronímico «Fermín», que estuvo sonando en mis oídos durante más de diez horas en un viaje que tiene dieciocho de duración, y confieso que no me fué fácil localizarle, dentro de la red de su mundo comercial lo mismo estaba en Madrid, que en Berja o Almería, Granada, etc., etc. Llegó la hora y el señor Enciso, hombre modesto, que se lo debe todo a él y que incluso desconoce el mérito de su estrategia comercial, me recibía en el hall del hotel Ca-



Envasadoras de uva de Almería introduciendo el fruto en cajas para su exportación



Camiones cargados de barriles de uva para transportarla al puerto



Embarque de la uva en el puerto de Almería. El rico fruto almeriense se distribuye por todo el mundo

pitol. Hotel que guarda todos los misterios de las aspiraciones almerienses, tanto en el orden comercial como en el político. En él paran, además del señor Enciso, los señores Navarro y Vizcaino, exportadores también de frutos; el Alcalde de Almería, señor Pérez Manzuco; don Lorenzo Pérez Gallardo, Presidente de la Diputación, y en ocasiones el Gobernador Civil de la provincia, señor Urbina. El Capitol no es para los almerienses un hotel



Don Fermín Enciso Alcoba, al centro de la fotografía, acompañado del señor Arráiz de Paz, en un momento de la entrevista con nuestro colaborador

de turismo, sino un lugar situado en la Gran Vía, próximo a todos los centros oficiales. Un hotel como emplazado en la Avenida del Generalísimo de Almería, que es donde se mueve toda la actividad de esta pequeña ciudad mediterránea.

JUVENTUD DEL SEÑOR ENCISO

Don Fermín Enciso Alcoba, actualmente encajado en los cuarenta años, ni uno más ni uno menos — quiero mantener esta predicción como exacta — comenzó su vida comercial a los dieciocho. Había sido aprendiz en

el Comercio de Tejidos de las Filipinas, de Almería, a los catorce años, y a los dieciséis, empleado en la sucursal del Banco Central de Berja, cuando se fundó ésta en dicho pueblo. Como él mismo me dijo, pareciéndole recordar con orgullo: «El Banco fué el balcón por donde me asomé al comercio.» Desde entonces Enciso Alcoba se superó por sí mismo y saltó al mundo internacional de los negocios. A los dieciocho años de edad, sin conocimiento de otro idioma que el castellano, pasaba a Suecia para encargarse de la venta de las uvas de su padre en Estocolmo. Era el año 1932.

UN HOMBRE DE NEGOCIOS A LOS DIECIOCHO AÑOS

A los dieciocho años Fermín Enciso — dispense que apee el tratamiento — pudo abarcar en un vistazo panorámico toda la vida comercial frutera de Europa. Comprendió lo que otros viejos exportadores no habían sabido ver: el comercio de frutas con Europa occidental estaba en crisis. Los precios no eran compensadores ni en los países escandinavos, ni en Alemania, ni en Inglaterra. Entonces es cuando piensa llevar uva a la India. Ha oído que nuestra uva, después de adquirirla los ingleses, la venden en Oriente. Y él, sin titubear, se ha dicho, convencido de su acierto: «Mi uva la venderé yo allí. ¿Por qué Inglaterra va a bene-

ficiarse con un producto que ella no produce?»

A partir de este momento es cuando don Fermín Enciso ha triunfado. El propósito es arriesgado... Pero, ¿qué le da el mundo a quien no se arriesga? Va nueve meses a Londres y aprende ligeramente inglés y regresa en octubre de nuevo a Estocolmo. Después de la campaña de venta de uva partirá para la India. Nadie se lo aconsejó. Ni a su propio padre se lo había hecho saber.

El mismo me ha confesado que partió de Estocolmo para Venecia, embarcando en este puerto en un buque italiano rumbo a la India. «Me marchaba con una mano adelante y otra atrás.»

Antes de salir de Venecia, sí le escribí a mi padre una carta en la que le comunicaba mi viaje. Así me despedía de Europa.

«UN CHEQUE CRUZADO Y UNA CARTA DE CREDITO ERA TODO MI DINERO AL LLEGAR A LA INDIA. PERO ESTOS NO ERAN DINERO»

Se va creando la compenetración necesaria entre el entrevistado y el periodista. Un hombre inteligente no aspira por lo general a la propaganda periodística, no la siente. Son los futbolistas, los cineastas o los artistas folklóricos los que se arropan a diario en las páginas de la Prensa. Los reportajes se prodigan a los coleccionistas de envolturas de «hojas de afeitar» o «fajas de cigarrillos puros», o recogen las declaraciones de un aficionado al fútbol o al cine, como proyección de un histerismo colectivo irremediable, que contabiliza la vida de Navarro o Biosca, y Marilyn Monroe o Rita Cansino. Pocas veces, o casi ninguna, se intenta descubrir al hombre anónimo, que, despreciando las bagatelas, realiza cosas prácticas para su Patria. Este es el gran señorío de EL ESPAÑOL actual, abriendo sus apretadas columnas de tinta a la savia auténtica de España. Misión que se puede comparar a la de un Diógenes periodístico buscando al hombre que fué capaz de crear un pueblo o descubrir a aquel otro que hizo como trozo del mapa de España pisando tierra extranjera. Lo auténticamente meritorio frente a lo baladí, presentado como grande.

La reflexión no la hemos buscado, sino brotó a consecuencia de la propia entrevista. Don Fermín Enciso Alcoba se mostraba al principio cauteloso. Hubo necesidad de llegarle poco a poco. Entonces se animó y me dijo:

— Llegué a la India sin dinero para lo más preciso. Tuve que hacer al comienzo una vida cenobítica. La dueña de la pensión donde paraba, inglesa por cierto, no sólo me dijo que no me preocupara por el pago del hospedaje, sino que me dió dinero para que cablegrafiera a mi padre. Yo poseía una carta de crédito y un cheque cruzado que de nada me servían. Aun no estaba creado el Centro de Contratación de Moneda con el Oriente, que comenzó a funcionar al poco tiempo de mi estancia. Recuerdo perfectamente que fué nuestro cónsul general, don Félix Iturriaga, quien lo consiguió. Pero éste

NUEVO en ESPAÑA

YA ESTAN A LA VENTA LAS FAMOSAS HOJAS DE AFEITAR

KRON-VEST

4 creaciones de prestigio universal 4

GRAN MOGOL

JAGUAR



EMBAJADOR

CANCELLER

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj, todo de oro macizo marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST, recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

estaba en España y tuve que entrevistarme con el vicecónsul español, que era de nacionalidad persa y de profesión farmacéutico. Me atendió amablemente y con una confianza extrema. No sólo me dió parte del dinero que necesitaba, sino que incluso no quiso aceptar en prenda ni el cheque cruzado ni la carta de crédito. Y observe este dato curioso: este vicecónsul había perdido su fortuna exportando a la India uva de San Francisco. Enterado de ello al principio me alarmé, pero después me sirvió para concebir mis planes. La uva que yo exportara tenía que ser de primerísima calidad y su envío habría de hacerse directamente desde Almería. Los dos primeros años la exportación fué reducidísima: 300 barriles de uva y 300 libras esterlinas de precio. No me suponía otra ganancia que «lo comido por lo servido». ¡Ah!, pero hínqué mi voluntad y me dije: ¡Vayamos adelante!

Es ahora cuando he descubríto al hombre. Ese hombre dinámico y recio que lleva dentro don Fermín Enciso. Mitad parralero productivo y fijo a la tierra, mitad comerciante que no siente el desánimo y que se conduce a sí mismo oyendo la palabra «adelante».

LA COMPETENCIA CON LA UVA CALIFORNIANA

—¿Le fué todo fácil a partir de ese momento?—le pregunto.

—¡Ni mucho menos!—me contestó con rapidez—. Cuando la uva empezó a venderse nos salió un terrible competidor: los exportadores de los Estados Unidos. Estos empezaron a enviar uva californiana de características idénticas a la nuestra, envíos que se apoyaban en el poder internacional de los norteamericanos. Ellos consiguieron pronto que nuestros frutos se dejaran en cuarentena bajo el pretexto de que la uva de Almería padecía la «mosca mediterránea». Venían a utilizar, para defender su exportación, la misma cantilena que emplearon al terminar la guerra del 14, cuando suspendieron el envío de frutas españolas a Estados Unidos. Se repetía la historia, aunque ahora era más injusta. Bien estaba que nos cerraran por ese procedimiento el paso en sus mercados..., pero ¿qué razón tenían para hacerlo en la India? Ninguna—se contestó a sí mismo el señor Enciso—. Ellos operaban bajo el sello de su influencia política comercial.

—¿No pensó por esta causa abandonar su empresa, ya que usted sólo obraba por sí?

—Me sentí entonces más ilusionado. Conocía la buena calidad de nuestra uva. Había nacido bajo pámpanos, en los parrales de Berja y sabía de la riqueza de este fruto. Todo se reducía a que la uva que me enviásem viniera seleccionada. Después de sufrir la uva aquella cuarentena profiláctica estaba igual de jugosa, como recién cortada de la parra. Pero vino nuestra guerra, que me cogió en Granada, y el mercado de la India quedó paralizado durante años. Sin embargo, mis propósitos eran de volver, y volví. ¿Por qué no?

Enciso se me mostraba de nuevo ese hombre lleno de volun-



Vista del puerto de Almería desde el segundo recinto de la Alcazaba, convertido en parque público por las recientes obras de construcción

tad, que se había retratado limpiamente en una frase digna de esculpirse: «La de encar su voluntad.» Después, cuando Nuño tirara su fotografía, no sería la persona que él lleva muy adentro. Su aspecto, en líneas generales, es tranquilo. De hombre como en pausa y en espera de oír y de ver. Una dificultad en la persona cuando se le quiere entrevistar para sacar el mayor partido posible. Por otra parte, él no comprende que su vida pueda interesar, ya que me ha dicho sin resequedad, pero seriamente, algo de una extremada sencillez.

—Hablando del problema uvero me siento dentro de mí. Piense que desde los dieciocho años no conozco otra clase de vida. Y, además, siéndole sincero, «poco tengo yo que contar». En mi vida, como siguiéndome una buena estrella, sólo me he tropezado con gente buena y honrada. En mí, por lo tanto, las anécdotas son las del cotidiano vivir. ¿No cree que viviendo entre gente buena hay pocas cosas que decir? Aunque sí en ocasiones puede uno decir algo por boca de otros. El buen concepto que se tiene de los españoles en todo el Oriente, por ejemplo. Y esto se debe, a mi juicio, a dos razones: portuguesas y jesuitas.

EL CONCEPTO SOBRE ESPAÑA EN EL ORIENTE MEDIO

La conversa-

ción se salpica de algo que tiene reflejos pictóricos. Es algo que si no adorna una entrevista, la hace fría y falta de ropaje. Como la puesta en escena de una obra clásica sin decorados y escuchando a los personajes vestidos de calle sólo entre cuatro paredes. Aprovecho la ocasión y le pregunto:

—¿Le ayudó a usted en su empresa ese buen concepto que se tiene de nosotros en los puntos de Asia que ha conocido?

—Ciertamente, sí; porque es un concepto que emana de las buenas formas, o quizá mejor dicho, de los sentimientos humanos de los portugueses como co-

Señora:
He aquí su
Media Nylon
de alta calidad
elástica
y de precio...
nada caro!

Vilma
KNIT OF DIAPYNO NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

lonizadores. Además una usted a esto la gran labor que desarrollan dentro de la enseñanza los padres jesuitas españoles, que están extendidos por todos estos países de Asia. San Javier School, es el centro de enseñanza más importante. En él se instruye gran parte de la juventud, tanto india como musulmana. Es un colegio de primera y segunda enseñanza, si es que lo comparamos con nuestra organización educativa. De aquí salen la mayor parte de los jóvenes que luego ingresan en las Universidades, donde también se nota, en cierta manera, la influencia de los jesuitas. Y éstos, conviene que se destaque mucho, viven allí siempre pendientes de las cosas de España. Jamás se desinteresan por lo español. A mí, personalmente, me fueron valiosísimos.

—¿A tal grado llega esta influencia a pesar de la colonización inglesa?

—Puedo afirmarle que en todos los países de Asia que he visitado se siente poca o ninguna simpatía por los ingleses. El concepto que se tiene de ellos no, es bueno. Del mundo occidental, le repito, sólo se valorizan a portugueses y españoles. Una magnífica influencia portuguesa que nos beneficia a nosotros.

—¿Se refiere sólo a la India?

—Me refiero a la India, Ceilán y Malaya. Puntos que he visitado. Yo comencé a trabajar en Bombay, pero luego extendí el campo de acción al ponerme en contacto nuevamente con Oriente después de nuestra guerra.

—¿Qué opinión psicológica le merecen a usted los asiáticos?

—Opino que psicológicamente todos los comerciantes del mundo nos parecemos algo. Claro es que haciendo la salvedad de aquellos que no son tales comerciantes por su falta de seriedad. Aunque si lo reflexiono bien puedo darle un detalle interesantísimo: los comerciantes chinos que operan en Malaya son los más honrados del mundo. Puede usted confiarse a ellos en la seguridad que no le equivocarán. Otra opinión que yo pueda darle de Asia no tiene valor. Me he limitado durante mi estancia allí a hacer sólo vida comercial.

VOLUMEN ACTUAL DE LA EXPORTACION DE UVA A ORIENTE

Gira ahora la conversación nuevamente en torno al problema uvero. El señor Enciso atiende a la pregunta que le hago:

—¿Se mantienen las medidas profilácticas de la cuarentena de nuestros frutos?

—Al terminar nuestra guerra y volver a la India no me fue difícil levantar estas medidas sobre los frutos españoles, porque, habiendo dado comienzo la guerra mundial, los americanos se desentendieron de la exportación a Oriente. Entonces fué cuando el fruto español se enseñoreó de los mercados, pudiendo asegurarle que hoy no nos puede hacer competencia la uva californiana. En el año 1949 salieron ya del puerto de Almería tres barcos con barriles de uva para la India.

—¿Cuál fué el volumen de la exportación en el año 1953.

El señor Enciso muestra interés por contestar a esta pregunta y lo hace comparando la exportación de este año 1953 con la de 1933.

—El pasado año la exportación alcanzó a 100.000 barriles y 50.000 cajas de uva, que no sólo se colocaron en la India, sino también en Ceilán y Malaya.

Hace una pausa y agrega sonriente:

—De los 300 barriles de uva del año 33, que fué la primera partida que llevé a Bombay, fíjese la diferencia tan notable que se ha producido. Llevamos dos años exportando además naranja de Almería, que tiene condiciones especiales para ser la preferida en los mercados extranjeros. Sin embargo, existiendo el compromiso de remitir 150.000 cajas, se redujo la exportación sólo a 50.000. Se habían producido heladas a última hora y no quise arriesgar la calidad de nuestro fruto. Una pérdida que se compensa con el mantenimiento de nuestro prestigio comercial. En mi condición de exportador sé mirar por los intereses nacionales. Hoy, sin duda alguna, Oriente puede compensar las pérdidas producidas por la disminución de consumo en los mercados alemanes. Sin exagerar, el balance de exportación de frutas puede nivelar nuestras importaciones de Oriente. Para mí, el comercio de uva con Asia ha contribuido a alegrar nuestra exportación, sirviendo de palanca para llamar la atención de los centros fruteros de Europa. Es mayor su importancia en lo que esfuerzo que en lo que consume.

LA BUENA FE, VALIOSO SIGNO PARA LA EXPORTACION

Desemboca la conversación ahora sobre las cualidades que deben adornar a un exportador. Las razones por qué se pierden unos mercados y se consiguen otros nuevos. Don Fermín Enciso Alcoba, metódicamente, las señala como un opositor que lleva perfectamente aprendidos sus temas. Las palabras brotan de sus labios exactas.

Le escucho atentamente:

—Para mí—nos dice el señor Enciso—no hay nada más que una condición previa para ser un buen exportador de frutas: primero, sentir el negocio; segundo, cuidar los frutos. Como usted apreciará, es una misma esta condición, aunque demos subdividirla. No siempre el exportador es a la vez productor. Yo me inclino, dentro de lo posible, por el productor-exportador. Las frutas que se exporten hay que seleccionarlas, le repito. Por lo que se refiere a los mercados de frutas, predomina la tendencia de circunscribirse a los antiguos solamente: Europa Occidental y Brasil. Y es que no se ha querido ver que hay necesidad de exponerse a buscar nuevos mercados. El exportador debe tener personalidad propia. ¿Por qué ceñirnos, dentro de un negocio tan amplio como el de la exportación, sólo a los mercados donde vendían sus frutos nuestros abuelos? Han cambiado los tiempos, las riquezas de los países se han desplazado... Un buen exportador debe observar

todas estas oscilaciones, consecuencia que crea la disminución de la capacidad mercantil de algunas naciones, o, por el contrario, el desarrollo de otras. Este fué siempre mi punto de vista. Y creó, sin presunción, que estuvo en lo cierto.

LA UVA DE ALMERIA, UN SISTEMA DE VENTA

Nada nos queda ya por preguntarle al señor Enciso; pero conociendo como almeriense la provincia de Almería y su problema uvero, sin que suponga una ligereza esta afirmación, sentimos el deseo de ampliar nuestra información por medio de su autorizada voz. No todos los españoles sabemos algo de España por lo que se lee en los periódicos, como mantenía con su exageración peculiar don Miguel de Unamuno. ¿O es que él solo tenía la patente de poder hablar de España? Una menor sabiduría a veces presupone una mayor comprensión.

—¿Usted, señor Enciso, cree en el porvenir uvero de la provincia de Almería?

—¿Cómo no voy a creer en un negocio que produce a España anualmente 1.500.000 libras esterlinas? La cantidad es muy estimable. Además debe pensarse que el fruto en la parra, de un barril de uva, vale cien pesetas. Esto hace que sus tierras en cultivo estén valorizadas en venta como las más caras de España, incluyendo la huerta valenciana. Una riqueza que puede aumentarse sin pensar en el riego de una mayor producción.

—¿Con toda seguridad?

—Con la seguridad—contesta don Fermín Enciso Alcoba—de estos cinco últimos años, donde se han ligado sin interrupción buenos precios a buenas cosechas. Antes había años en que las uvas valían muchísimo, pero otros eran de catástrofe. Y esto se producía cuando la uva constituía la única riqueza de la provincia de Almería.

Nuestra curiosidad ha quedado satisfecha al contacto con las palabras del señor Enciso Alcoba; nuestro vanidad, en alto... Y sin embargo, le preguntamos:

—¿Está conforme con el sistema actual de contratación que rige para la venta de uva con el extranjero?

El señor Enciso, una vez más, con rapidez y firmeza, nos da la respuesta:

—No. De ninguna forma. La base de nuestro negocio está en la venta en firme.

—¿No supondría esto un riesgo?

—Durante una campaña puede que sí. ¡Ah! Pero a la postre ganaríamos la batalla y se disiparía el riesgo actual de enviar el fruto sin tener seguridad del precio a que se va a vender. En mi opinión hay que atacar este problema a fondo. La exportación de frutas constituye una de nuestras principales riquezas.

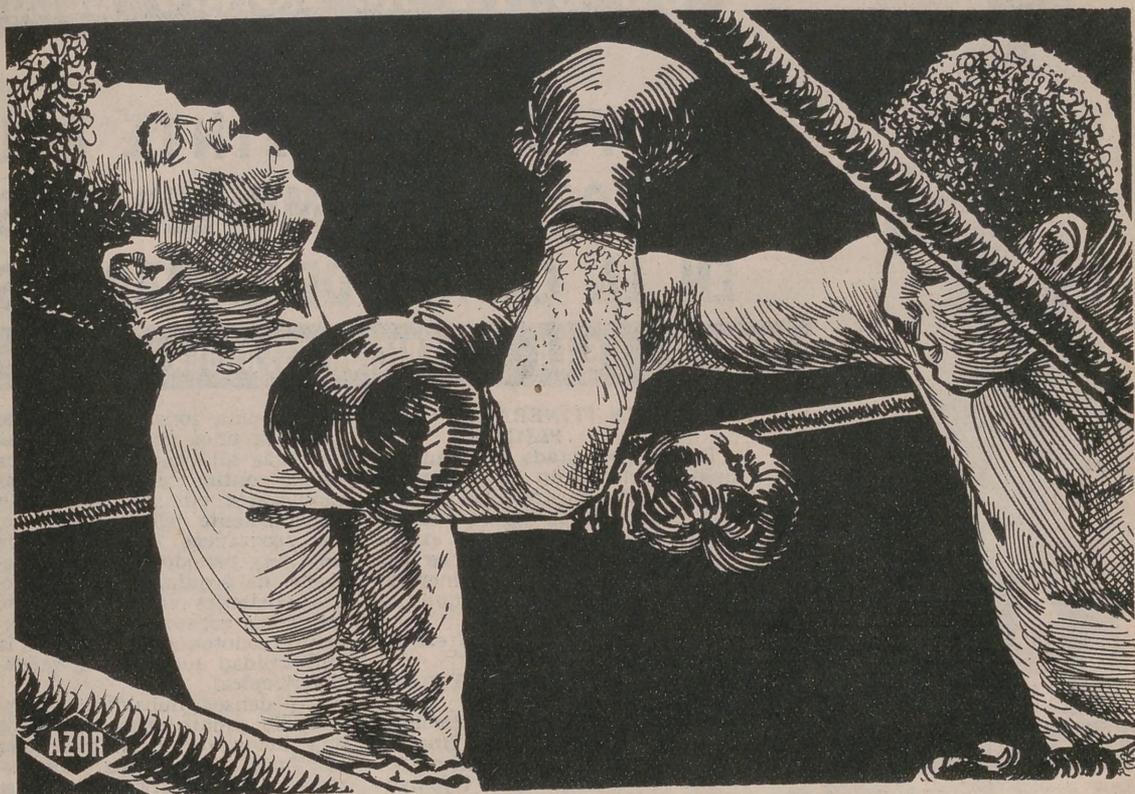
* * *

Salimos del hotel Capitol. La Gran Vía madrileña. La gente habla de cine, de fútbol. ¿Será o no será el Madrid campeón?

—¿No crees, lector, que con ello ni tú ni yo ganamos nada? Así es, pero no es así.

J. M. NAVEROS

Acertar...



Acertar es también vencer, llegar; es,
como vulgarmente se dice, dar en el clavo.

De ahí la alegría que sentimos

cuando acertamos en cualquier cosa.

Elija **VETERANO** y tendrá la

satisfacción de haber

acertado plenamente.



BRANDY VIEJO
VETERANO
OSBORNE

PUERTO DE SANTA MARIA

UN VIAJE DE 12.000 KILOMETROS POR EL AFRICA NEGRA

DE BATA AL CONGO BELGA Y REGRESO EN UNA "RUBIA"

LA VIDA DE VEINTE MIL NEGROS Y DIEZ MIL EUROPEOS EN LA CAPITAL DE CAMARONES

CRONICA DE LA "EXPEDICION ESPAÑOLA ISABEL"

UN ITINERARIO COMPLICADO

Estaba proyectada la excursión desde hacía algún tiempo, y yo asistí personalmente a las reuniones preparatorias de la misma, en las que, con los mapas extendidos sobre una mesa, fuimos perfilando los detalles del itinerario a seguir y las etapas en que había de dividirse el viaje.

El itinerario proyectado era el siguiente:

Bata-Ebolova, Ebolova-Yaunde, Yaunde-Bertua, Bertua-Buar, Buar-Bangui, Bangui-Gemena, Gemena-Lisala, Lisala-Bumba, Bumba-Aketi, Aketi-Stanleyville, Stanleyville-Nye-nya, Nye-nya-Beni, Beni-Parque Nacional Príncipe Alberto. En total, trece etapas.

El regreso se planeó, en principio, con el mismo itinerario, que luego modificamos al llegar a Stanleyville, desde cuya ciudad nos desviamos hacia el Norte, hasta Bonda, en la frontera del Congo con el Africa Ecuatorial Francesa, trayecto que cubrimos en una sola etapa, quizá la más dura del recorrido. Ya en el Africa Ecuatorial Francesa, fuimos desde Bando a Bangass, Bangass-Bambari y Bambari-Bangui, para seguir desde este último punto la misma ruta que a la ida.

LA PARTIDA

Salimos de Bata el 27 de febrero, después de pasar el día anterior en una actividad febril, ultimando los preparativos finales. En el asiento del conductor se colocan tres de los expedicionarios, y los otros tres en el posterior. El voluminoso equipaje es acondicionado en el techo de la «rubia».

La marcha se inicia de madrugada, mientras la luna tropical, pálida y lejana, ilumina la dormida ciudad. Los primeros kilómetros se deslizan sin el menor contratiempo. Tenemos el proyecto de dormir en Ebolova, una pequeña población situada ya en el Camarón francés, aproximadamente a mitad de camino entre Bata y Yaunde.

Al amanecer, grandes y sombríos nubarrones cubren el cielo. Estamos en la estación de las llu-

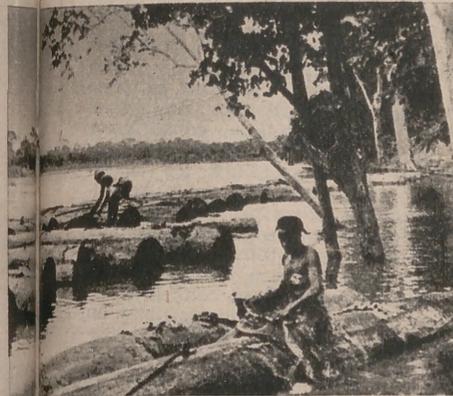
vias, en una zona que se extiende de hasta unos cincuenta kilómetros más allá de Yaunde. Africa es un continente en el que las condiciones climatológicas están perfectamente delimitadas por zonas geográficas. Dentro de cada zona hay periodos de lluvia y periodos de sequía, únicas estaciones existentes en realidad. Esto trae como consecuencia una enervante monotonía y es causa de la uniformidad que acusa la vegetación tropical.

Los densos nubarrones derraman de pronto sobre el paisaje una lluvia torrencial que azota con furia el parabrisas y los cristales del coche. La carretera se convierte en un verdadero barrizal y nuestra «rubia», con sus ochocientos kilos de peso, avanza dificultosamente. Hacemos una corta parada en Mikomeseng, para continuar a los pocos minutos en dirección a Ebebiyin, límite Norte de nuestra Guinea, por el cual hemos de cruzar la frontera. Llegamos a Ebebiyin a mediodía. Desde nuestra salida de Bata hemos recorrido 240 kilómetros sin novedad. La excursión comienza felizmente.

El capitán Olaechea, administrador territorial de la zona, y su esposa, nos invitan a comer y nos acompañan después hasta el puesto fronterizo francés, a 15 kilómetros de la ciudad. La inspección de pasaportes y carnets es rápida y formularia. El motor de la «rubia» continúa funcionando sin el menor fallo.

AUTOMOVIL EN BALSA

Diez kilómetros más allá del puesto fronterizo francés tenemos que cruzar la primera de las muchas balsas que encontraremos a nuestro paso. Es una embarcación hecha de cayucos, unidos por tablas. Hay un cable tendido de una orilla a la otra, sobre el que



Troncos de okumé preparados para su traslado por el río a las factorías



En un mercado. Los negros del Congo trabajan bien la alfarería



Mujeres lavando sus ropas en la orilla del río



Casa de las oficinas de Correos, Telégrafos y Teléfonos en Yaunde



Perspectiva sobre el lago en Yaunde

tros, cubiertos de hojas y formando una tupida e impenetrable red en las riberas.

LAS MOSCAS Y EL SUEÑO

Como todos los ríos abundantes en manglares, es también muy «rico» en mosca tsé-tsé. Las hay a centenares, a millares; verdaderas legiones, que zumban en el aire, anunciando su soporífera picadura. Es preciso bajarse las mangas de la camisa y se imponen los pantalones largos. El torso, las piernas y los brazos desnudos de los morenos están cubiertos de moscas. La mosca tsé-tsé siente una invencible atracción por lo negro y nadie que cruce un río africano debe llevar ropa de ese color si no quiere verse atacado implacablemente por estas moscas, de tamaño algo superior al de las europeas, de la misma forma, y que se distingue, sobre todo, por su rápido vuelo en zig-zag y porque cruza las alas, una sobre otra, al posarse, como los ojos de una tijera.

Pasamos el río sin novedad. Nuestra meta inmediata es Albon, donde se encuentra el verdadero puesto de aduanas y el jefe de región que ha de autorizar nuestro paso. No encontramos en la Aduana ninguna dificultad, pero el jefe de región, según nos informa un funcionario negro, está ausente. Nos indica que se encuentra en un poblado próximo donde hay fiesta, y por el cual tenemos forzosamente que pasar. Puede firmar nuestros pasaportes sobre la marcha. El mismo funcionario negro revisa nuestros carnets sanitarios, en los que consta que hemos sido vacunados contra la viruela y la fiebre amarilla, y que no somos tripánicos, es decir, que no estamos afectados por la enfermedad del sueño.

Encontramos ahora una carretera bastante aceptable y Alvaro aprieta el acelerador del coche. No tenemos más remedio que llegar a Ebolova, único sitio donde podemos encontrar un hotel en el que pasar la noche.

TRAMITES EN RUTA

Vemos avanzar en dirección contraria a la nuestra un «jeep» con la bandera francesa, en el que viajan funcionarios europeos con el uniforme colonial francés. Hacemos señas de que se detengan. En el «jeep» va, efectivamente, el jefe de región, que firma

nuestros pasaportes y nos autoriza a seguir hasta Yaunde, donde habremos de revisarlos nuevamente. El viaje comienza a hacerse monótono y pesado. Entramos en Ebolova a las diez de la noche, materialmente rendidos. Alvaro Miralles lleva dieciocho horas sin soltar el volante.

EL PRIMER DESCANSO

Ebolova es como todas las pequeñas poblaciones de esta parte de Africa. Casas desperdigadas, rodeadas de pequeños jardines y calles sin asfaltar. Hay luz eléctrica.

Visitamos la ciudad muy de prisa, porque al día siguiente hay que madrugar para continuar el viaje. El hotel donde nos alojamos es bastante confortable y todos acogemos la cena y el descanso nocturno con verdadera ilusión.

SIGUE EL VIAJE

Abandonamos Ebolova a las ocho de la mañana. Empieza a llover en seguida. Una lluvia torrencial, espesa. La carretera se encuentra en muy mal estado, que empeora con el poto-poto (barro) que se forma a causa de la lluvia.

Llevamos ya un buen rato de camino y estamos a 400 kilómetros de Bata. El paisaje no ha variado. A ambos lados de la carretera, la selva densa, impenetrable, con el embrujo de su leyenda y el atractivo de lo desconocido. Aún nos hallamos en territorio de los pamúes. Las casas son cuadradas, de madera, y con techos de nipa.

David, con su máquina de escribir portátil sobre las rodillas, va tomando notas para el guión del documental que se va a rodar. Alvaro Miralles, infatigable, continúa al volante. Don José, doña Isabel, Borrego y yo charlamos animados.

Inesperadamente, a las doce de la mañana, la carretera se ensancha, convertida en una maravillosa pista asfaltada. Miralles aprovecha la coyuntura para pisar a fondo el acelerador. El paisaje se aleja rápidamente a los lados del coche. Comemos en Balmayo para reanudar seguidamente la marcha hacia Yaunde, capital de Camarones, la antigua colonia alemana, hoy bajo la tutela de Francia por delegación de las Naciones Unidas.

A las tres de la tarde estamos



Tipo corriente en Camarones

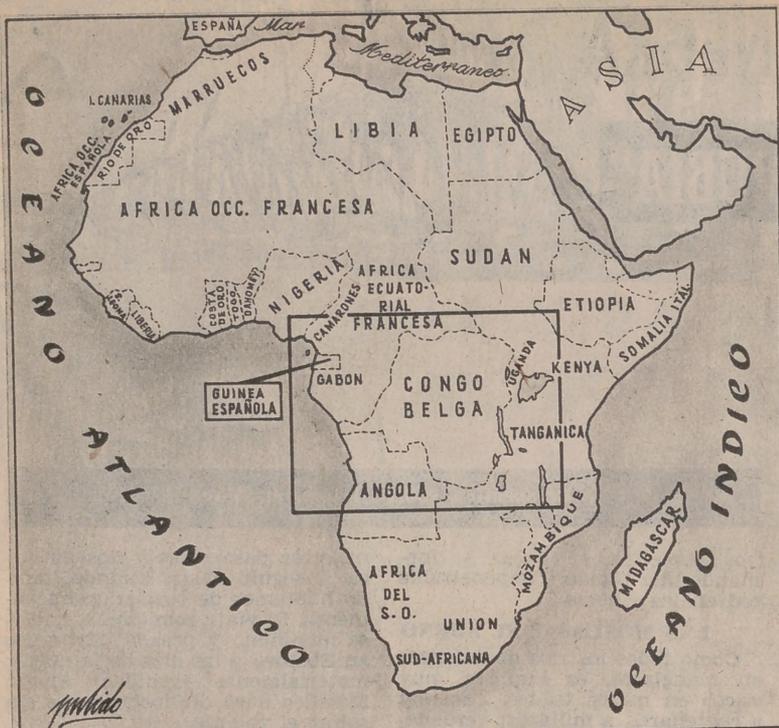
He tenido la fortuna de formar en la «Expedición Española Isabel», organizada en Bata, capital de la Guinea Española, y cuyo objetivo final era el Parque Nacional Príncipe Alberto, en la región de los grandes lagos africanos.

Nuestro recorrido a través del corazón del Africa negra ha sido entre la ida y la vuelta de unos 12.000 kilómetros aproximadamente. Hemos atravesado Camarones, el Africa Ecuatorial Francesa y el Norte de la inmensa colonia belga del Congo, de Oeste a Este, en una «rubia» Ford que resistió heroicamente los miles de kilómetros y el excesivo peso de nuestra impedimenta.

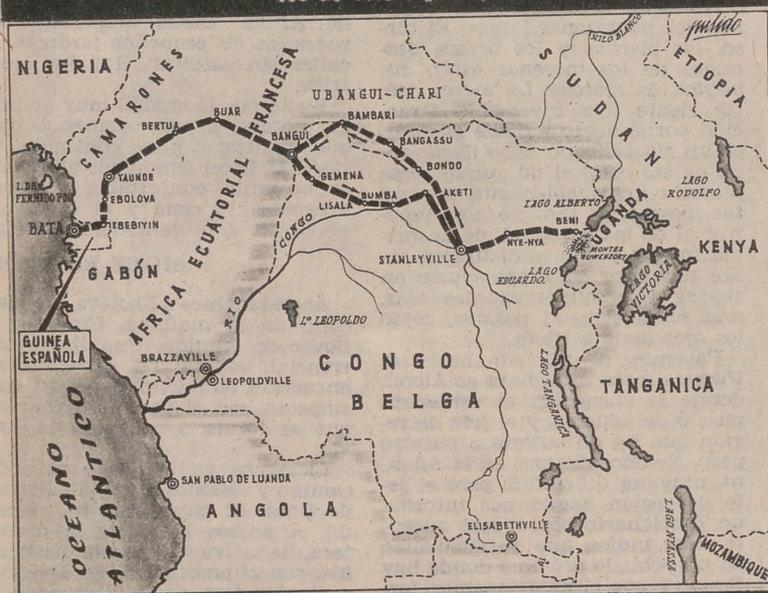
CINCO HOMBRES Y UNA MUJER

Seis personas hemos tomado parte en esta excursión, que no ha sido precisamente una excursión de fin de semana: el subgobernador de la Guinea Española, don José Chicharro Lanamié de Clairac; su esposa, doña Isabel Bernart de Chicharro; don Alvaro Miralles Conesa, don David J. Nieves y el autor de este reportaje.

La idea del viaje partió de Alvaro Miralles, quien, en combinación con una productora cinematográfica, se proponía filmar un documental de largo metraje en colores de todo el interesante recorrido, y tomar además algunas vistas para el «No-don». El «No-don» envió con este fin al «cameraman» don David J. Nieves.



Mapa de Africa, en el que se señala la zona visitada por el autor de este reportaje



Aquí se señala el itinerario seguido por la «Expedición Española Isabel»



Paisaje y tipos del Congo belga

frente al aeródromo de Yaundé. Es importante y tiene un tráfico intenso. No hay que olvidar que Francia conserva aún extensos y ricos territorios en Africa, y Yaundé está comunicado por vía aérea con casi todos ellos. En este continente, las comunicaciones aéreas tienen una importancia decisiva para el progreso, para la existencia misma. Los grandes núcleos urbanos se están formando sin carreteras fácilmente practicables, sin ferrocarriles. El avión es el medio insustituible de transporte.

Sentados en la terraza del bar, contemplamos el despegue y aterrizaje de los grandes aparatos, que reducen hasta lo inverosímil las enormes distancias africanas. Se acerca a nosotros un camarero negro que nos ha oído hablar y nos saluda en castellano:

«El estar en otro tiempo trabajando en Guinea.»

«El querer a España y a los españoles.»

«El pensar volver.»

A pesar de su pequeña extensión territorial, la Guinea española ejerce una gran influencia espiritual más allá de sus fronteras.

Volvemos al coche y a las cuatro de la tarde del día 28 entramos en Yaundé, la bella capital de Camarones. Nuestra preocupación inmediata es la de buscar alojamiento, y la cosa se pone bastante difícil. Por fin, en el «Auberge Catalán», conseguimos una habitación para el matrimonio. Pero quedamos los cuatro restantes miembros de la expedición con la perspectiva nada grata de tener que pasar la primera noche en el automóvil. Alvaro Miralles recuerda a dos deportistas que fueron a Bata con el equipo de fútbol de Yaundé a jugar un partido amistoso. Se lanza a buscarlos y logra dar con ellos. Conservaban de Bata un agradable recuerdo y no tuvieron para nosotros más que atenciones mientras estuvimos en Yaundé, resolviendo nuestro problema hotelero al alojarnos en sus casas.

VEINTE MIL NEGROS Y DIEZ MIL EUROPEOS EN LA CAPITAL DE CAMARONES

Yaundé es una ciudad importante. Tiene 30.000 habitantes, de los cuales 10.000 son europeos y el resto morenos. El comercio es abundante, próspero y lujoso. Las calles, amplias, asfaltadas, con un tráfico rodado superior al de muchas poblaciones de Europa semejantes en densidad de población.

La colonia de Camarones perteneció a Alemania. Ahora es Francia la que la administra, en nombre de las Naciones Unidas. El indígena es en Camarones un «citoyen» (ciudadano) de la llamada Unión Francesa. Es decir, goza de los mismos derechos que cualquiera de los colonos franceses que aquí viven.

El alto comisario francés está sometido a la autoridad de una Asamblea consultiva y legislativa, la cual se encarga de elaborar los proyectos de ley. Esta Asamblea la componen el mismo número de diputados negros que blancos. Unos y otros son elegidos por votación popular. Los negros, entre los ciudadanos indígenas; los blancos, entre los colonos europeos.

Teóricamente, éste es el armazón político de las colonias francesas del Africa negra. Camarones y el Africa Ecuatorial Francesa se rigen por una organización análoga.

Hay que tener en cuenta que Camarones es una colonia muy extensa, con más de un millón de kilómetros cuadrados de superficie y con una gran población indígena. Dentro de este inmenso territorio existen tribus y poblados de individuos que aún viven en condiciones infrahumanas, casi al mismo nivel que las bestias.

Yo no sé si la labor realizada por Francia en pro de la elevación del nivel de vida del indígena corre pareja con la concesión de determinados derechos políti-

cos a los mismos. Por lo que he observado, pienso que no, aunque también es cierto que se han construido hospitales y escuelas, sobre todo en las cercanías de las grandes ciudades, y se ven algunos indígenas que disfrutan de una existencia más decorosa. Pero éstos se hallan en minoría.

En realidad, ese derecho al voto que Francia concede a los negros, y algunos otros derechos teóricos, constituyen una concesión a la galería internacional más que una medida de orden efectivo. Mientras no se vaya elevando el nivel cultural, sanitario y económico del negro, es infantil pretender que se vote a esto o a lo otro.

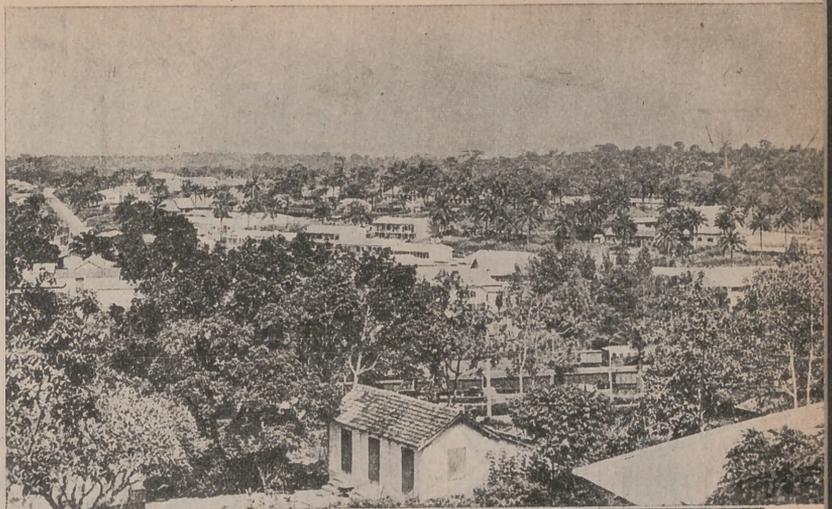
Un sacerdote de una Misión católica donde estuvimos en el curso de nuestro viaje nos contó, a este respecto, una significativa anécdota.

Se celebraban elecciones para nombrar representante en una determinada zona. Los morenos iban entrando en el colegio electoral, en fila, uno tras otro. La urna para depositar las papeletas se hallaba detrás de una cortina que ocultaba al votante. Uno de los indígenas tardaba mucho en salir. Cansados de esperar, los que le seguían entraron a ver qué le ocurría. Y se encontraron al negro desnudo. Se había quitado la poca ropa que llevaba puesta y aguardaba pacientemente a que entrara el médico para reconocerle.

He visto las candidaturas y las hojas de propaganda. Los aspirantes a diputados son representados en los pasquines por un animal determinado. Por ejemplo, un búfalo, un elefante, un león. Llegan los morenos y votan al que más les gusta.

No hace mucho tiempo leí en un número de la revista «Life» dedicado a África que éste es un continente en ebullición. Más que de ebullición, debe hablarse de evolución. África—al menos el África negra—no está en ebullición. Y es muy posible que tarde bastante tiempo en estarlo. Resulta innegable que el indígena comienza a sufrir una honda transformación. Han aparecido, como por arte de magia, grandes ciudades en lo que hace muy pocos años eran terrenos salváticos. Surgen industrias importantes en algunos lugares y en ellas trabajan millares de hombres de color. Es probable, por tanto, que las colonias que hoy detentan las potencias europeas sean las futuras naciones del mañana. El indígena no ha tenido nunca sentimientos de nacionalidad; carece de inquietudes patrióticas. Esta falta de sentido patriótico, el atraso inconcebible en que vive y la indolencia natural de la raza han permitido al europeo ir penetrando en los vastos espacios de África sin encontrar grandes resistencias.

Cada día es mayor el número de negros que marchan a trabajar a las ciudades, a las fábricas, trasladándose a veces a miles de kilómetros de distancia desde la tierra que les vio nacer.



Vista general del nuevo centro comercial de Yaundé

Con ello van perdiendo su organización de tribu y el poco o mucho amor que tuvieran a su patria chica. Esto produce, paralelamente, otro fenómeno: la aparición del proletariado negro, si bien no es todavía un fenómeno general, porque aún existen enormes espacios dentro de África en los que el indígena sigue apegado a sus costumbres primitivas.

¿Cuál será el futuro de esta zona de África? ¿Cuál será la forma definitiva que sirva de sedimento a las turbias y revueltas aguas por las que hoy navega la sociedad africana?

Estas dos interesantes, y tal vez inquietantes, preguntas no las verá definitivamente contestadas la actual generación, a pesar de la velocidad con que se extiende el progreso. Pero, de todas formas, cualquiera que sea su futuro, un hecho resulta patente: el hombre blanco tiene pleno derecho a permanecer aquí. Un derecho duramente adquirido, en lucha con el clima, con las enfermedades tropicales, con la vegetación, con las tribus salvajes. Ha puesto en explotación inmensas riquezas, ha tenido hijos que han nacido en esta tierra. Es evidente que las futuras generaciones que habiten en África tendrán que buscar formas de convivencia con los hombres de color si aspiran a vivir en paz.

Actualmente no existe todavía problema, a pesar de los esporádicos choques que se producen alguna que otra vez entre los hombres negros y los blancos. Le quedan a este continente inmensos recursos y la sociedad indígena vive muy atrasada, sin que los denodados esfuerzos de los misioneros y de los colonizadores rindan un fruto de matices optimistas.



Detalle de la urbanización de Yaundé

VUELTA AL CAMINO

Después de esta digresión, voy a seguir el hilo de mi relato. Permanecemos en Yaunde la tarde del 28 y la mañana del 1 de marzo. En la noche del 28 asistimos a una fiesta en el Círculo Municipal, instalado en un magnífico edificio de las afueras de la ciudad. En este Círculo está prohibida la entrada a los morenos. Un guardia colonial francés monta la vigilancia en la puerta con su enorme pistolón al cinto.

La mañana del día 1 la dedicamos a efectuar algunas compras. La «rubia» es repasada y engrasada en los talleres Ford para que pueda continuar con probabilidades de éxito el largo recorrido que nos espera.

Después de comer en el «Auberge Catalán», decimos adiós a Yaunde y emprendemos la marcha con rumbo a Bertua, final de nuestra próxima etapa.

Tomás BLANCO FLOREZ
(Especial para EL ESPAÑOL.)

Avenida de 27 de Agosto, en Yaundé





EL VIERNES SANTO DE ANANIAS



NOVELA

Por

Manuel IBIBARREN

CUANDO Ananías supo que circulaba por sus venas sangre judía, se quedó de una pieza. Como si se hubiese acostado

hombre normal y despertara pájaro o pez. Sentíase desplazado de la especie humana y con un movimiento instintivo trató de sacudirse las escamas o las plumas. Su fortuito hallazgo le produjo una primera sensación de angustioso abandono. Vefíase, navegante solitario en una balsa, arrastrado por una impetuosa corriente en medio del mar. Sin anclaje ni asideros posibles en tierra conocida.

Descubrió Ananías su verdad, casualmente, al abrir una antigua Historia de Israel encuadernada en pasta española que formaba parte de la pequeña biblioteca que heredó de su padre. Al apoyar el tomo en el pupitre, de entre las páginas se desprendió un sobre amarillento en el que se leía lo siguiente:

«Para mi queridísimo y único hijo, Ananías de los Ríos, cuando llegue a su mayor edad y sea hombre de bien.»

El sobre, que llevaba cinco lacres en el reverso, le tembló entre las manos. Vaciló antes de abrirlo. Presentía que en su interior se encerraba algo misterioso e importante que estaba esperando desde hacía mucho tiempo. Vivía abocado de continuo a posibles sorpresas, y cada vez que llamaba el cartero se estremecía como si el soñado mensaje que la vida le reservaba acabase de llegar.

De seguir sus naturales impulsos hubiese rasgado el sobre con la nerviosa impaciencia con que las gentes sencillas abren los telegramas, pero lo hizo con reconcentrada unción.

Tratábase de una carta bastante extensa, escrita con letra insegura y fechada el 14 de mayo de 1912. Decía así:

«Hijo mío: Confío que estas líneas lleguen a tu poder, porque estoy seguro que un día u otro la voz de la sangre te hará abrir el libro que ahora tienes entre manos.

Ello será para mí muy triste, porque se habrán cumplido mis presentimientos: de que moriré pron-

to y repentinamente por causa del corazón, que desde muy joven no me late con regularidad y que me da continuos sustos,

aparte los sufrimientos físicos y morales que me proporciona.

¡Qué pena no poder decirte de palabra lo que hago por escrito! Traiciono con ello nuestra tradición familiar, pero, ¡eres tan joven aún para que puedas entenderme!

Tampoco quiero disgustar a tu madre, que ha sido siempre tan leal y buena conmigo. En un raptó de amor—¡la quiero tanto!—hícele formal promesa de no decirte nada de lo que vas a saber; pero algo interior me obliga a revelarte la verdad, nuestra terrible verdad.

Porque nosotros somos judíos de raza y de religión, y todos los miembros de mi dilatada familia, de padres a hijos, nos hemos casado con mujeres judías, excepto yo, que rompí la costumbre al enamorarme de una cristiana tan bella como virtuosa, de lo que no me arrepiento, aunque sí de haber desanudado nuestros sagrados vínculos.

Quiero, hijo mío, que vuelvas al seno de tus mayores, y ésta es la razón principal de que te escriba la presente carta.

Desde tiempo inmemorial somos talabarteros de oficio, hasta que tu bisabuelo se hizo encuadernador. Vivimos establecidos en esta vieja y hospitalaria ciudad desde hace seis generaciones, si bien nuestros antepasados llegaron a España, procedentes del Norte de Africa, a mediados del siglo XI.

Te estoy repitiendo, palabra por palabra, lo que me dijo mi padre poco antes de morir, cuando yo no había cumplido aún los veinte años.

Nos tocó sufrir persecuciones de todos sabidas y no obstante fuimos dichosos en nuestro aislamiento y trabajosa existencia, hasta que se nos puso en el duro trance de emigrar o convertirnos a la fe cristiana.

Optaron tus antepasados por lo segundo, si bien comprometiéndose a conservar en el secreto de la familia las creencias y tradiciones de nuestro pue-

blo, para lo cual tuvimos que vivir hasta el presente años y años con hipocresía. Pero no creas, hijo mío, que somos los únicos de nuestra raza avechados aquí.

Quiero que continúes ejerciendo nuestro oficio. Para ello te he dejado el taller de encuadernación más acreditado de la ciudad.

Que tu lectura predilecta sean los libros sagrados. Y que cuando llegues a edad conveniente elijas esposa entre las doncellas de Israel. Doce son las familias judías que conviven con nosotros en este barrio comercial. Su relación detallada la encontrarás en la agenda que guardo bajo llave en el cajón central de mi mesa de escritorio. Mucho me temo que tu madre, con la mejor intención, la destruya o la haga desaparecer a mi muerte. En tal caso dirígete a Simeón de los Ríos, hombre docto y de gran fortuna, que es el jefe de nuestra familia y goza de gran predicamento entre los sefardíes de Salónica, donde vive con sus hijos y las mujeres de sus hijos y sus numerosos nietos.

Te abraza desde ultratumba tu padre, que piensa en tí y te quiere entrañablemente.»

Firmaba Benjamín de los Ríos, y a continuación, como posdata, léase la dirección del tío de Salónica, jefe patriarcal de la familia.

El contenido de aquella carta trastornó por completo las ideas de Ananías y le arrebató el sueño durante noches enteras. Porque él pensaba y vivía en cristiano, en católico, un poco tibio, pero practicante y firme en sus convicciones. A decir verdad, siempre le llamó un poco la atención—caprichos de los padres—la afilada eufonía de su nombre, que le sonaba a Sanedrín o, cuando menos, a Antiguo Testamento. Pero nada más lejos de sus sospechas que el origen hebraico de su modesta y artesana estirpe.

No sin esfuerzo recordó a su padre, bondadoso, ventruado y ligeramente encorvado de espaldas. Con la nariz agulleña, casi ganchuda, eso sí, y una barba negra y tupida que asustaba a los niños de la vecindad, prestando a su rostro un aspecto feroz, cuando el hombre se la había dejado crecer con el único objeto de disimular la línea escurridiza de su mentón. Murió al cumplir Ananías los ocho años. A juzgar por la influencia que dejó tras de sí debió ser un hombre trabajador, muy ordenado y casero. Le gustaba jugar con su hijo en los ratos de ocio y ponérselo a horcajadas sobre las rodillas para hacerle cabalgar con la imaginación por países de fantasía.

También de su madre guardaba un grato recuerdo. Fué una mujer piadosa, abnegada, sentimental. Abandonó este mundo con resignada pena cuando Ananías era ya un hombre, un mozo canijo y achaparrado en vísperas de cumplir el servicio militar, del que se libró en primera instancia por estrecho de pecho. Ella le infundió en su niñez con amorosa perseverancia los principios cristianos como fundamentales para andar por la vida cara a la luz sin mayores tropiezos. Le enseñó a rezar y a confiar en la Santa Cruz, que redime cada día y cada hora a los pobres mortales.

Y de repente...

Cuarenta y ocho años contaba Ananías cuando descubrió la imprevista filiación de su sangre. Se quedó atónito, de una pieza, con la carta reveladora a punto de caérsele de la mano.

Flicamente Ananías era un tipo casi grotesco, un viejo prematuro. Tenía una extraña nariz en forma de breva que, aunque él nunca había abusado del vino, se le iba enrojeciendo con los años y amenazaba convertirse en una especie de péndulo tumefacto y fosforescente. Vivía solo en el piso reducido y humilde de sus padres, sobre el taller de encuadernación que le tocó heredar y que se tenía por uno de los establecimientos más antiguos del barrio. Mejor dicho, dormía en su casa, de cuyo aseo se cuidaba una vecina a cambio de una módica retención, y cenaba y comía en una oscura taberna tan vieja como su tía, sita frente al ábside de la catedral. La mayor parte de los días suprimía el desayuno por economía o por inapetencia.

Reputábasele como el encuadernador más competente de la provincia y aun de toda la región, y a su merecida fama respondía con sus trabajos cada vez más primorosos y perfectos. Todos los encargos oficiales de compromiso se le encomendaban a él y últimamente lució su maestría en un artístico álbum de homenaje al Jefe del Estado,



que estuvo expuesto a la pública admiración en uno de los escaparates más céntricos de la ciudad.

Sentía Ananías como nadie el orgullo de su condición artesana, y de acuerdo con las normas gremiales hacíase ayudar de un oficial y un aprendiz. El no quería saber nada de cosidos a máquina y otros procedimientos mecánicos; se mantenía fiel a las reglas aprendidas, con lo que su pequeña industria difícilmente podría sostenerse, ya que su labor se iba reduciendo a trabajos especiales y de lujo.

Resistíase a evolucionar dentro de su oficio y permanecía soltero, porque la única mujer que le impresionó en su vida—una muchacha pizpireta y alegre, de cara redonda y regordetas manos—se entrevistaba de tapadillo por los rincones, en las noches sin luna, con un sargento de Caballería petulante y fanfarrón. La muy coquetuela habitaba en la misma calle, cinco números más abajo, y era hija de una viuda propietaria de cierta tienda de ultramarinos. Supo Ananías muy oportunamente su doble juego—andaba en tratos para ponerse en relaciones formales con ella, que le animaba en su pretensión con sus sonrisas—y al comprobarlo se decepcionó a tal punto que renunció para siempre a las delicias del matrimonio y no volvió a fijar los ojos ni el sentimiento en ninguna joven. A las viejas sólo las toleraba como instrumentos indispensables para lavarle la ropa y zurcirle los calcetines.

No tenía más que un amigo, Nicolás, artesano como él, que construía unos baúles rústicos del tiempo de la nana y se le veía a todas horas a la puerta de su establecimiento—una bajera húmeda—con su blusa talar color ceniza.

Los domingos y días de fiesta se reunían después de comer y se daban largos paseos por el campo para recalar a punto de oscuro en alguna venta de los alrededores donde echar un piscolabis y empinar el codo. A veces no se dirigían la palabra en toda la tarde y otras comentaban con calor los temas de más palpitante actualidad.

Nicolás solía escuchar a su compañero de caminatas con la boca abierta, como a un oráculo.

lo. Considerábalo un hombre de talento y muy culto para su condición. En realidad, Ananías era bastante instruido. Leía sin método ni orden cuanto caía en sus manos—los libros de historia y de divulgación científica con especial interés—y su apasionada afición a la lectura, al cabo del tiempo, le proporcionó un bagaje cultural que acaso envidiara más de un licenciado. En virtud de sus conocimientos, se forjó su propio sistema filosófico sobre el mundo, la vida y la manera de ser de los hombres que le permitía contemplarlos con serenidad desde cierta altura.

A raíz de su desconcertante descubrimiento, Ananías se dió a estudiar con avidez todo lo concerniente a la existencia y éxodo del pueblo elegido por Dios. Frecuentó la biblioteca provincial fuera de las horas de trabajo. Leyó fervorosa y atentamente la Santa Biblia en un raro ejemplar sin notas que debió de pertenecer a su padre, pues lo conocía de siempre arrinconado en la casa, aunque sin pasar del libro segundo de los Macabeos. Consultó aquellos capítulos de nuestra historia en que se aludía a las persecuciones y expulsión de los judíos españoles; repasó la Historia de los Heterodoxos con respecto al particular que le interesaba; se informó minuciosamente de la matanza que el desaforado celo apostólico de fray Pedro de Ollogoyen, franciscano, motivó en Estella; se hizo con la reciente Historia de Israel, de Ricciotti, que estaba devorando materialmente a expensas de la noche y del sueño. Y, por último, tras conocer el «Así hablaba Zaratustra», de Federico Nietzsche, y otras obras anticristianas, consiguió localizar, con la ayuda de algunas crónicas locales, el barrio judío, de próspero pasado, dentro de los muros de la vieja ciudad.

Tanto desvelo y tanta lectura desordenada se le indigestaron a Ananías, turbándole el espíritu y trastornándole el cerebro.

Creyó observar que algunas personas, al cruzarse con él, le miraban con particular atención como si sospechasen o supieran la raza ilustre a que por su sangre pertenecía. Pensando en sus ascendientes, imaginábaselos reclamándole, exigiéndole fidelidad desde el seno de Abraham, y estimaba cruel, injusto y políticamente tendencioso el estigma de maldición con que los cristianos pretendían infamar a su pueblo.

Consecuencia de aquellas cavilaciones un tanto caóticas y de su propensión a la neurastenia—últimamente le preocupaban, le obsesionaban las cosas más insignificantes hasta quitarle el apetito—fue su ruptura total, en secreto, con todo cuanto oliese a religión católica. Y por sí ello fuera poco, tras su abjuración íntima en la soledad de su cuarto, sobre las carcomidas tapas del Antiguo Testamento, concibió un odio profundo, irreconciliable, contra Jesús de Nazareth, como en su fuero interno lo denominaba desdefiosamente. Jesús fue juzgado y crucificado por el pueblo judío, pero éste, a su vez, permanecía clavado en la cruz de la ignominia y del cautiverio por causa de El, después de casi veinte siglos de persecuciones y torturas.

En estos quebraderos de cabeza llegó la primavera con su intenso olor a lilas y sus tibios atardeceres. Y con la primavera, la Semana Santa, que en aquella pequeña y recoleta ciudad conservaba todo su tradicional sabor litúrgico.

Las vidrieras de los templos adquirían tonalidades únicas, las calles se poblaban de mocitas en flor y todo en el ambiente sabía a deliciosa promiscuidad de vida que renace y ascetismo. Lucía el cielo inmóvil sus azules recién entrenados, impolutos. Una brisa tenue sobre la tierra húmeda y fragante aventaba el polen invisible, excitando la pituitaria y provocando estornudos al sol de oros nuevos y repulidos.

La conmoción de la naturaleza afectó a la conciencia de Ananías y repercutió en su alterada sangre. Desde muy joven su nombre figuraba en la cofradía de los Hermanos de la Pasión del Señor, y todos los años formaba en las filas de la procesión del Santo Entierro, que solía celebrarse en la tarde del Viernes Santo, con su túnica y su caperuza negras, su cordón penitencial y su hacha encendida.

Aquel año no asistiría de «mozorro» como los anteriores. A fin de dar satisfacción a sus exigencias raciales, gestionó hipócritamente cerca de

los directivos para que lo incluyeran en la comparsa que simbolizaba al pueblo hebreo, vociferante tras el «paso» en que Pilatos, acompañado de un robusto centurión y un esbirro, presentaba a Jesús, con su cetro de caña y su corona de espinas, a la chusma de Jerusalén—una talla policromada no muy feliz, con exceso de musculatura, como un trío circense.

Este pueblo judío de ficción, con sus abigarradas tocas, sus barbas de crepé y sus cayados de pastores, vestido al modo convencional de la época, ejercía sobre Ananías una irresistible fascinación y le brindaba la oportunidad de manifestar sus sentimientos y de mostrarse tal como era, digno de la casa de su padre.

En aquel pleito histórico y jurídico de la condena justa o injusta de Jesús de Nazareth, se inclinaba por el veredicto de sus hermanos, por la tesis nacionalista de los que sólo esperan en el Redentor prometido un caudillo triunfante de Israel y necesitaba exteriorizar su voto y su ruidosa protesta sin delatarse.

Consiguió Ananías su propósito con facilidad, y en la tarde del Viernes Santo fue el primero de los comparsas que acudió al lugar de la cita—una escuela pública—y se puso el disfraz de judío que le entregaron con auténtica unción, como si se colocara la túnica de lino con campanillas de oro en la orla o el efod-bad del Sumo Sacerdote.

Sus vestiduras circunstanciales eran de color marrón y verde oscuro y tuvo que encaquetarse un extraño gorro, una especie de tiara, que se le venía hacia el lado derecho, sobre la oreja.

Organizada la procesión, Ananías se mezcló entre sus compañeros—una veintena de desconocidos—y emprendió la marcha seriamente comprometido con el grave papel que representaba.

El itinerario por calles y callejas era largo y sinuoso. Empleábanse en su recorrido unas cinco horas.

A los cien pasos, Ananías comenzó a sudar. Entre las ropas, talares y burdas, que pesaban lo suyo, y las barbas postizas sujetas a las orejas con unas gomas, y el báculo y el gorro que se le ladeaba continuamente, sentía un calor sofocante y se movía con dificultad.

Para dar más verismo a la escena los comparsas tenían que golpear el suelo con sus cayados, armar bulla, fingir discusiones entre sí y gritar de vez en cuando, descompasadamente, con gestos amenazadores:

—¡Crucifícale!... ¡Crucifícale!...

Ananías hacía todo esto con dramática propiedad. No apartaba los ojos de la imagen de Pilatos, al que veía de espaldas balanceándose rítmicamente, y con los puños crispados pedía justicia contra aquel hombre—un alucinado, un pobre loco—que se decía Hijo de Dios, que había blasfemado en público y que pretendía derogar la ley vieja.

Gritaba y gesticulaba más que nadie. Hasta que el que iba a su lado, en continua lucha con su desajustada barba, que se le metía en la boca, le advirtió:

—¡Hombre, no lo tomes tan a lo vivo, que te vas a quedar ronco! Mañana no te vas a poder mover.

Ananías no le hizo ningún caso, ni le respondió siquiera, y durante todo el trayecto se situó con la imaginación en los tiempos de Jesús de Galilea.

Figurábase que él, dueño de múltiples rebaños, vivía en las tierras de Samaria y que había llegado a Jerusalén por causa de sus negocios y a hacer compras para sus futuros esponsales, atravesando los montes de Efraim. Sus bodas tendrían lugar en el próximo otoño, uniríase con una hermosa doncella, hija de un rico comerciante establecido en Hebrón. Allí, en la ciudad santa, que andaba revuelta y en creciente alboroto, supo con escándalo de la presencia perturbadora de un pretendido Rey de los judíos, cuyo extraño y fantástico reino no era de este mundo, de un falso Mesías, de un embaucador pernicioso. Y se sumó a la indignación general del populacho, de las clases dirigentes y de las personas principales. Maquinalmente se repetía unas frases sueltas del Deuteronomio que se le habían grabado en la memoria no sabía por qué: «Escucha, Israel: el Señor Dios nuestro es el solo Señor... Estas palabras que hoy te mando deberán estar en tu corazón; las inculcarás a tus hijos y hablarás de

ellas cuando estés sentado en tu casa y cuando estés de camino, cuando te acuestes y te levantes...»

A las diez y media en punto de la noche se apagaron las últimas hachas y se extinguió el lento y solemne batir de los tambores.

La ciudad quedó silenciosa. La luna llena, mate y teatral de tan onronda, blanqueaba los tejados, delineaba los perfiles superpuestos de las chimeneas y cromaba el cinc de las tuberías de desagüe.

Ananías se desprendió de su disfraz con pena, no obstante la sensación de alivio que experimentó al quitarse aquellos pesados atavíos de guardarropía. Había vivido una jornada de intensa emoción, y lo que era más importante para él, con absoluta sinceridad. Pero se notaba rendido, laxo, como si le hubiesen vaciado el alma. Y, además, se había quedado ronco, según le previno su compañero de grupo. Indudablemente, no estaba ya para aquellos trotes.

Lento, cabizbajo y solo, se encaminó al figón donde acostumbra a cenar, por un laberinto de calles estrechas y apartadas. No se tropezó con persona alguna. Aquel barrio catedralicio sabía a medioevo y despedía un olor peculiar a prebendados, sotanas pulcras y cánones en vitela.

Al doblar la última esquina oyó sobre su cabeza una voz de inefable dulzura que se le dirigió en tono de manso reproche:

—¡Ananías! ¡Ananías!..., ¿por qué has dado testimonio contra mí?

El interpelado se detuvo sorprendido. Alzó los ojos y vió dentro de una hornacina, sobre el rótulo de la calle, un Cristo antiguo, al que alumbraba una lámpara votiva, y que estaba allí de siempre, con sus brazos abiertos, sus salpicaduras de sangre en actitud de exhalar su postrer suspiro.

Ananías se estremeció. Como desde la una del mediodía no había entrado nada en su estómago se sacudió por el momento sus aprensiones, pensando que todo eran cosas de la debilidad. Y apretó el paso sin volver la vista.

Pero la voz de inefable dulzura le siguió como la sombra al cuerpo:

—¿Has dado testimonio contra mí porque escuché las plegarias de tu buena madre cuando pasaste la difteria y te libré de las garras de la muerte?

Trató Ananías de dominar su turbación y su taquicardia apelando a sesudos razonamientos. Él era un hombre ecuánime sobre todas las cosas y aquello que creía haber oído tan sólo pudo pronunciarlo su propia voz interior. Porque recordaba algo, en un ayer remoto, referente a su infancia, algo muy triste que le contaron de noches de angustia pasadas en vela, de ojos enrojecidos por las lágrimas, de las rodillas desolladas de su afligida madre, en carne viva de tanto rezar. Hasta que, desahuciado de los médicos, sobrevino el milagro. Durante mucho tiempo se habló de su curación entre familiares y extraños como de un prodigio sobrenatural. Pero él tenía medianas tragaderas en cuestiones de milagrerías.

No obstante sus esfuerzos para recobrar su aplomo y serenidad de juicio, Ananías comprobó que su frente echaba fuego en tanto que sentía sus manos como enfundadas en unos pegajosos guantes de sudor frío. También tenía la boca reseca. Y no era esto únicamente, sino que un misterioso temor invadía su espíritu.

Se metió en la taberna con aparente tranquilidad y arrinconándose tomó asiento en su acostumbrada mesa sin dar las buenas noches. Pero ni aun con la persuasión de que necesitaba alimentarse pudo injerir bocado.

Pidió entonces un vaso de leche caliente con un par de yemas de huevo disueltas en azúcar, aunque sabía que aquello no le iba a sentar muy bien a su averiado hígado, pero el primer sorbo no le pasó de la garganta. ¿Qué hacer?

El sudor de las manos se le comunicó a las sienes y a la nariz en forma de breva. Se decidió por un ponche de ron y se hizo verter dos copazos en la leche. Lo que le hacía falta era un estimulante.

Su ronquera aumentaba por momentos, hasta el punto de que las palabras se le quebraban en el gargate y le costaba trabajo hacerse entender.

—Parece que hemos estado de juerga, señor Ananías—le dijo, socarrón, el tabernero, que conocta mejor que nadie su sobriedad.

El alcohol venció la resistencia de la garganta y atemperó sus nervios. Un calorillo agradable le recorrió de manos a pies. Sus turbias ideas se le tornaron de pronto claras y precisas. Pero aquella voz de inefable dulzura y manso reproche, que parecía proceder del otro mundo, continuaba zumbándole en los oídos. Y a su influjo, transformado en un eco reiterativo y distante, se levantó de la mesa y salió de prisa, un poco mareado, en dirección a su casa.

La encorvada silueta de Ananías ofrecía, en es-corzo, el trazo inconfundible de un malhechor en fuga.

La fragancia de la noche, con sus innumerables alfileres de plata y sus callados reflejos trascendía a jardines místicos y a transverberación. A causa de una avería en la red del alumbrado público, las calles, envueltas en sombras, delineaban sus esquinas a la perfección y los aleros, al proyectarse sobre el adoquinado, lo fragmentaban en parcelas de negro absoluto y luna.

Antes de retirarse a descansar, pensó que otra copa de ron acabaría reanimándole, pero los bares estaban herméticamente cerrados, como era de rigor en aquel día en que el mundo católico conmemoraba la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, del Mártir del Gólgota, del Salvador de los hombres y Redentor del mundo.

Estos sublimes títulos, inherentes a la Divinidad, se le agolparon a Ananías en el cerebro y en el corazón, pero, judío él, se mordió la lengua antes de pronunciarlos.

Recordó, a modo de distracción, que guardaba en la despensa media botella de anís—en las mañanas de invierno solía desayunarse con un buen lamparillazo y también echaba unas gotas a la manzanilla cuando se sentía indispuerto—, pero, a pesar suyo, el encanto litúrgico de aquella noche maravillosa y santa le iba penetrando hasta el fondo de su ser.

Se cruzó con unos grupos fantasmales que hablaban a media voz con religioso respeto. Eran devotos que habían asistido en la iglesia de San Agustín a la función de la Soledad y que regresaban a sus casas sin hacer ruido, andando como sobre las



puntas de los pies, porque Cristo yacía en el sepulcro y sólo las campanas del Sábado de Gloria anunciando la Resurrección podían interrumpir y frenar aquellos márgenes de religioso silencio y descorrer el velo morado que los envolvía.

Ascendió a tientas la empinada y oscura escalera. Tampoco en el portal había luz. La bombilla del primer piso estaba fundida desde hacía varios meses y por parte del casero continuaría en el mismo estado hasta la consumación de los siglos.

Ananías se cerró por dentro pasando el cerrojo de seguridad y así que se vió en su casa respiró con fuerza, como si aquel armazón de roble con paneles mal tratados por la polilla le preservara de voces inquietantes y de toda suerte de enemigos. Ya en otras ocasiones había experimentado esta misma sensación de asilo seguro al atrancar, sin tranca, la puerta tras de sí.

Lo primero que hizo para fortalecerse espiritualmente fué releer con atención la carta de su padre. Después iría a la cocina a echarse un lapo de aguardiente. La garganta y su decaído ánimo se lo estaban pidiendo.

Con el mensaje paterno en la mano, se sentó, mejor dicho, se dejó caer meditabundo en una deslucida butaca de gutapercha, cuando oyó nuevamente la voz de inefable dulzura ultraterrena, que le hizo palidecer y lo clavó en su asiento.

—¡Ananías! ¡Ananías!... ¿Por qué me has crucificado?... ¿Quizá porque te proporcioné los mejores momentos de tu vida y puse generosos ideales en tu corazón y poblé tus sueños de esperanzas eternas?

Aquella no era una voz imaginaria. Procedía del interior del armario.

Todo tembloroso, nuestro hombre se levantó con brusquedad y, sobreponiéndose mal que bien a su pánico, se lanzó hacia el mueble, que abrió de par en par por sorpresa, como para coger in fraganti al geniecillo, diablo o espíritu que le hablaba desde dentro.

Los desorbitados ojos de Ananías se fijaron, y no por casualidad, en un librito blanco primorosamente encuadernado—el de su primera comunión—, en cuya portada veíase incrustado y en relieve un lindo crucifijo de nácar. No se atrevió a tocarlo porque le pareció que le rodeaba un halo luminoso.

Se quedó inmóvil mirándolo con fijeza, hasta que se percató de que empezaba a perder el equilibrio.

Hombre de recta voluntad él, pudo aferrarse al primer objeto que encontró a mano—el respaldo de una pesada silla—y trató de ordenar sus pensamientos para vencer aquella crisis nerviosa que llenaba sus oídos de voces inarticuladas y su imaginación de presuntas alucinaciones.

La sola vista de aquel recuerdo, de aquel testimonio infantil—el libro de su primera comunión—, le retrotrajo a las emociones puras de su niñez, cuando su fe se mantenía intacta y olorosa como un jacinto abierto. Por su mente desfiló una nutrida y risueña cabalgata de tradiciones con anacrónicas figuras de Navidad, Reyes Magos, ingenuos villancicos, juguetes llovidos del cielo, todo saboreado, disfrutado, tiempos atrás, en plenitud de ilusión.

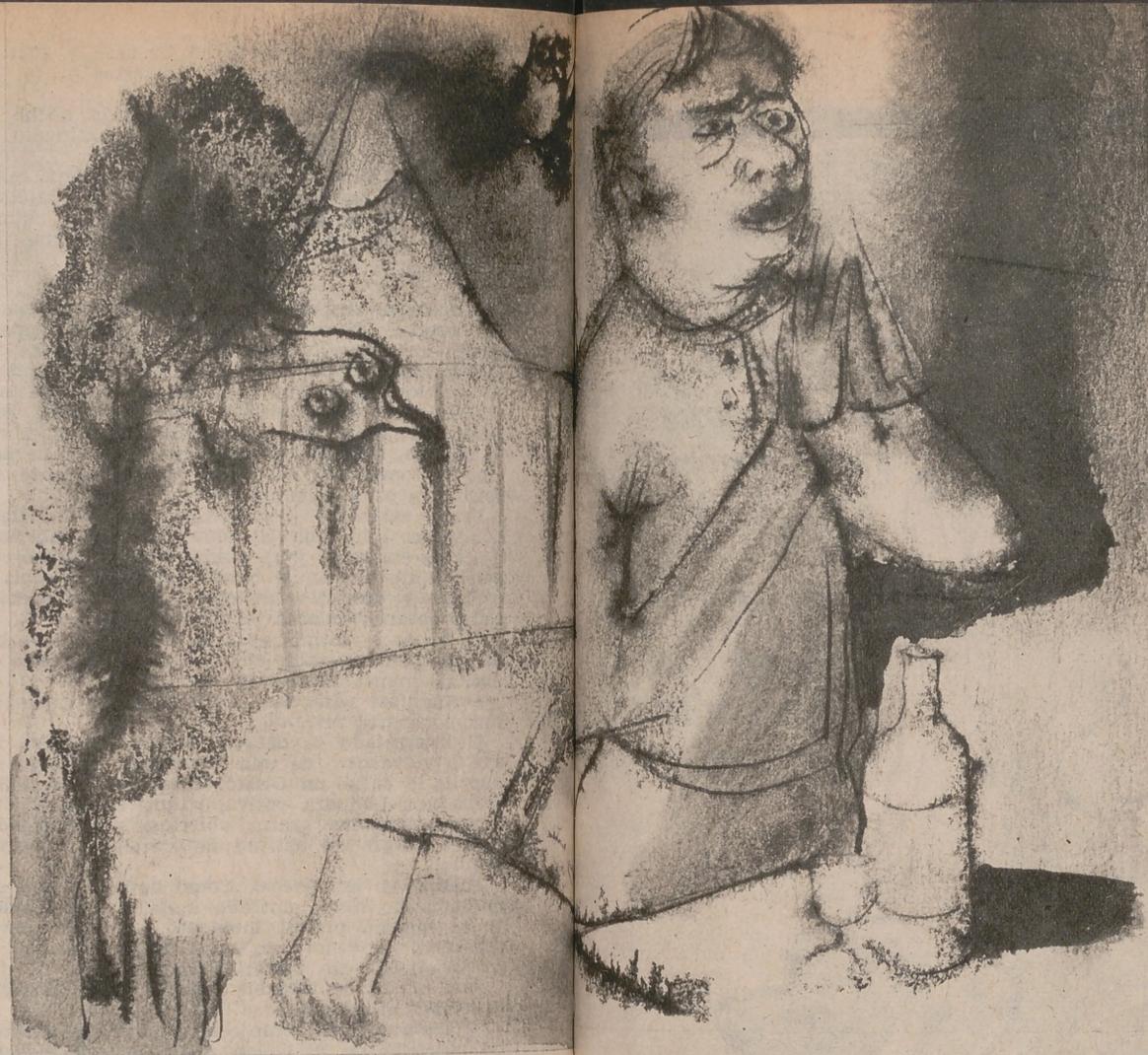
Los tabiques empezaron a darle vueltas. La tarima, los cimientos del edificio, la tierra firme vacilaban bajo sus plantas. El mismo techo amenazaba desplomarse sobre sus hombros. ¡Pobre Ananías!

Pero no se rindió y, sacando fuerzas de flaqueza, se precipitó a la cocina, abrió el grifo del agua y puso la cabeza debajo a ver si se le refrescaban las ideas. Permaneció tomando esta imprevista ducha por espacio de cinco minutos. Hasta que creyó que sus fantasmas se escurrían a todo correr por el agujero de la fregadera.

Un momentáneo bienestar recorrió su cuerpo. También su alma reaccionó. Pero las tremendas impresiones recibidas, que habían acelerado sus pulsos y puesto sobresaltos en su pecho, no le abandonaban aún. Lo tenían asido por los cuatro costados y, aunque menos obsesivas, se resistían a soltarle. Daba por seguro que debía de estar algo enfermo, pues se sentía febril. Y a este trastorno físico atribuía exclusivamente la serie de fenómenos irracionales que le estaban sucediendo para tormento de su conciencia.

Mientras se secaba la cara, pensando en acostarse inmediatamente, la voz misteriosa se le dirigió de nuevo con el mismo manso reproche:

—¡Ananías! ¡Ananías!... ¿Por qué me has calumniado?



Ananías se volvió con retadora violencia hacia el sitio de donde provenía la voz, un rincón mal encajado junto a la campana de la chimenea. Su vista se detuvo, como imantada, en una reproducción del Cristo de Velázquez que generaciones de moscas habían profanado durante muchos estios. Sostenía un calendario de taco y permanecía medio oculto tras un salero de loza colgado de la pared.

La voz reanudó sus interrogaciones, y su dulzura y mansedumbre llenaron de terror a Ananías. —¿Me has calumniado quizá porque enseñé a los hombres no ya sólo a perdonar a sus enemigos, sino a amarlos? ¿No sabes, infeliz, que si mi ley no hubiese sido acatada por los mejores, acaso tú no hubieses venido al mundo?

Ananías escuchaba, a pesar suyo, sin mover un solo músculo de su cuerpo. Díjese petrificado. Reflexionó y de repente se puso a temblar.

Sólo el Dios único y verdadero podía imponer a los hombres aquellas elevadas normas morales que habían revolucionado a la Humanidad más que todos los progresos de la técnica. A su lado, ¡qué baja y raquítica y ruin la ley de Talión! ¡El ojo por ojo y diente por diente! Cristo se le revelaba de súbito como la panacea universal para curar los cánceres del alma, las lacerias del cuerpo y los antagonismos de los mortales. Y tantas y tantas iras e incomprensiones, y tantos y tantos egoísmos y concupiscencias. Y él, Ananías, un miserable gusano, una pobre hormiga desorientada, ¿había dado testimonio contra la Verdad?

No pudo dominarse por más tiempo. Se tapó la cara y los oídos con sus trémulas manos. No era ni se tenía por cobarde, pero sus últimas reservas de tesón se desmoronaron, se deshicieron como una tableta de aspirina en cuatro dedos de agua.

Para acallar los ecos de aquella voz sobrenatural que no era ni podía ser otra sino la voz de su conciencia y que seguía resonándole en la cavidad craneana, en los pulmones, en los latidos del corazón, en la boca del estómago y en todas sus fibras nerviosas, se acercó a la despensa, tomó la botella del anís, algo más que terciada, y apuró su contenido, que le abrasó el esófago, de un solo trago.

Encontrábase francamente mal. Deprimido y desasosegado. Tenía la boca áspera como si se la hubiesen guarnecido con un trozo de burdo sayal. Le pesaban los párpados y, carente de saliva, la garganta empezó a estrechársele, por lo menos en su imaginación. Una sed irresistible le atormentaba, pero no se atrevía a saltar del lecho e ir a la cocina por miedo a que aquella espantosa voz de inefable dulzura le saliese al paso. Lo único importante era no volverla a oír, porque comprendía que, de lo contrario, acabaría volviéndose loco.

Su presentimiento le despabiló por un instante. ¡Bah! Unas horas de paz y de silencio bastarían para que los ruidos internos cesaran, las visiones se desvaneciesen y las ideas reanudaran su curso por los cauces de la normalidad.

¡Si él lograra conciliar el sueño antes del amanecer! Temía las noches en vela y sus sombras. Temía por modo especial aquella noche santa, palpitante de sugestión.

Pero la misteriosa voz volvió a dejarse oír con su acento patético y persuasivo.

Precisamente cuando, arrebuñado como un chicuelo discolo sobre el que se cierne la amenaza de que se lo llevará el Coco si no hace por dormirse, Ananías abandonábase de buena voluntad, ya más tranquilo, a un agradable sopor, que en un principio de inconsciencia arrancó a sus labios una oración infantil miles de veces repetida:

Con Dios me acuesto.
Con Dios me levanto.
La Virgen María
conmigo la traigo.
Angel de mi Guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día,
ni me dejes solo,
que me perdería.

Pronunciaba las frases maquinalmente, irreflexivamente, como un baluceo habitual. Desprendíasele del árbol atormentado de su alma marchita, tal que frutos maduros de agri dulce sabor, pero en flagrante controversia consigo mismo y con sus convicciones.

No llegó a percatarse de ello, de la contradicción en que incurría, hasta que se oyó llamar por su nombre desde el fondo del cajón de la mesilla:

—¡Ananías! ¡Ananías!... ¿Por qué te uniste al público clamor de los pecadores pidiendo que me condenaran?... ¿Por odio hacia mí, por envidia, por soberbia?... ¿Qué daño te he hecho yo?

El aludido asomó la nariz timidamente por encima del embozo, con los pocos cabellos que le quedaban, erizados, hirsutos.

Miró en dirección a la mesilla y no vió otra cosa que bultos negros, casi táctiles, en la pizarra de la oscuridad.

Ahora sí que no le cabía la menor duda de que la voz se había escapado del interior del mueble. Sonaba incluso a madera. Pero bueno estaba él para cajas parlantes y prodigios de ventriloquía.

Trató de sobreponerse una vez más con esta consideración irrespetuosa, sin conseguirlo en absoluto. Por el contrario, se le cortó el aliento, asustado de su propia irreverencia.

Tras una pausa expectante, la voz reanudó sus reproches más enternecedora que nunca:

—¿Por qué te obstinas en negarme? ¿Acaso porque consolé a tu madre en su lecho de muerte?

—¡No!—gritó Ananías, incorporándose de un salto.

—¿Porque me la llevé al cielo resignada?

—¡No!—volvió a gritar el hombre, completamente ronco.

—¿Quizá porque atendí sus súplicas de no abandonarte y conducirte por la senda del bien desde que te quedaste solo en el mundo?

—¡¡No!!—exclamó Ananías fuera de sí, apartando las ropas de la cama.

—Ella murió confiada y tranquila en esa creencia. Y aquí estoy, aquí me tienes. Porque tú, Ananías, a pesar de los pesares y aunque te has apartado de Mí, me sigues amando. Como me amó la humilde mujer que te llevó en su seno. Como me amó tu padre sin apenas conocerme, porque él era un hombre honrado y el espíritu de justicia y de caridad anidaba en su corazón.

Presa de una mezcla de pánico y desesperado arrojo, Ananías se tiró del lecho. Su mano vacilante anduvo a tientas por la pared hasta encontrar la llave de la luz. Encendida ésta, se apaciguó en parte. La alcoba no ofrecía nada de anómalo a la vista y muebles y objetos continuaban en su sitio, excepto su cabeza, que había perdido el centro de gravedad.

Conturbado y curioso al mismo tiempo, se dispuso a abrir el cajón de la mesilla. Hízolo poco a poco, con medrosa lentitud.

Lo primero con que tropezaron sus ojos fué un pequeño crucifijo de metal, un Santo Cristo olvidado que besó su fervorosa madre momentos antes de morir y que él mismo retiró amorosamente de entre sus manos entrelazadas cuando hubo que cerrar el ataúd.

Mirábalo con hipnotizada fijeza, sumido en un mare mágnim de recuerdos borrosos y emociones contradictorias.

Después lo tomó con sumo cuidado, como lo que era, una reliquia familiar, y estuvo contemplándolo inmóvil no sé cuánto tiempo.

Hasta que se le doblaron instintivamente las rodillas y cayó de hinojos sobre la deshilachada alfombra.

Un temblor convulsivo le frunció los labios mientras las lágrimas, acudiendo abundantes a sus ojos, le nublaban la visión.

Abandonado a su debilidad, prorrumpió en sollozos. ¡Pobre Ananías! La congoja le ahogaba. Oprimió el crucifijo contra su pecho y comenzó a besarlo insistentemente, rabiosamente, en tanto que repetía con voz entrecortada:

—¡Perdóname, Señor!... ¡Perdóname!

Creó por un instante que tenía las manos ensangrentadas y que la sangre roja y ardiente se le escapaba de entre los dedos. Entonces depositó la pequeña cruz sobre el mármol de la mesilla con el hieratismo de un sacerdote ante el ara del altar y se puso a frotarse las manos con las sábanas tan enérgicamente que las desgarró de arriba abajo.

Volvió, por último, a apoderarse del crucifijo en actitud de no dejárselo arrebatar con palabras capciosas ni por la violencia y, siempre de rodillas, se lo aplicó a la cara, como para prestarle su calor humano.

De tarde en tarde, repetía con voz entrecortada y gemebunda:

—¡Perdóname, Señor!... ¡Perdóname!...

Estaba en camiseta y calzoncillos—una camiseta de mangas largas y unos calzoncillos holgados y cortos—y con sus peludas y varicosas piernas al aire, amén de sus pies, sospechosamente limpios, resultaba sublime y grotesco.

En esta postura le sorprendió la aurora y un volteo general de campanas. No oyó antes que alguien aporreaba la puerta y estuvo un buen rato llamándole a gritos por su nombre desde el descansillo de la escalera. No vio tampoco que, después de forzar la cerradura, presintiendo una desgracia, su oficial y su aprendiz, acompañados de Nicolás, el baulero, penetraron en la alcoba, y al verle de aquella guisa se quedaron atónitos, pasmados, sin trasponer el umbral.

A Ananías, desencajado y pálido, se le habían hundido los ojos hasta desfigurarle la fisonomía por completo. Daba risa y espanto a la vez.

No respondió a ninguna de las preguntas que se le formularon en tono cariñoso y se dejó meter en la cama sin soltar su crucifijo.

Llamado el médico con toda urgencia, examinó atentamente al enfermo y así que le hirió el olfato una tufarada de anís, torció la jeta y diagnosticó en son de burla:

—Déjenle que se duerma. Ya se le pasará. Lo que tiene es una pítima de padre y muy señor mío. Cuando se despierte, que tome esto.

Y garrapateó en una receta que dejó sobre la mesilla y de la que Nicolás se hizo cargo.

Pero no se le pasó, y aquella tarde, a última hora, fué trasladado al manicomio. Se lo llevó su amigo, el baulero, profundamente afectado, en un taxi. No hubo necesidad de recurrir a simulaciones ni engaños. Se dejó conducir mansamente, como un cordero a su redil. Y en el manicomio continúa, sin abrir la boca, completamente olvidado de su nombre, de sus caminatas domingueras y de su taller de encuadernación.



*Elegantes
confecciones
para hombre
en el 2º piso.*

Prestigio de

**Galerías
Preciados**

MADRID

DON ANGEL GONZALEZ ALVAREZ, NUEVO CATEDRATICO DE METAFISICA EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID



**“EL EXISTENCIALISMO ES LA
AMENAZA CONTEMPORANEA
DEL HOMBRE CRISTIANO”**

**“Hoy reconozco como
maestros insuperables a
Aristóteles y a Santo Tomás”**

38 años al servicio de una vocación

CONOCIMOS a don Angel González Álvarez una tarde del pasado mayo en el Colegio Mayor de «Nuestra Señora de Guadalupe». La Asociación de Estudiantes Argentinos le invitaba a ocupar la tribuna del Colegio Hispanoamericano, donde el joven catedrático desarrollaría un tema interesante y sugestivo: «Argentina en su cultura». Tuvimos entonces la primera ocasión de justipreciar el profundo valor y la elevada categoría intelectual de quien, con palabra siempre justa y precisa, con nitida diáfandad en el concepto y una sorprendente claridad en la exposición, sabe tratar los más sutiles y difíciles problemas filosóficos. A esta claridad expositiva aludiremos necesariamente más tarde.

Cuando, al terminar su disertación, y entre los beneplácitos y frases de admiración del público, nos acercamos al conferenciante para proponerle la entrevista, don Angel nos acoge con la mayor muestra de simpatía:

—Menos los miércoles, que estoy en el Consejo Nacional de Educación, el día que ustedes quieran.

—¿Pasado mañana?

—Muy bien. A las diez les espero en casa.

Mientras volvemos de la Ciudad Universitaria pensamos en muchas cosas: la magnificencia y suntuosidad del nuevo Colegio Mayor, viejos amigos a quienes hemos saludado, la conferencia, y sobre todo nos asalta a cada paso esta pregunta, cuya respuesta cae siempre en el vacío de nuestra incompreensión: ¿Por qué a veces es tan difícil para el periodista el acceso a algunos intelectuales?

Aunque sólo hace días que terminaron las oposiciones a cátedra, y con ellas el esfuerzo, el continuo trabajo día y noche y las muchas preocupaciones, don Angel González Álvarez no parece acusar cansancio o fatiga. Nos lo encontramos a las diez de la mañana sentado en su mesa de trabajo. Una mesa revuelta, con libros y papeles. Muchos papeles



Don Angel González Álvarez durante la entrevista con nuestros redactores

esparcidos en cierto desorden. Los libros se amontonan a lado y lado. Algunos muestran señales de reciente consulta. En el centro, una figurilla de bronce representa un lobezno excesivamente estilizado. En el suelo y descansando sobre la pared, la cartera del profesor. Esa cartera, dueña y misterio de los estudiantes, que en octubre hará su presentación en la Facultad y que hoy disfruta, como su dueño, de unas merecidas vacaciones. De las paredes cuelgan cinco títulos o trofeos, símbolos de otros tantos jalones de una vida entregada de lleno al trabajo personal en la carrera difícil y generosa de la inteligencia.

Don Angel González Álvarez nació en Magaz de Cepeda (León) el año 1916. Cursó los estudios de Magisterio Primario en la Escuela Normal de León, y los del bachillerato, por enseñanza no oficial, en el Instituto de Enseñanza Media de Ponferrada. Inició los estudios comunes de Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid, pasando más tarde a Madrid, donde cursó los especiales de la Sección de Filoso-

fía, en cuya licenciatura obtuvo premio extraordinario. Con la calificación de sobresaliente y premio extraordinario alcanzó el doctorado, leyendo su tesis sobre «El tema de Dios en la Filosofía existencial». Poco tiempo después ganaba por oposición con el número uno la cátedra de Filosofía del Instituto Nacional de Enseñanza Media de La Coruña. En 1945 don Angel González Álvarez entraba en el ámbito del profesorado universitario al conseguir la cátedra de Metafísica en la Universidad de Murcia. El día primero de mayo, tras reñidas oposiciones, tomó posesión en la Universidad de Madrid de la cátedra de Ontología y Teología Natural, que, con el nombre de Metafísica, dejara vacante don José Ortega y Gasset.

En 1949, ejerciendo su cátedra en Murcia, fué llamado por la Universidad argentina de Cuyo, donde se le nombró catedrático extraordinario de Metafísica, director del Instituto de Filosofía y Disciplinas Auxiliares y director



«Si no tuviera fe en la Metafísica no dedicaría a ella mi vida»

de los cursos del doctorado. El relevante prestigio que la egregia figura del filósofo español alcanzara en la nación argentina le llevó a ser miembro fundador y presidente de la Sociedad Cuyana de Filosofía, más tarde fundador y secretario general del Instituto Cuyano de Cultura Hispánica y miembro honorario de las Universidades argentinas.

En la actualidad, y junto a otros títulos harto significativos de la ingente y múltiple labor de don Angel González Alvarez, se suman el de consejero adjunto del Patronato «Raimundo Lullio», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; consejero vicesecretario general del Consejo Nacional de Educación y profesor extraordinario de la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca.

Difícil nos sería reseñar aquí las numerosas y variadas obras salidas de la pluma maestra del filósofo. Todas ellas van revestidas de una profunda significación pedagógica y elevado rigor científico. Las más se encuentran de texto en Universidades argentinas y españolas.

Con el empaque y tesitura muchas veces inherentes al intelectual contrasta la noble sencillez y hasta efusiva cordialidad del joven metafísico. A sus palabras acompaña siempre una mirada inquisitiva, profunda, y gestos meticulosamente descriptivos. Viste

con elegancia natural y pulcritud sin estudio.

La entrevista vino a ser así:

EL PROFESOR DE FILOSOFÍA ES INSEPARABLE DEL FILOSOFO

ERNESTO SALCEDO.—¿Profesor o filósofo?

GONZALEZ ALVAREZ.—En verdad, el profesor de Filosofía es inseparable del filósofo. El profesor cumple la faceta de la acción; el filósofo, la de la contemplación. Y la acción que no emana de la contemplación será necesariamente raquítica y merma-da.

JIMENEZ SUTIL.—¿Cree usted en la Metafísica?

GONZALEZ ALVAREZ.—A mostrar la posibilidad de la Metafísica contra su triple negación dediqué una de mis primeras monografías. Si no tuviera fe en la Metafísica no dedicaría a ella mi vida.

SALCEDO.—¿Qué papel se reserva hoy al filósofo en la moderna concepción del mundo?

GONZALEZ ALVAREZ.—El filósofo actual tiene que superar esa moderna concepción del mundo con la urgencia necesaria para que no se resuelva en catástrofe dicha concepción del Universo. Verdad es que la misma Filosofía, al estar en crisis y manifestarse en el racionalismo, psicologismo, idealismo o positivismo, ella misma ha contribuido al estado actual de las cosas. Yo me refiero, claro está, a una filosofía de sanos principios, como yo la concibo.

SUTIL.—¿La labor más positiva y eficaz de un profesor de Metafísica?

(González Alvarez no piensa la respuesta. Su ya larga tarea pedagógica le autoriza a una contestación rápida y certera.)

GONZALEZ ALVAREZ.—Como profesor, enseñar Metafísica a sus alumnos; como metafísico, verificar la síntesis de los cinco dobles exclusivismos que se han repartido la vigencia de las ideas filosóficas sobre el tapete cultural de las Edades Moderna y Contemporánea.

SALCEDO.—¿Podría explicarnos someramente esos cinco dobles exclusivismos?

GONZALEZ ALVAREZ.—Desde luego. El sustancialismo racionalista y el empirismo actualista,

que rompieron la estructura metafísica de sustancia y accidente; el materialismo y el espiritua-lismo, que destrozaron la estructura de materia y forma; el cuantitativismo y el cualitativismo, que arruinaron la estructura de cantidad y cualidad, dejando la actividad humana colgada del aire; el naturalismo y el historicismo, que atentaron contra la estructura de naturaleza y libertad, abandonando sin explicación posible el quehacer humano, y, por último, el esencialismo y existencialismo, incapaces de justificar la finitud.

(Creemos sinceramente que esta labor tan sencillamente expuesta por el metafísico y escuetamente descrita puede llenar hasta los bordes y rebasar más que cumplidamente la vida de todo un magisterio pedagógico y doctrinal.)

SUTIL.—¿Cómo ve usted la Universidad española con referencia a las extranjeras?

GONZALEZ ALVAREZ.—Yo creo que la Universidad española no desmerece en nada de las extranjeras que conozco, las de Francia, Italia, Alemania y América del Sur. También creo que para alcanzar la plenitud a que la Universidad española está llamada tendrá que abandonar la vieja concepción de «Universidad de maestros y escolares» y abrirse a la idea nueva de «Universidad de estudios». La Universidad tuvo un defecto de origen que algún día será preciso superar.

ARISTOTELES Y SANTO TOMAS, MAESTROS IN-SUPERABLES

SALCEDO.—¿No cree usted, contra la opinión de BochenSKI, que el tomismo ha perdido hoy su fuerza como factor espiritual?

GONZALEZ ALVAREZ.—La fuerza del tomismo reside en ser un sistema bien fundado en sus principios y perennemente abierto para recoger en su seno cuanto de verdad descubre el esfuerzo generoso de filósofos y teólogos. Su decadencia después de tan largos años se ve compensada en la actualidad hasta el extremo de constituir uno de los factores espirituales más pujantes.

(A la habitación en que nos encontramos, una salita de íntimo recogimiento, propicia al estudio y a la meditación, llegan unas vocécitas delgadas de niño.

—¿Es usted casado, don Angel?
—Sí, tengo tres chicos. El menor, de trece meses, nació en la Argentina.)

Don Angel, metafísico y padre de familia, nos cuenta algunas anécdotas curiosas del pequeño ciudadano de la capital del Plata.)

SUTIL.—¿Qué sistema de Filosofía le atrajo más?

GONZALEZ ALVAREZ.—En el orden de mis preocupaciones, el existencialismo constituyó una verdadera fascinación en mis años de estudiante. Después me atrajo el agustinismo. Hoy reconozco como maestros insuperables a Aristóteles y a Santo Tomás.

SUTIL.—¿Considera adecuado al momento actual el pensamiento agustiniano de la Historia?

GONZALEZ ALVAREZ.—Desde luego. No sólo en orden de la

LEA TODOS
LOS MESES

POESIA ESPAÑOLA

La mejor revista
literaria



«La Universidad debe colocar de nuevo a la Teología en su sitio tradicional»

verdad de los principios, sino también en cuanto a la eficacia de las soluciones.

SALCEDO.—¿Por qué afirma usted en su último libro que la Filosofía moderna es continuación de la medieval?

GONZALEZ ALVAREZ.—Así es. Principalmente en lo que se refiere a aquella rama de la escolástica que se conoce con el nombre de nominalismo. La misma ciencia moderna no es obra original de Galileo, sino que está incubada en el llamado «occamismo» científico. En Nicolás de Ultricuria, por ejemplo, se encuentran tesis que Kant explicitará. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la «vía moderna» de los problemas filosóficos fue instaurada en el siglo XIV por Guillermo de Occam.

SUTIL.—¿No se puede entonces hablar con propiedad de un oscurantismo medieval?

GONZALEZ ALVAREZ.—Tras la benemérita labor de los medievalistas Gilson, Graffmann, Asín Palacios y tantos otros, ha desaparecido la leyenda de los mil años de oscurantismo e infundición científica. La espléndida floración de la sabiduría y de la ciencia en la Edad Media esta hoy unánimemente admitida entre los historiadores de la cultura.

LOS PUNTOS DE PARTIDA DEL PENSAMIENTO EUROPEO

SALCEDO.—¿Cree usted que influye en nuestro pensamiento actual el carácter netamente católico del Renacimiento español?

GONZALEZ ALVAREZ.—Aunque nuestro Renacimiento se produjo con gran retraso temporal con respecto al europeo, resulta consolador oír proclamar hoy las excelencias del humanismo español. En la revisión histórica del fenómeno cultural que se llama Renacimiento, tal como hoy se está produciendo, singularmente en Italia, se insiste cada vez más en la tesis española. Lo que sucede es que el pensamiento actual en España puede vincularse a nuestro Renacimiento prolongándolo, mientras que en los demás pueblos europeos se ha de renunciar necesariamente a los síntomas de descomposición y rebeldía

que sus propios Renacimientos llevaban en germen.

SUTIL.—¿Cuáles cree ser los puntos de partida del actual pensamiento europeo?

GONZALEZ ALVAREZ.—Tres tendencias generales se reparten hoy el pensamiento de Europa: el marxismo, prolongado en la doctrina comunista; el marxismo, derivado al socialismo, y el pensamiento católico informando la democracia cristiana. En el origen de los dos primeros está Hegel, cuya ala izquierda de seguidores se concreta en Fuerbach, Marx y Nietzsche...

(Si tuviéramos que definir al señor González Alvarez con sólo tres palabras no dudáramos en escribir éstas: claridad, método, profundidad. Sobre su conversación, a veces honda y difícil, tiene la habilidad y maestría de arrojar la luz diáfana de un sol meridiano.)

SALCEDO.—¿Cuáles son, a su entender, las causas de la actual remisión de Europa?

GONZALEZ ALVAREZ.—Sin duda, el socialismo de exportación de Gran Bretaña y la dimisión de su puesto del catolicismo francés.

SUTIL.—¿Considera usted que asistimos a las últimas consecuencias de las ideas disolventes y revolucionarias extendidas por Europa a partir del Renacimiento?

GONZALEZ ALVAREZ.—Entiendo que sí. Por esto urge la formulación de una nueva concepción de la vida y del hombre que pueda salvarnos de una inminente catástrofe.

SALCEDO.—¿Cómo orientaría esa nueva concepción?

GONZALEZ ALVAREZ.—La solución sólo puede estar en restañar las heridas que en el ser del hombre cristiano ha introducido la doble rebelión del protestantismo y del existencialismo. Todo sobre la base de verificar la quintuple síntesis doctrinal que las cinco parejas de posiciones exclusivistas a que antes me referí dejaron rota y sobre las cuales se ha configurado por tanto tiempo el quehacer social y político.

EL DESORDEN DE LA INTELEGENCIA, ORIGEN DE LA CRISIS

SUTIL.—¿Por abandono de qué principios cree usted motivada la actual crisis europea?

GONZALEZ ALVAREZ.—Puesto que de principios se trata, la fuente originaria de tal crisis hay que buscarla en el desorden de la inteligencia. Perdida la ordenación de la inteligencia al ser, su objeto propio, queda el hombre implantado en el error. Y cuando la verdad no rige la inteligencia, ni podemos esperar que la moral presida la conducta, ni la justicia las relaciones entre los individuos y los pueblos.

SALCEDO.—Filosóficamente, ¿cómo califica el «modernismo», condenado por el nuevo santo Pío X?

GONZALEZ ALVAREZ.—El «modernismo» se asentó sobre dos principios fundamentales: el agnosticismo, derivado de Kant, y la inmanencia vital, que intentaba superarlo. Ninguno de sus re-

presentantes ha logrado una significación en la historia de la Filosofía.

(Es casi la una de la tarde. El cenicero de la mesita sobre la que tomamos nuestros apuntes rebosa ceniza y cigarrillos a mitad. Por un momento tememos seguir importunando la atención del filósofo, que tan generosamente ha puesto su tiempo y su ciencia a nuestra disposición.)

SUTIL.—¿Por qué afirma usted en su «Introducción a la Filosofía» que el existencialismo, «más que una doctrina, es una atmósfera»?

GONZALEZ ALVAREZ.—Yo no niego carácter filosófico al existencialismo; lo que sí niego indiscutiblemente es que posea unidad de doctrina.

SALCEDO.—¿Puede considerarse a Dostoyevsky como un precursor del existencialismo?

GONZALEZ ALVAREZ.—Indudablemente lo es del existencialismo ruso, desarrollado entre los emigrados. La influencia de éstos en el existencialismo francés extiende el carácter precursor de Dostoyevsky.

SUTIL.—¿Qué opina usted del «existencialismo» como norma de vida?

GONZALEZ ALVAREZ.—Una nota más en la melodía de la vida contemporánea, desperdigada, sin sentido, superficial, desarraigada. El existencialismo es la amenaza contemporánea del hombre cristiano, la protesta de la naturalidad contra los elementos divinales asimilados en el cristiano.

SALCEDO.—Para el progreso de las ciencias positivas, ¿es necesaria la omisión de la Metafísica?

(El señor González Alvarez sonríe, como dejando adivinar la respuesta, y dice):

GONZALEZ ALVAREZ.—Para el progreso de las ciencias positivas no es propiamente necesaria la Metafísica; lo es, empero, para su fundación. El arrojar por la borda a esta disciplina, desarraigando las ciencias y desfondando al hombre, ha sido la tarea del positivismo. Hoy vivimos todavía de sus consecuencias, aunque la metafísica del positivismo haya sido doctrinalmente superada.

SUTIL.—¿A qué se debe entonces el abandono de esta ciencia especulativa?

GONZALEZ ALVAREZ.—A la quietud intelectual. La vida moderna ha sido implantada en el dominio del actuar, de espaldas al ser. Por todas partes sobran hombres de acción y faltan hombres de contemplación.

LA TEOLOGIA EN EL MUNDO ACTUAL

SALCEDO.—¿Qué valor concede a la teología actual?

GONZALEZ ALVAREZ.—La teología está llamada a iluminar los senderos del mundo futuro. Fué una pérdida grave la que sufrió la Universidad española con la restauración liberal que expulsó de su seno a la teología. Al fenómeno de secularización del pensamiento debe sustituirle el que pudiéramos llamar teologización de la cultura. Han perdido vigencia las verdades teológicas entre las masas. La Universidad debe colocar de nuevo a la teología en su sitio tradicional.

SUTIL.—Entonces, según la tesis suareciana, ¿crea usted necesaria una eficaz restauración de la Metafísica para una mejor comprensión de la Teología?

GONZALEZ ALVAREZ.—Desde luego. España cuenta con un ejemplo indiscutible: el P. Santiago María Ramírez.

SALCEDO.—¿En qué dirección filosófica encuadra usted el pensamiento de Xavier Zubiri?

GONZALEZ ALVAREZ.—Para juzgar a Zubiri hay que distinguir su obra escrita de su magisterio oral. Sólo conozco directamente la obra escrita. En ella se revela como gran historiador. Por algún trabajo sistemático quedó encuadrado ya en mi tesis doctoral en la corriente del existencialismo heideggeriano, al cual ha llevado los imprescindibles complementos teológicos.

SUTIL.—¿Morente?

GONZALEZ ALVAREZ.—Después de su conversión, quienes fueron sus maestros dejaron de ser sus ídolos. Su mejor labor termina centrándose en la interpretación filosófica de la Hispanidad.

SALCEDO.—¿Dónde radica para usted el valor más destacado de Ortega y Gasset?

GONZALEZ ALVAREZ.—Ortega y Gasset es ya un clásico de las letras españolas. Su aportación filosófica hay que buscarla en lo que hoy se está llamando «filosofía de la cultura».

SUTIL.—¿Por qué no incluye usted el krausismo en su «Introducción a la Filosofía»?

GONZALEZ ALVAREZ.—Muy sencillo: porque la obra pretende significación netamente filosófica y el krausismo español fué un fenómeno de orden puramente político.

SALCEDO.—¿Cómo resumiría usted el panorama actual de la Filosofía española?

GONZALEZ ALVAREZ.—La participación española en Congresos internacionales de Filosofía está cada día a mayor altura. Las tesis doctrinales que se presentan a la Universidad de Madrid aumentan también en proporciones gigantescas para el estudio de las distintas corrientes, y su valoración ponga usted que remito al lector a los escritos del padre Ceñal, Muñoz Alonso y Cruz Hernández.

SUTIL.—¿Sus ocupaciones al margen de la Metafísica?

GONZALEZ ALVAREZ.—Mi vida está centrada en la Universidad. Fuera de ella dirijo la Biblioteca Hispánica de Filosofía, que intenta poner en castellano las obras cumbres de la Filosofía de todos los tiempos. En un orden más externo asisto a conferencias y frecuento el teatro.

SALCEDO.—¿El cine?

GONZALEZ ALVAREZ.—No, no me atrae el cine; si alguna vez voy es por acompañar a mi esposa. Lo que sí me gusta es el fútbol.

SUTIL.—¿Su equipo favorito?

GONZALEZ ALVAREZ.—Pues, hombre, hasta ahora, el Murcia; pero... ¡me ha dado cada disgusto!

(Fotografías de Mora.)

DIEZ LECCIONES SOBRE



JORNADAS LITERARIAS POR LA MANCHA

«TE HA TOCADO EL TRASPONTIN»

—Cabezas, te ha tocado el traspontin.

Y sonriendo, muy obediente, se sentó en el centro. Nos dormíamos a cantos, por no decir a chorros. Todo el coche era rumor torpe de mosca atontolinada, paso insensible de quinto que no sabe ya dónde tiene los pies.

Sobre el horizonte no había nada firme y sólido. De los brezos y de los matorrales pasábamos rápidamente a los cárcavos y a los desmontes, y por las grietas de las montañas más pedregosas y calizas brotaban inverosímiles rosetas y zarzillos.

—Mira, Cabezas, un avión.

—¿Te quieres callar de una vez? Voy que me duermo.

Se le había localizado a Cabezas el sueño en la palma de las manos. Y de sus dedos se pasó a los ojos de Aquaroni, a los pies de Delibes, a las orejas de Iribarren, a la espina dorsal de Luis Antonio de Vega, a mi nariz. Todo el coche era modorra y ronquido. Tan fuerte era el sueño de Luis Antonio de Vega que le entraban confiadamente mariposas y abejorros por el cuello de la camisa—pelambrera abajo—y no se despertaba. Le fueron vaciando los bolsillos, y sin enterarse.

La «troupe» hubiera querido prolongar el sesteo en Ruidera. El poder mágico e ilusionista de La Mancha había quedado plenamente confirmado durante la comida al ver llegar, al frente de las cazuelas y de los camareros, a una muchacha que parecía joven con pantalones blancos. Calcule el lector nuestro asombro y cuál no hubiera sido el del propio Quijote si hubiera podido verla. Habría que haber oído el discurso que nuestro incompara-

ble orate soltara al paciente Sancho ante tan vibrante espectáculo.

Parecía que tiraran el fuego desde el aire a palas y calderazos. Invisibles fogoneros atizaban la caldera manchega. De los barbechos ascendía al cielo un humillo traslúcido y movedido que trastornaba burlescamente el paisaje. No había manera de que nada permaneciera quieto. Es mentira que los paisajes yermos sean quietos. Todo es movimiento y cambio en la tremenda pasividad de los llanos. Los ríos se embebían ellos solos como por encanto entre las arrugas de la sabana, y donde sólo se veía durante unos minutos un doblado y raquítico árbol aparecía de golpe el escuadrón de una compañía de pinos.

—Todo es equívoco en esta ilimitada e innumerable La Mancha.

—Déjame dormir.

—Pero ¿te has dado cuenta cómo reverbera el sol...?

Alguien nombró «Peña Pobre», que hay que tener ciertamente humor para, encima de la pobreza de solemnidad que tiene todo el paisaje, bautizar a una cresta con «Peña Pobre». ¡Qué bueno sería plantar una tienda en este lugar para reflexionar eternamente sobre la riqueza desproporcionada de misterio, introspección y aventura que producen las tierras aparentemente estériles! Yo no sé si se sacarán consecuencias provechosas para la economía, pero de veras que podría hacerse un ensayo de gran utilidad nacional. Brindemos la idea al extremeño Fernández Figueroa.

—Mira un avión.

—¿Te quieres callar de una vez?

SEXTA LECCION.—Bien podía tomarse aquel avión como el sim-

LA RUTA DEL QUIJOTE



bolo moderno de «Clavileño» si hoy hubiera alguien capaz de escribir un Quijote que pudiera dar envidia al propio Cervantes. Yo repasaba que acaso esta dificultosa sequedad del paisaje sea el fundamento de esa maravillosa alegoría que dió pie a ese libro que es la «Subida al Monte Carmelo». De noche o de día al monte de la claridad y de la transfiguración sólo se llega después de tragar mucho polvo y mucha saliva. Es siempre lo más pobre de elementos, lo más violento para los sentidos, lo más fuerte para el alma y lo más ridículo para la sociedad lo que da origen y ambiente a las más dulces y bellas transposiciones. Crear es siempre sacar de la nada. Y la nada es aquellos pajarillos que cruzaban el cielo con la lengüecita fuera del pico. Nada mueve al espíritu más trascendentes interrogaciones que estos árboles solitarios y retorcidos que dan guardia marcaba a unas ventas rodeadas de tristes escaramujos y mojonos que, ni chorreando los sesos, puede uno concebir como castillos.

Todo el coche dormía. Y en las caras de muchos se esbozaba una especie de sonrisa ultraterrana. Acaso los escritores soñaban que tenían ya en las sienas un «cachó» de gloria imperecedera. Quizá se imaginaban que estaban abrazando tiernamente a Dulcinea.

—Delibes, fíjate, agua.

Delibes abrió unos ojos con posos de verdura de laguna quieta. Miró a derecha e izquierda y dijo muy sentenciosamente:

—Espejismos, Castillo, espejismos.

Pero es que Delibes no miraba abiertamente al paisaje. Se había detenido en la inmisericorde y vetustísima salva de Lasso de la



Dos bellas perspectivas de los molinos de Campo de Criptana, centro de La Mancha secular.—Nuestro compañero Castillo Puche (con sombrero de siega) posa debajo de un pino con Ferlosio y José María del Quinto

Vega, hombre de rico ingenio y vasta erudición.

Mientras tanto, delante del coche y por los lados llevabamos danzando locamente una partida suelta de rendinos que parecían titrileros hambrientos que fueran anunciando a los pueblos nuestra llegada.

UN PUEBLO QUE SE HA QUEDADO SIN SANTO Y UN SANTO QUE SE HA QUEDADO SIN NOMBRE

Todo, de todos modos, no es estepa. De vez en cuando hay un pueblo grande que ha dado origen a multitud de pueblos, pueblo que paladea señorial y resignadamente su silenciosa y anti-gua grandeza.

Tal Infantes—que es Villanueva de los Infantes—, lo cual dice que por un lado le roban el nombre y que por otro pretenden sacarle el santo. Pero no hay derecho. Yo desde ahora siempre diré Villanueva de los Infantes en memoria de un santo que metía a los pobres en su casa por el postigo y en

reconocimiento a un pueblo donde yo quisiera tener una casa para escribir un libro que se titulara, por ejemplo, «El testamento». Sería la historia de un soberbio caserón repartido ahora en «heladería», «bollería», «churrería», «bicicletas», «funeraria», etcétera, y donde vivió.

—Pero, mire usted, es lo que yo digo—me decía un guardia municipal de Villanueva de los Infantes—: si este pueblo no hubiera sido lo que no es, no vendrían ustedes; y si fuera un pueblo aún más próspero, a lo mejor sería más aburrido. A nosotros lo que mejor nos va es la *deca-descencia*...

Todo el discurso había sido profundo y bonito, menos el final, que se había corrido en una sílaba, que se había pasado de muelle, como le pasa a veces a las cremalleras. Las ruinas, aun las familiares, son más llevaderas

cuando dan lugar a la evocación y a la nostalgia.

Claro es que en la puerta del convento de los Dominicos habíamos tenido uno de esos brindis trágicos que le ponen a uno la carne de gallina. Marcelo Arroita había leído el «Salmo VII de Las lágrimas del penitente en homenaje a Quevedo. Esta despedida desesperada de Quevedo es ascéticamente sana, políticamente justa, humanamente noble, y nos dejó como campanas sin badajo.

En la orfandad de la calle escuchamos el acento lúgubre de un Quevedo señor, dueño de su pena y de su elegía, enamorado de la última soledad, soñador de la patria definitiva, príncipe en el destierro de su carne y de su espíritu. Un Quevedo de vuelta ya de todo.

SEPTIMA LECCION.—Hay un libro de Quevedo, «Caballero del hábito de Santiago y señor de la Torre de Juan Abad, teólogo, estadista, satírico, poeta, novelista, grande en todo»—como reza la inscripción de la capilla de los Bustos—, que debería conocer todo escritor palmo a palmo. Se titula «De la cuna a la sepultura» y es un tratado insustituible a la hora de interpretar lo que en español se llama ilusión y desencanto, ambición y desencanto, sueños y ceniza. Está escrito irremediablemente sobre los rastros quemados de esta planicie, que al amanecer da idea de que es pequeño el mundo y de que a veces, cuando el mundo arde como un globo en el horizonte, produce la impresión de juguete en manos de un niño. Y ha querido el destino, este destino que nunca falla, que Villanueva de los Infantes sea a través del tiempo y del espacio como una estampa petrificada de ese «Kempis» maravilloso que, como advertencia y adiós escribió el hombre de más humor que ha tenido España, junto a Ramón Gómez de la Serna, porque también su «Automaribundia» es un libro que parece estar escrito, si no en Infantes, en sus alrededores.

Recorrimos el pueblo calle a calle. Palacios y más palacios. Tristeza. Porque se trata de palacios que fueron, como diría Jorge Manrique. Nos seguía una bandada de niños que chillaban como condenados.

—Pero ¿qué queréis?

—Queremos un autógrafo.

—Pero ¿de quién?

—Del Lope de Vega.

El lector creará que exageramos. Peor para él. Mucho más gordo fué que luego en la plaza un grupo de señores se me acercó con mucho tiento y me preguntó:

—¿Quién es ese de las gafas?

Y yo, queriendo darle rimbombancia a Cabezas, agregué:

—Es el autor de «Madrid».

—¿De la letra o de la música?— comentó.

Por la calle principal de Villanueva de los Infantes venía Castiella con una zorra en el hombro. ¿A que ha logrado amarlarla?—me pregunté—. Pero no, es que estaba disecada.

Las calles de Villanueva de los Infantes—el nombre debe venir de que por estos andurriales se cogían las peonadas contra los moros—son rectas, pero a trozos.

Caserones de sillería dorada, donde moraron hidalgos influyentes, han dado cobijo a comercios modernos. Hay balcones esquinados y salientes bellamente ilustrados. Sobre todo hay patios floridos donde, entre columnas doricadas, una fuente-cilla se queja y se queja eternamente. Las casas—aun muchas que tienen escudos—están enjalbegadas de blanco, y en los gujarros de las calles, gujarros apretados y que se elevan al cielo como las ánimas en el purgatorio saltan chispas cada vez que los pisa una caballería.

Se ve que es una ciudad apeada de su antiguo esplendor. Y realmente da pena. Villanueva de los Infantes fué la capital del campo de Montiel. Abarcaba desde Alcubillas a Montiel, desde Villamanrique a Castellar. Vivían en Villanueva entonces cuarenta hidalgos.

UNA EQUIVOCACION LA TIENE CUALQUIERA

Salimos de Villanueva de los Infantes en buen momento. Por un lado, la muchachada—Jose María del Quinto, Salvador Jimenez, Medardo Fraile, Castellet, Loigorri, etc.—comenzaba a ennoviarse, cosa disculpable, porque hay que ver qué manirroto ha sido Dios al repartir la belleza por estos parajes—esta sí, la otra también—, y por otra parte que, como no era posible firmar los autógrafos que pedían—reclamaban a don Wenceslao y a Azorín—, pues ya algunos maliciosos—que nunca faltan—comenzaban a sospecharse por su cuenta y riesgo que éramos poco menos que escritores de pega, escritores alquilados para recorrer la Mancha con cara de asombro. Tarda mucho, amigos míos, en llegar el poco de nombre que tan duramente nos conquistamos a los rincones más apartados de España.

Seguramente el chofer pimpló más de la cuenta, porque salió bufando por una carretera que no era, y cuando nos quisimos dar cuenta estábamos despistados.

OCTAVA LECCION.—En La Mancha y en Sebastopol lo mejor siempre es preguntar. Preguntando se llega a todas partes. Porque por no preguntar una vez hay que preguntar luego muchas. A los escritores muchas veces, como a todo quisque, nos pierde el no querer preguntar. Nos da vergüenza hacerlo y preferimos la ignorancia. Peor para nosotros.

En Valdepeñas cenamos en una bodega. Por cierto que un escritor que iba algo mona se encarró con Del Moral y le dijo:

—Yo no ceno aquí.

—¿Por qué?

—Porque aquí ya cenamos anoche.

Y de repente, entre el café y el postre, las ventrudas tinadas nos dieron el gran susto, porque sin previo aviso comenzaron a recitar versos del poeta de La Mancha Juan Alcaide.

—¡Qué adelante este de la magnetofonía—decía un camarero.

Después salimos pitando hacia el hotel La Paloma, donde hicimos reparto de mobiliario. El encargado sorprendió a Delibes cediendo un perchero, una máquina de coser y el retrato de «los patronos», que eran los amos del Paloma, seguramente.

Todavía nos fuimos a la calle un rato y nos sentamos en la plaza. Tardó en llegar el camarero. Pero cuando llegó hay que ver la cara que puso:

—Una botella de agua mineral y seis vasos—dijimos como un solo hombre.

Poco a poco se fueron agolpando los curiosos alrededor del velador. Aquello no llevaba camino de terminar bien. Los de Valdepeñas no podían ni querían comprender que quisiéramos cometer el pecado de beber agua mineral después de cuarenta y ocho horas de vino continuo.

Pero los de Valdepeñas se mostraron comprensivos y nos dejaron ir a dormir a la cama. Dormir, el que pudiera, porque a mí me tocó cerca de Iribarren, que ronca como un pescador de ballenas.

NADA MAS NI NADA MENOS

En el Viso del Marqués tuvo su homenaje don Alvaro de Bazán, que, según reza su lápida sepulcral, «peleó como caballero, escribió como docto, vivió como héroe y murió como un santo». Todo un proyecto de vida limpiamente rubricado. Claro que a la hora de soltar elogios tampoco se quedaba manco Lope de Vega, que le llama «César meritísimo», «Tason cristiano», «Argos de nuestra fe».

El palacio habría que cogerlo en plena travesía y no varado en la arena. Los barcos en puerto son más bien aburridos. La cantidad de porcelana que va a necesitar Guillén para que cada legajo tenga su numerito encima.

—¿Dónde va con esa jarra?— increpó el capitán a un poeta.

—Me la llevo de recuerdo—replicó el viajero.

—Déjela y beba el vino que quiera.

El poeta dejó la jarra y se fué a la calle a beberse una gaseosa. Apelaba al marqués de Santa Cruz, que tuvo fama de anfitrión espléndido. Pero de la jarra no había nada que hacer. Mala suerte.

A todo esto, Martínez del Val se subió encima de una piedra y echó un discurso apabullante.

NOVENA LECCION.—A pesar de lo que dijo el cura párroco de Viso del Marqués, que reclamaba para don Alvaro un mausoleo de rango—el que se merece—, a mí me hizo mucha impresión y me conmovió aquel cofrecillo incrustado en la pared. Porque las cenizas gloriosas son o para aventarlas—que esparcidas acaso multiplicaran las especies geniales—o para tenerlas escondidas en cofrecillos pintorescos como si fue-

LEA Y VEA
TODOS
LOS SABADOS
EL ESPAÑOL

ran las joyas modestas de unas muchachas casaderas. Para sepulcro que hable basta el soberbio palacio. Pero si hay que levantarle un túmulo colosal a don Alvaro, por mí no ha de quedar. Yo lo que quería decir es simplemente que a los grandes hombres y las grandes ideas les sienta mejor la recoleta paz y la feñunda soledad.

ENTRE LA CULPA Y LA GRACIA, DOMINICO Y TORTADA

Almagro era un hábito de dominico sobre un púlpito al que le llegan muy cerca increíbles espumas marineras. ¡Qué gracia tiene esa plaza de miradores corridos donde el verde de las persianas tanto engaña a las cigüeñas

Mientras asistíamos a la representación de «La hidalga del valle» en el Corral de Comedias, recuerdo que un dominico no hacía más que mover la cabeza y objetar al trepidante Calderón:

—Sofisma, sofisma...

—¿Sofisma, padre?

—Bueno, sofisma a medias. Fijese que no va resolviendo la cosa por vía racional, por método logístico, sino que de vez en cuando se salta cordialmente a los argumentos de conveniencia. Esto huele a Duns Escoto.

La sombra muda del Aquinate pasaba por el aire pesando y repasando miles de razones macizas e incontrovertibles. Razones sólidas como la tarta que nos habíamos dado en el patio del convento. El joven teólogo dominico se explicaba muy bien.

A la salida, Sintés inauguró una biblioteca pública, lo cual tuvo mucho sentido. Porque si nosotros—escritores—estábamos en La Mancha, y concretamente en Almagro, era sólo de paso, pero allí iban a quedar nuestras obras en visita permanente, dialogando día a día con los vecinos del lugar.

DECIMA Y ULTIMA LECCION

Debia estar prohibido escribir sobre el Quijote sin presentar un certificado de haber visitado La Mancha. Certificado que debían expedir los alcaldes, los curas párrocos, los barberos, las sobrinas del cura e incluso los duques y marquesas que uno fuera encontrando

Hay que patearse la alucinante monotonía, recorrer de mañana y de tarde la hervorosa solana para entender y comprender un poco lo que del Quijote todavía «subsiste» y vive en estas gentes y en su paisaje.

Se aprende más en un viaje así que leyendo veinte comentarios eruditos con prólogos, epílogos y apéndices.

La Mancha está hecha para pisarla, como el vino está hecho para beberlo. Y si no es vino lo que a veces nos venden en la esquinilla, muy lejos está del espíritu de Cervantes todo lo que en ocasiones nos sirven en menús con salsa científica.

Hay que alabar la idea de esta peregrinación. Porque los jóvenes escritores que la han hecho son los que escribirán mañana novelas y cuentos en los que dejarán su huella este tránsito, que, aunque corto, no puede decirse que haya sido fugaz.

Castillo PUCHE



POR LAS TIERRAS DEL VIÑEDO Y EL MILAGRO

LOGROÑO, COSECHA Y VENTURA DEL EBRO



De nuestro enviado especial Enrique RUIZ GARCIA

HAY una parte de «La vida de Estebanillo González» en la que el gran pícaro, ni arrepentido ni pesaroso, se dibuja con este gráfico aguafuerte: «Me pasaba el día tumbado y con la tripa al sol, despreocupado de todo otro suceso.» Pues bien; cuando se recorre España, cuando se abre con el violento y fuerte abanico de los pasos sus caminos, siente uno la sensación de haber estado haciendo lo mismo; de haber pasado años y siglos echado al sol. Y ello así, porque se siente la irreprimible vergüenza de enfrentarse, quizá por vez primera, con la famosa piel de toro. Que habíamos ido siempre a buscar de España, porque así lo quería la gandulería, en vez de su nervio, las gargantillas de collares.

LOGROÑO, A LA VERA DE UN RIO

Cada ciudad, todo el mundo lo sabe, tiene su personalidad. Y Logroño la tiene de tal forma, de tal manera, que toda ella aparece ante los ojos del viajero como un ejemplar y maravilloso ser vivo. Su fisonomía, su gesto y la palpitación interna que la mueve, desconocida hasta de los que andan diariamente por sus calles, acomete de improviso, casi arebatadamente, a los que ven-

mos de fuera. Es como si se entrara, pienso, en un inmenso y fresco coso, en la arená seca de un vendaval dorado, y los demás caminos se borran.

Y Logroño es también la ciudad de la que se pueden tener vagas referencias. Puede ser Logroño una ciudad en lo alto del monte o la ciudad perdida en lo fondo de una cascada. Puede ser también, porque para eso existió la puerilidad de los que preferían la España «pintoresca», el rincón satírico y amable en el que fuera posible colgar, sin grave perjuicio, el chiste fácil. Pero Logroño no es ni una cosa ni otra. Logroño ni está en la cascada ni subida como las águilas, en el monte. Logroño está ahí, a la vera de un río, clavada musicalmente en ese su «ser ribereña» y amiga de las cosechas y las aguas. Aunque éstas bajen, de vez en vez, como la cólera de Dios.

Yo llegué a Logroño entre la noche y el día. Todavía andaba despacio, sin prisa de irse a casa, la ciudad de los barrios bajos. Me eché a la calle a ver si era verdad que el vino es negro; y delgado, y fino, y medio rubicundo. Y como agitado y parlanchín ese clarete que dicen las malas lenguas que «pega».

Todo Logroño está en la calle.

Pero no para estar sino para vivir. Por esas calles que forman la vieja Puebla, el retiro dormido y exacto de los balcones de hierro forjado, una multitud maravillosa y alerta empuja con un aire alegre y señorial, mitad campesino y ciudadano, los porrones a lo alto de las manos. Y no es, no se asuste nadie, que se recate remilgadamente, hipocritamente, ese gran gesto de plenitud que expande la ciudad entera. De haber recato, es un recato de otro orden. Un recato alegre que mira muy gravemente que la alegría no sea vino sólo. Y esto es tan importante, que yo he mirado con la mayor sorpresa esa honda y trepidante sensación de vida que descubre Logroño sin poder encontrar un rincón, una bodega oscura, donde el vino se fuera solo, por sus propios pasos, a cantar a nadie «mañanitas». Es quizá una alegría de pueblo viejo, de pueblo feliz y desbordado que impresiona un poco.

Llegó un momento en el que los serenos, los fabulosos serenos de Logroño, vestidos «a lo militar», aguerridos y en un cierto modo fantásticos con su media lanza, aparecieron por las calles. A uno de ellos, de pelo blanco, le pregunté por el río.

—Al río se baja por ahí.
«Por ahí», porque todas las calles terminan por bajar hacia el río. Hacia el Ebro, que es algo así como la espalda de la ciudad. En ella se apoyan las cosechas, y en los puentes, más que para andar, las gentes parecen detenerse para decir: «Nada más pasar, y al otro lado está Navarra.» Cuando los puentes son vías de circulación, barcos que pasan de un lado a otro, los viajeros de provincias distintas, se miran las orillas contrarias con cierta ávida sensación viajera. No se puede resistir la tentación de estar tan pronto a un lado como a otro.

LA CIUDAD ES UNA ISLA

La geografía ciudadana de Logroño es una geografía especial. No puede mirarse con los ojos tranquilos que se tienen para mirar el plano de otras ciudades. Y no puede hacerse aquí, simplemente, porque Logroño es una ciudad que está apretada y encojiada entre dos fuerzas importantes: de un lado, el Ebro, que es un río. Del otro, por la línea de ferrocarril, que es un camino.

El ferrocarril, su estación y sus vías, sus pasos de nivel y su humo negro, no están, como en las demás ciudades, lejos. Sino que circula como dueño y señor por su centro mismo. Por su centro, tan centro, que de la estación se sale al Espolón. A la plaza grande de las flores, donde los novios se hacen anillos de casados.

Una ciudad así, dominada en su crecimiento por el agua y el humo, tiene que tener formidables contracciones, gigantescas y permanentes batallas contra su propia constitución ciudadana. Hay muchas calles, cierto, que han pasado las vías, que duermen ya al otro lado; mas no obstante así, la ciudad es como una isla. Pero Logroño no es una ciudad que se rinda. Creo que las mejores conversaciones que

he oído por aquí están dedicadas, con firme modestia, a la gran empresa de hacer la gran ciudad. Y nadie que no sea tonto dejará de sentirlo de igual forma. En estos momentos Logroño está comenzando y terminando de levantar, bien lejos, las nuevas vías del ferrocarril. La nueva estación ya no podrá estar cerca de los novios. Y es que esta ciudad ha pegado un estirón importantísimo. De los 37.000 habitantes que eran en 1935 ha pasado a los 55.000 de 1953. O lo que es lo mismo, en estos últimos años, Logroño ha crecido tanto, tan desafortadamente, que la isla, la tierra entre el río y las vías, ha terminado por convertirse en continente.

Por eso el Alcalde de la ciudad con el que conversara unos momentos, me decía: «Nadie puede comprender lo que significa todo esto para los Ayuntamientos. Todo se ha quedado pequeño.»

Claro, señor Alcalde; se ha quedado pequeña aquella España de Estebanillo González, que se conformaba con que el sol le calentara la tripa. Por eso, todos los aprietos que se pasan ahora. Por eso, también, ninguna noticia mejor que la que usted me da: «Estamos empujando las vías mucho más lejos.» Lo mismo que ha visto EL ESPAÑOL en estas semanas de peregrinación: que al pantalón corto lo han echado al río. Que la vida crece, y que crecer es ir hacia adelante.

EL RITMO DE LA CIUDAD

Esta ciudad tiene un nervio espléndido para el trabajo. Aquí, sólo en ella, se empujan al mercado nacional más de tres millones de zapatillas por año. Y es que esto de las zapatillas, los zapatos y las alpargatas, forma parte de una gran tradición artesana de Logroño. De los tiempos en los que la aguja de las tareas manuales lo hacía todo.

Estas grandes Empresas que forman hoy, con ancho y perfecto empaque, el cinturón industrial de la ciudad, son las herederas de aquellos primeros bastiones del trabajo artesano de Logroño diseminados por la Sierra. Estos últimos veinte años han traído la semilla del esfuerzo artesano a la concentración fabril. A la mecanización. De unas fábricas que funcionan con máquinas fabricadas en España, copiando y mejorando modelos ingleses. Cuando orgullosamente me lo repiten en cada taller, recuerdo uno, con cierto dolor sereno, la amarga queja de Francisco de Quevedo, enfurecido siempre de que hubieran de venderse alfileres, para venderse, llevando marcas extranjeras.

He paseado por una fábrica de zapatillas, la de Fernández Hermanos, S. A., con los dos socios. El uno, el mayor, a quien el padre, viejo hombre de empresa, metiera de catorce años en el pequeño taller de su tiempo, y a quien luego, más tarde, medio muchacho, mandara a Alemania «a ver qué pasaba por el mundo». Este hombre, don Angel Fernández, anda y anda por los talleres con un paso incansable. Siente uno, con él, la devoción

y la gratitud de las cosas bien hechas. De las cosas trabajadas y sufridas. La fábrica, estas fábricas españolas de Logroño, tienen muchas de ellas, la mayor parte, hombres de talla al frente. Don Angel Fernández, extremadamente modesto, todavía tiene fuerzas para encender la hoguera de las conversaciones por el taller:

—¡Lo de ayer salió mal!—dice a un grupo.

Y cuando todo el mundo vuelve a sus puestos, cuando el humo caliente de los moldes va preparando las suelas, el hombre sigue sin acritud y con sosiego hablando a todos por su nombre. Y de cada nombre me cuenta una historia. No son números, cartones de unas horas frías de trabajo. Su socio, Domingo Fernández, que es joven y fuerte, amurrallado en un traje azul, mientras nos enseña el laboratorio para los análisis, se extasia contando las peregrinas maneras de presentar, bien asado, un pollo. «Sin quitar, eh, unos buenos espárragos.» Y sigue uno en contacto, después de oírle, con la fuerte trepidación riojana. Con ese aire riente, alegre y magnífico de la raza. En el laboratorio, entre redomas y retortas, y quizá por contraste, se habla del vino. Del vino de la tierra. Que el vino es por aquí, sin malicia, como la piedra filosofal. Domingo Fernández se empeña en ser capaz de adivinar, a ojos cerrados y la copa llena, un vino de otro. Que las botellas se abren y cantan, como el coro de niños, su «do» de pecho claro.

UNA INDUSTRIA GRANDE

Las ciudades no crecen por capricho. Estamos creciendo por algo plenamente serio. Logroño tiene una serie de industrias importantísimas. ¿Sabíamos, acaso, que es una potencia textil

Por estas calles hay una pujanza del hilo. En la Estambreira Riojana, que comenzara a funcionar en 1949 y tiene hoy más de cien obreros, el ciclo de producción es completo. Desde la recogida de la lana al tinte. Hay un no sé qué de vertiginoso y espléndido en este ir viendo las nuevas industrias españolas. Funciona ésta, por ejemplo, con maquinaria perfecta. Y otra vez, y no me canso de repetirlo, no para nosotros, sino para Francisco de Quevedo, vuelvo a enfrentarme con el orgullo de la obra española. El director técnico es un muchacho joven, espigado, alerta, que me dice:

—Muchas de ellas, de estas máquinas que usted ve, las exportamos ya al extranjero.

—¿Cuáles sobre todas?

—Estas—me dice—; las de hilatura.

La fábrica está limpia, ordenada, y las muchachas miran, aun cuando sus manos se marchen al hilo, el paso de los visitantes. La lana, ya en madejas, se amontona en cajas grandes. Esta fábrica es un magnífico complemento para la gran industria de carda de Logroño. Pero lo interesante, lo importante, es ver crecer, en el espacio corto de unos años, toda la potencia de

muchas inesperadas virtudes españolas. Todo esto funciona.

Estas industrias cuentan, por otra parte, con la materia prima. En un circuito de cuarenta kilómetros existen toda clase de lanas. De lanas a lomos vivos de oveja. La lana de las famosas merinas de Soria. Las entrefinas de Rioja y las de Navarra. Hay sitios, Empresas, como en la Textil Quemada, que enseñan con un cierto rito de vino viejo un certificado de Hacienda en el que consta que en 1752, en el primer censo industrial que realizara el marqués de la Ensenada con motivo de las contribuciones, uno de los ascendientes de los actuales propietarios tenía ya permiso de fabricación. Y sobre la mesa, para recordarlo a los fumadores, una arqueta de plata mantiene esta tensa inscripción de fecha a fecha: «1752-1952». Establecida en Logroño, que antes estaba en Enciso, donde continúa estando parte de ella, por el año 1940, la Empresa tiene un alto número de obreros, y, entre las curiosidades que me cuentan de Logroño en estas conversaciones nacidas al calor de una misma preocupación, me dicen:

—Durante la guerra se fabricaban por aquí los calcetines, pantalones y guerreras; el jersey y el capote; la manta y la boina; el pasamontañas, el tapabocas y las botas de campaña. Y, además, se fabricaban los «ranchos-frios»; las famosas «pochadas» de alubias con chorizo.

—¿Y el vino

—Y el vino. Y los soldados.

Toda una serie de nuevas industrias han venido, como la Marrodán y Rezola, dedicadas a la construcción de maquinaria, a completar y fijar otras que ya eran famosas: las industrias conserveras. Que forman éstas, con Trevijano, una cadena ininterrumpida de creaciones espléndidas. Que ayudan a recoger y a centrar, en un solo campo de riqueza, la maravilla de las cosechas riojanas. Que al lado de la vid se siembra el trigo. Y por aquellos campos se levanta, entre la seda, la fresa y la ciruela claudia. Y toda una varía y hermosa variedad de frutales, que han de terminar, escarchados, en ese gran alarde, un día artesano y hoy técnico, de las fábricas.

LA RIOJA, EL HINTER-LA RIOJA, EL «HINTER-LAND» DE LAS VASCON-

Esta provincia de Logroño, la del agua y el vino, es algo así como el almacén de muchas provincias. La despensa que se abre y se cierra para cubrir un innúmero de necesidades. Quizá por eso hablan sus habitantes, los forasteros que se han dejado ganar por ese destello paradisíaco, de ser Logroño la provincia del más perfecto equilibrio económico. Y quizá por eso también me he encontrado en más de una ocasión con un franco elogio a Rafael Sánchez Mazas. «El escritor—me dicen—es un enamorado de esta tierra. Siempre ha dicho que le gustaría vivir aquí, entre nosotros.» Se cuida así, limpiamente, de los que llevan con su letra, a buena voz, el nombre de



Los jardines de El Espolón, en Logroño

la Rioja. Porque ellos dicen siempre: «la Rioja».

En la capital, desde el Espolón a las fuentes y a los porches y soportales, que Logroño parece estar sacudido de un oleaje de zancos, todo el mundo ha coincidido en lo mismo: «No crea usted que es sólo el Estado quien ha realizado las obras. Aquí existe una espléndida iniciativa ciudadana que está siempre en la brecha. Que no deja descansar las ideas.» Así, por eso, en la edificación de la nueva ciudad, la que se va allá por las zonas nuevas, por la avenida Colón, Vara del Rey y los Doctores Castroviejo (que de Logroño es el famoso oftalmólogo), las edificaciones particulares, de renta media y sin ningún exceso, dan un porcentaje elevadísimo. Y a esa obra de poner techos bajo el cielo han contribuido también, como era lógico, el Ayuntamiento, la Obra Sindical del Hogar, que ahora se encuentra en camino de terminar un bloque de 198, las del «General Yagüe», que por tener de todo, tienen iglesia, mercados y escuelas. Construye casas, de igual forma, el «Patronato de San José», para que sirvan de fondo, en unidad de lengua y de cemento, a las grandes realizaciones del Estado. A los cincuenta y nueve Centros de Higiene Rural que se han levantado de la noche a la mañana. Al magnífico Sanatorio Antituberculoso, de 400 camas, y a la Residencia del Seguro de Enferme-

dad, capaz para 200 enfermos. que parecen afirmar, bajo el toldo clarísimo que tiene el cielo de hoy, una perfecta identidad en la obra de todos.

—Además—me dicen mis amigos, las gentes con las que converso—, el coste de vida es el menor de España.

Y parece que le apuntan a uno, queriendo o sin querer, hacia un viaje definitivo a Logroño.

Así, por eso mismo, se sale a la calle, a los tinglados donde se preparan los tenderetes de las ferias y las fiestas de San Bernabé, con cierta preocupación:

—Y si se encontrara por aquí un piso de trescientas pesetas...

—Pues los hay.

—Pero, ¿y el picante de las comidas?

—Para ese gusanillo, vino claro.

Se mira entonces hacia arriba, hacia lo alto, y tropieza uno con la perspectiva doble de las torres de la iglesia colegial de Santa María la Redonda, y se anda más de prisa. Hasta que toda la ciudad vuelve a encontrarse reunida y como de bautizo o de boda en el cuadrilátero de las calles del Pez, Rúavieja, Marqués de San Nicolás y la porticada plaza de los Héroes, donde para mi sorpresa, despeinado el negrísimo pelo, el gentío rodea a un charlatán único: a un domador de pequeñas serpientes.

A LA RIOJA ALTA POR LOS CAMINOS HISTÓ- RICOS

3.476 habitantes ha subido el año pasado a 299.525,07 pesetas.

EN LA TIERRA DEL «SANTO»

No se explica uno al recorrer la Rioja, al encontrarse con la profunda emoción de este paisaje, de esta tierra de vides y de trigo, cómo no la hemos andado primero. Cómo no sabíamos que la Rioja, la Alta y la Baja, son caminos para el trabajo y la pica. Para la iglesia y el milagro. Hacemos por Rioja Alta el recorrido clásico: Navarrete, Nájera, Santo Domingo de la Calzada y Haro, deteniéndonos, además, donde nos parece. Asombrándonos siempre de que estas tierras, pura estampa de fertilidad levantina, no estén apuntadas en todas las guías turísticas.

En Nájera, antigua Corte de los Reyes de Navarra, la piedra y la montaña nos únicas. Ocurre aquí, en esta Rioja de serranías onduladas, que los castillos están siempre en lo alto de los cerros y monte abajo, y no en su base como ocurre en el Norte, se levantan las casas. Tiene Nájera un tan hermoso Monasterio, el de Santa María la Real, que no deja tiempo para nada. Nuestro guía nos lleva hasta el claustro ojival, reliquia tan perfecta y acabada, que no sabe uno qué decir. Por todos estos sitios, en su día, estuvieron los franceses, y, como en la leyenda de «Don Juan», queda «amarga memoria». Todas las tallas del claustro están decapitadas. Por entre esas columnas han pasado, nos dicen, las revoluciones y las guerras. En un rincón, a la altura del ojo, existe, todavía, pintada en negro, la diana para la fusilería. Y por allí mismo, chamuscada la pared, el negro-negro del humo y el fuego que hicie-
ran los gitanos. Todo esto que estuvo abandonado y se va recobrando poco a poco. Todo el peso histórico de la Rioja iluminada y fecunda, a la que no asustan las llamas.

En esta misma Nájera se ha establecido una gran industria maderera. Que la historia, si es auténtica, no estorba. Dos o tres vagones de muebles baratos manda diariamente al mercado nacional este pueblecillo patinado que ha sido asfaltado, como una gran ciudad, en estos últimos años.

Y no se quedan ahí, mirando a las torres, sino que, en su ímpetu creciente, la corte najerana no me hace otra cosa que hablar de los próximos regadíos: de las miles de hectáreas del partido de Nájera que pronto serán una nueva fuente de riqueza. Cuando salimos de allí miro, asombrado, los corderos, abiertos en canal, de carne blanca, que cuelgan en medio de las puertas. Que llaman al convite.

Como curiosidad, nuestro guía, que mientras mirábamos al claustro ha ido a afeitarse y a cambiarse de traje, nos dice que antes del Movimiento la industria tradicional de Nájera eran los zapateros de portal, pero que después cambiaron. Ahora, más de cuatrocientos obreros trabajan en el mueble. Y la matrícula industrial de Nájera, un pueblo de

Esta España sorprendente no deja pausa ninguna para la calma. Estamos ya en Santo Domingo de la Calzada, la ciudad de Santo Domingo, donde el Santo no es más ni menos que eso: el Santo. Nadie habla de Santo Domingo, sino que allá por la iglesia, camino de su sepulcro, en la maravillada exposición de sus milagros, los campesinos de pana negra que apuran todavía en la puerta los cigarrillos, no hablan más que del «Santo».

Santo Domingo levantó aquí una iglesia y un hospital para los peregrinos que iban a Santiago. Todavía el hospital, lo que de él se conserva, parece respirar aquella vida única. Una vez al año, el «día del Santo», se da en su recuerdo, y a las cinco de la mañana, un potaje de garbanzos a todo el mundo. «Y grandes y chicos, sanos y enfermos, recogen esta cosecha de misericordia que parece ser medicinal y curativa. Nadie quiere dejar de tener ese día, como si fuéramos todos a Santiago, la tradicional escudilla. Y nadie sabe, se duele el secretario del Ayuntamiento, que ésta fué, esta Calzada de Santo Domingo, paso obligado de los peregrinos jacobeos.»

Andamos ahora por la calle Mayor, o «de los Caballeros», que nos lleva directamente hasta la catedral. Hasta el sepulcro del Santo. Hay en todos estos lugares un fervor tan grande, tan animoso y concentrado, que la garganta duele un poco. Frente al sepulcro, vivos y coleando, el gallo y la gallina simbólicos. El milagro mejor y más poético de Santo Domingo.

«Pasaban por aquí, de paso a la peregrinación, un muchacho y sus padres. Una moza de la pensión en la que se quedaron a pasar la noche, molestada con el joven, le metió en la mochila de viaje un vaso de plata, y denunció al corregidor de la ciudad el robo. La captura del muchacho trajo aparejado su ahorcamiento. No hubo remedio. Allí quedó colgado, al aire libre, para aviso de caminantes y de picaros. Pasó el tiempo; los padres volvieron de la peregrinación y pidieron solemnemente a Santo Domingo por su intercesión, que se descubriera la inocencia del hijo. Y cuál no sería su sorpresa, cuando advirtieron que, colgado, vivía aún. Rápidamente fueron a comunicárselo al corregidor, al que encontraron comiendo, y frente a la gallina y el gallo asados. «Ese está tan vivo—dijo—como éste y ésta.» Pero el gallo y la gallina, renegridos, salieron de la cazuela para cantar la inocencia del colgado.» Esa es, como la música, como el fuego y el aire, la mejor hazaña dominicana. Toda la iglesia, como si nos lo quisiera recordar, está llena de un trepidante cacareo. Y de paso de mujeres y hombres, el rostro altivo y fuerte, que dan en torno al sepulcro las catorce vueltas que manda la tradición. Las catorce vueltas que, según se dice, acostumbraba a dar el Santo en tor-

no al pueblo para saber si todo estaba en orden. Yo sólo sé que he hablado a la puerta de la iglesia con un campesino, y me ha dicho:

—¿Que a qué vengo? Vengo al Santo, señor.

Todavía nos queda por ver los ex-votos. Las cadenas de los cautivos de los moros. La hoz milagrosa de Santo Domingo que derribara como un soplo los árboles. Y nos queda por ver el crecimiento asombroso de esta ciudad, que es capaz de unir la tradición y el empuje. Que no en balde cada año manda a los mercados españoles no menos de mil vagones de patatas y setecientos u ochocientos de trigo. Que al pan, pan, y al vino, vino.

EN HARO, EL VINO

La vid de la Rioja es una vid esbelta, airosa. Crece tanto, tan ligeramente, que a veces tira a árbol. No es la vid castellana, seca, áspera y como dolorida y tremenda. Todo este paisaje que recorreremos ahora es el paisaje de una comarca que viene a dar, más o menos, dieciocho o veinte millones de litros de vino anuales a España. Vino que sale de estas vides musicales y bellas. De esta perspectiva de tierra entre rojiza y verde, que se divide y subdivide en centenaes de huertas perfectamente cultivadas.

Tiene Haro casi 9.000 habitantes, y más de 1.500 están empleados en la industria del vino. Por aquí están las Bodegas Babinas, las de López Heredia, Federico Paternina, Martínez La Cuesta, la Vinícola del Norte de España, la Rioja Alta, y la de tantos otros nombres famosos que, cada día se asoman a las mesas y a los manteles del mundo. Como no se puede ver todo, nos hemos hundido en las bodegas de Paternina. Hemos entrado en contacto, por dentro, con la vid hecha vino, con la industria de Rioja hecha gran empresa española.

Las bodegas tienen un olor único. Una maquinaria incansable va haciendo el vino, embotellándolo y poniendo los corchos. Nadie toca nada. Están viejos, perdidos en el tiempo, los lagares a «pie desnudo».

Una de estas bodegas puede guardar nada menos que dos millones de litros en las barricas de roble americano o francés. En las barricas donde se realiza, en misteriosa elaboración, la «crianza» de los vinos. He preguntado, por curiosidad, al director de la Empresa la temperatura que deben tener los vinos a la hora de servirlos:

—El blanco—me dice—, de los ocho o nueve grados; el tinto, a los diecisiete grados. Sólo el champán debe presentarse helado.

Ya lo sé, pues, para cuando tenga invitados.

NO SE PUEDE UNO MARCHAR DE HARO SIN CONOCER LA VIRGEN DE LA VEGA

De todas las emociones extraordinarias que produce el viaje por la Rioja, ninguna que se pueda comparar a ésta: ir descu-

briendo, por cada camino español, el impacto espiritual de España. Porque no se comprende que todas estas cosas: la pujanza y el renacimiento económico de estas provincias, sean tan desconocidos como su semblante histórico. Como su tradición religiosa y monumental.

La basílica de la Virgen de la Vega es, como Santo Domingo de la Calzada, un lugar de paso obligatorio. Las gentes pasan y entran. Las mujeres se arrodillan y los hombres se sacuden después, con la negra boina, los pantalones. Que todo el mundo viene a decir la salve a la Virgen.

El capellán de la basílica es un hombre alto, o que lo ha sido, con el pelo blanco y unos vivísimos y puros ojos que miran de frente. «Aquí estoy, se puede decir, desde toda la vida.» La iglesia, encendida para nosotros, como en las grandes fiestas, tiene allá, en el altar mayor, la Virgen de la Vega. Son tantos los milagros que de Nuestra Señora de la Vega me han contado en los caminos, en las bodegas y en los portales, que yo miro a lo alto, a la imagen granadina y andaluza, con una salve nueva y vieja como el tiempo.

—Sólo en tiempos de gran calamidad sale del templo—me dice el capellán—. Salió cuando la peste del cólera y salió en la guerra a pedir por la Cruzada, y al final de ella, en acción de gracias. Pero nunca sale en balde.

Le digo que me cuente, en este misterio y silencio de las naves, que me cuente los hechos más salientes. Pero quieren contarlo todos. Todos los que nos rodean y que son de Haro y saben cada uno de ellos las mismas cosas milagrosas.

—Mire—me dice el capellán—; el milagro más saliente es el de la cebada y el trigo. Ocurrió en 1694. Una pobre viuda que tenía muchas deudas pidió ayuda a la Virgen. La mujer le decía, en su súplica, que nada más tenía un pequeño campo de cebada. «¡Si al menos fuera trigo!...» A la hora de la recolección, a la hora madrugada de la sierra, el campo de cebada de la viuda seguía siendo cebada, pero cuando se empezó a desgranar se vió, ante la sorpresa admirada de todos, que el grano, en vez del que le correspondía por la planta, era trigo.

Pero hay más que eso; la iglesia guardó, como un tesoro milagroso, aquella semilla, y cada año, recogen los capellanes de la basílica una cosecha de cebada con granos de trigo. Precisamente, yo he tenido la alegría extraordinaria de traerme conmigo, donado por el capellán, que parece también una talla de santo en la iglesia, un manojo de espigas de cebada que desgranar entre las manos, con la ayuda de Dios, el grano blanco de los trigos. Una basílica, pues, desconocida, que está en la calzada romana de los peregrinos que fueran en los siglos X y XI a Santiago, y que reparte anualmente la caridad y la misericordia del milagro. Que las espigas han curado a los enfermos, y no hay na-

die en el pueblo que no tenga consigo, jellos tan campesinos y conocedores de su oficio, las espigas de la Virgen. Todavía, antes de marcharnos, antes de cerrar la emoción de la jornada con el camino que nos lleve a Logroño, el capellán quiere que firmemos, como peregrinantes, en el libro de los autógrafos. Arriba de nuestra firma, llena de firmeza, la de don Antonio Iturmendi, Ministro de Justicia. Todavía, don José Monroy, el capellán evangélico, nos cuenta cosas milagrosas. Pero yo tengo ganas de estar solo, de contar las espigas y de abrir estos caminos, rutas españolas inigualables, a la gran peregrinación de Santiago. Que por aquí fué España. Que éstos eran los caminos jacobeos y marianos.

POR LA RIOJA BAJA, LOS OLIVOS, EL TRIGO Y LA VINA

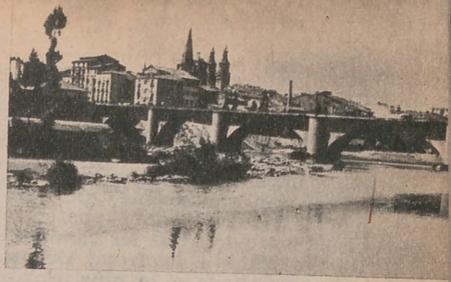
En esta sorprendente y prodigiosa Rioja Baja vamos también a tropezarnos con una tierra hermosa. Con una comarca que mezcla el olivo con las viñas y el trigo y los cereales con las plantaciones de arroz. ¿De arroz? De arroz.

Nuestro itinerario es un itinerario hoy de tormenta. Seguimos hasta Calahorra, residencia del Obispado de la diócesis, por unos caminos y una vega dilatadísima y fecunda que no interrumpen ni un solo momento su belleza tranquila. Su aire reposado y rico. Me dicen que el campo está muy repartido. Que todo el mundo tiene tierras en estas riberas feracísimas. Cuando llegamos a Calahorra, toda la ciudad está en la plaza. No se trata de bromas ni de fiestas. El río Cidacos se ha desbordado y ha barrido a lo largo de su curso las tierras. En algunas de las márgenes, el río, turbio y amarillento, se ha llevado la cosecha, las tierras y los árboles. Desde el puente, a un paso de la catedral de la ciudad, miro sorprendido y emocionado lo que esto significa para las gentes y los agricultores de la comarca.

En la plaza se espera ya la llegada del Ministro del Aire que, a las pocas horas de ocurrido el desbordamiento, se ha presentado allí. A las cuatro, con la comida puesta en los manteles, llega el Ministro de un Estado que no ha tardado sino unas horas en llegar al barco con agua. El obispo de la diócesis, acompañante de las autoridades nacionales, me dice que los más graves daños han afectado a las zonas en las que el agua ha llegado después del pedrisco. Mira el obispo, con su mirada dolorida, un horizonte interior que sólo él parece conocer y sentir. El Ministro pasa también entre las filas de los campesinos con su cara grave, pero escuchando atentamente a todos. Hay como una crecida de esperanza en los pueblecitos afectados. Alguien, en la calle, tira al cielo la pólvora de los cohetes del recibimiento. Hay ya una calma serena, tranquila y segura.

POR EL CAMINO DEL ARROZ

El regadío está transformando España. Esto parece una broma,



Logroño presenta esta bella perspectiva de ciudad moderna

pero no es nada de eso. El agua y los árboles, plantados por millones en todas las tierras españolas, están haciendo el milagro. Por aquí, en tierras de Calahorra, en una zona desértica y salitrosa, en una tierra amarillenta que parece lugar de retiro para los milanos, los riojanos, hombres de empuje, han aprovechado el agua para inaugurar un nuevo y desconocido cultivo en estas tierras: el del arroz. Más de quinientas hectáreas de tierra rojiza han sido sembradas ya, y más de dos millones de kilogramos de arroz espléndido entrega esta región empeñosa y espléndida a la economía y a la despensa de España. Y yo he ido en el tren y he visto la sorpresa de muchos españoles que miraban por las ventanillas y que espontáneamente se han levantado en corrillos para comentar su asombro. ¡Pero sí es arroz!

—¡Sí, señor, arroz!

POR LAS FABRICAS CONSERVERAS

Calahorra no es sólo, únicamente, cabeza de la diócesis, monumento artístico, y recuerdos de piedra y de medallas de la célebre Calagurris romana que viera nacer, entre estas mismas calles de un río torrencial, a Quintiliano y Prudencio. Donde Sertorio, soldado sin sonrisa, se mantuvo en sus trece contra Pompeyo. Calahorra no se ha quedado en eso sólo. Tiene una huerta maravillosa (y lo que se ha destruido se levantará rápidamente, porque ésta es una raza sin estriden-

cias), y la no menos perfecta e importante instalación industrial de las industrias conserveras, zapateras y agrícolas. Millones de kilogramos de verduras y frutas se envasan anualmente, entre un olor agrídulo, para esparcirse como ríos por todos los caminos. Del guisante a la fresa. De la pera escarchada a la pifa. Solamente de frutas, Calahorra, sus fábricas, envasan más de un millón de kilogramos. Lo que significa, poco más o menos, una compra de tres millones de kilogramos.

—Es que hay que quitar la pepita, el rabo y mucho desperdicio...

Pero en las calderas sigue escaldándose la fruta. Y uno pasa por entre las naves con unas abiertas ganas de picar en cada mesa. De ver si es verdad que la fruta sabe todavía a árbol.

EN ARNEDO, LOS ZAPATOS

En esta laboriosa y pujante provincia no sabe uno dónde ha de quedarse definitivamente boquiabierto. Arnedo es un pueblito que está situado entre la falda y la cima de un monte que tuvo su castillo. Tiene ahora, en su crecer continuo y vivo, los siete mil habitantes, y no menos de siete fábricas importantes. Fábricas de calzado y de zapatillas, que emplean el esfuerzo de no menos de 2.000 hombres. De dos mil familias enhebradas a este entronque funcional del zapato. Hubo un tiempo en el que, por

aquí, por Arnedo, no se producían nada más que alpargatas; pero hoy este pueblito escondido entre la montaña y el río produce no menos de 365.000 pares de zapatos anuales. Y por los once mil pares de zapatillas diarias. Y esto es aquí, en Arnedo, en la Rioja Baja, al lado del Cidacos, río turbulento, que se ha lanzado precisamente en estas horas de nuestra visita a la conquista de las vegas.

Después de oír de labios de don Timoteo Ruiz, un hombre que ha hecho una de las más grandes industrias de Arnedo, algunas cosas maravillosas de su vida, nos queda por ver otro aspecto espléndido de la vida española. Arriba, en lo alto de un cerro próximo, está el Monasterio de Nuestra Señora de Vico. El Monasterio, abandonado durante muchos años, fué un antiguo convento de los franciscanos menores que se dejó de utilizar con motivo de la famosa desamortización de Mendizábal. Por donación testamentaria, según me dicen, de la señora del barón de Benasque, la iglesia de Dios ha vuelto a su antigua casa. Poco queda de ella, cierto. Las viejas celdas tienen abiertos y al aire los muros. Pero dos padres de la Tercera Orden regular, un hermano y un postulante, son la nueva comunidad religiosa. Se comienzan a levantar los muros, y una capilla, en una sala que fué de armas, levanta cada día su estampa de fe. «Yo soy—me dice uno de los religiosos—el prior de la Comu-

nidad.» De una Comunidad pequeña, pero que ya abre brecha entre los pueblos cercanos y abrirá dentro de unos días, a poco que se les ayude, las aulas de un nuevo apostolado misionero.

Desde la alta y hermosa huerta del Monasterio el Cidacos, encajonado entre altos muros de arcilla, ha conseguido abrir grandes brechas. Pero hundido estaba el Monasterio y ya está en marcha.

OTRA VEZ LAS VINAS

Mi compañero de excursión, Herrero Fontana, sigue como yo, maravillado, la eterna y compacta semilla de las viñas. Logroño y su provincia producen más de los ochocientos mil hectolitros de vino. Se exporta este vino riojano a Europa y a América y, en estos momentos, la Rioja está preparándose para la competencia. Para proteger sus productos, ese vino alegre y rubicundo, con un documento acreditativo. Así que ya lo sabe usted. El vino de la Rioja, de ahora en adelante, tendrá un certificado de origen. Que siete millones de litros salen cada año por las fronteras universales con los colores del tinto y del blanco riojano. Con las franjas de garantía.

Quizá por todo ello, por la crecida plenitud que apunta esta provincia española, cuando nos despedimos de ella sentimos marcharnos. «¡Ahora que empiezan las fiestas!» se quejan. Pues, sí; ahora.

MAÑANA SERA OTRO DIA

PARAISO PERDIDO

LA forma verbal que más se usa en La Habana es la correspondiente a la primera persona del plural interrogativa. El limpiabotas le dice al turista que pasa delante: «¡Qué! ¿Nos limpiamos los zapatos?» Y el taxista: «¿Nos damos una vueltecita por La Habana?» Y el ciclerone aficionado y celestinesco: «¿Nos vamos a ver un "show" en privado?» Y el negro del puesto de periódicos: «¿Compramos unas postalitas lindas?»

Tendría que inventarse un signo ortográfico compañero de los signos de interrogación y de admiración, el «signo de insinuación», para señalar cómo se pronuncian estas frases. Y ese signo se aplicaría a la frase que los cubanos quieren convertir, con muy buen acuerdo, en «slogan» turístico de la isla: «Aquí no hay problemas.»

Pues bien: muchas de las insinuaciones de que uno es objeto o destinatario en esta ciudad son rigurosamente inmorales. Es el relajo. ¿sabe usted? Relajo llaman—la palabra ya es casi un punto de contricción—a las condescendencias, diversiones y garbeos en contradicción con el sexto mandamiento del Decálogo. Relajo hay en los «shows», en los cines, en los quioscos de periódicos, en las calles, en las cajas de cerillas; pero esto que en otras partes tiene nombres hipócritas, esto que en Alemania y en la propaganda de los placeres se alude como «wunderliche

Nächte», esto que en los Estados Unidos gira en torno al «sex appeal» y en Francia puede llamarse «nature» o «follies»; es decir, nombres neutrales, en La Habana se llama «relajo», es decir, un nombre que nos suena a indulgente condenación moral: relajadura, relajamiento, relajación, flojera, caída. Algo es algo.

Podría pensarse, mirando el panorama de tejados desde alguno de los pocos edificios altos de La Habana, que todo el mundo cultiva el aeromodelismo; pero esos bastidores delgados y abiertos de alas no son modelos de aviones en miniatura; son antenas de televisión. Hay cuatro emisoras y cerca de 130.000 receptores; el promedio de televisores se valora en cinco por aparato; veis, pues, 650.000 personas delante de la pantalla del televisor... y La Habana tiene unos 800.000 habitantes. Por esta vez las cifras son expresivas. No hace aún tres años que la televisión se implantó en Cuba. Llegaron a funcionar cinco emisoras, pero una de ellas ha sucumbido a la competencia.

Una o dos veces por semana el televidente cubano tiene ocasión de mirar cosas españolas: los mejores lances de las últimas corridas de la Península, enviados por el No-Do.

Junto a lo más moderno, algo antiguo en el vivir. Las grandes salas de la fábrica de tabacos, donde cien o doscientos artesanos lian puros, se llaman «ga-

leras». Liar un tabaco se parece a liar un pitillo, sólo que aquí hace de papel la «capa»; es decir, una hoja escogida, bien lisa y despalillada. Al frente de cada galera, y en lugar de cómitre, hay un lector que lee los periódicos, en voz alta, para los operarios; parece que lo prefieren a la radio o a otra distracción. Por esto el tabaquero goza fama de ser el obrero más instruido del país.

Visitando la fábrica no puede uno evitar el recuerdo de Churchill. Puede ser la mano de Churchill, esa mano de fumador que ilustra la «manera típica de sostener un tabaco». ¡Churchill, Churchill! No es tampoco inexpressivo el dato de que Inglaterra, antes de su «victoria» en la guerra mundial número dos, adquirió de quince a veinte millones de puros. Ahora adquiere tres.

Desorden, informalidad en el vistazo a Cuba. Siempre en los oídos alguna canción, como aquella del negrito perezoso:

*Yo no tumbo caña,
que la tumba el viento,
que la tumba Lola
con su movimiento.*

Absurdo buscar un orden riguroso en un lugar donde todo sobra, excede, rebosa, se derrama. La memoria del alma se pasea por acá como por los valles del tibio, dulcísimo, incomprensiblemente perdido paraíso.

Luis PONCE DE LEON

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LOS VIEJOS OLVIDAN

(AUTOBIOGRAFIA)

Por **DUFF COOPER**

NADA hay tan parecido a la autobiografía de un político inglés como la de cualquiera de sus colegas, aunque pertenezcan a otro partido. Esto no es una perogrullada, sino la demostración evidente de la fuerza unificadora de la educación que se daba en las universidades británicas.

En realidad, la etiqueta de los viejos políticos ingleses apenas cuenta. Todos ellos son fundamentalmente iguales. Los libros numerosos de este género últimamente aparecidos, son buena prueba de ello. Las carreras políticas de unos y otros son similares, o al menos lo parecen, cuando nos las cuentan sus protagonistas. Todas las autobiografías que están apareciendo en Inglaterra tienen un rasgo común fundamental: de manera pudibunda el autor oculta todo posible apasionamiento. Es de mal tono apoyar con vehemencia opiniones y convicciones, aunque sean religiosas. Cuando se coge la segunda de estas autobiografías se tiene la impresión de que ya se ha leído antes.

El libro de Duff Cooper, del que hoy nos ocupamos, tiene la enorme ventaja de estar mejor escrito que la mayoría de sus hermanos gemelos. Su autor ha sido un poeta estimable. Esto se trasluce en la elegancia de su prosa. Por lo demás, se trata de una obra representativa del género. Duff Cooper —menos conocido por su título de lord Norwich— se educó en Eton y Oxford, trabajó en el Foreign Office, fué teniente en la primera guerra mundial, diputado durante veinte años, ministro de la Guerra, primer lord del Almirantazgo, ministro de Información, canceller del ducado de Lancaster y, por último, embajador en París, en 1947.

Apada sobre un tinglado mercantil e imperial que ponía a su servicio los sudores de una cuarta parte de la humanidad, la democracia británica ha venido funcionando placidamente a base de estos políticos —los que hoy nos cuentan sus memorias— enredados en una lucha parlamentaria de estricta urbanidad externa, en la que, en realidad, no se ventilaba nada ni había de verdad dos bandos.

Después de la segunda guerra mundial, estas biografías parecen el broche final de una época de esplendor definitivamente acabada. Probablemente las autobiografías de un Bevan, un Politt, un Zilliacus, cuando lleguen a viejos, no serán tan placidas, tan juribundas, ni tan comedidas.

«OLD MEN FORGET».—Autobiografía de Duff Cooper.—Rupert Hart-Davis.—Londres, 1954.

INFANCIA

ENTRE las muchas cosas que olvidan los viejos, se encuentran las desventajas de la infancia. La benignidad del tiempo acaba por colocar, antes o después, sobre las narices de la mayoría de nosotros, un par de gafas. Cuando miramos al pasado a través de ellas, lo vemos todo de color de rosa, de tal modo que el mundo, retrospectivamente,

te, nos parece más hermoso que hoy. Sin embargo, mi memoria es suficientemente fuerte para recordar que la infancia fué la época, menos feliz de mi vida. Sin embargo, fui un niño mimado: el más pequeño de cinco hijos y el único varón. Lo que pasa es que a pesar de que el poeta Wordsworth escribió que «Placer y libertad» son el «simple credo de la infancia», en realidad los niños gozan de la misma libertad que un esclavo y sus placeres son inspidos y transitorios, mientras que sus penas, también transitorias, son terribles y desesperadas.

EL FOREIGN OFFICE

Ingresé en el Foreign Office el 31 de diciembre de 1913. Aquel mismo día empecé a trabajar como funcionario-residente. Allí mismo tenía mi habitación y me encargaron de abrir las valijas, distribuir el correo y descriptar los mensajes.

Tenia veinticuatro años cuando empezó la primera guerra mundial. Cuando tenía once, había terminado la de Sudáfrica. Había leído cosas sobre las guerras coloniales británicas del siglo pasado, la guerra de Crimea y la gran lucha contra la Revolución francesa y contra Napoleón. Ninguna de esas guerras había afectado gran cosa a la vida de la población civil, y yo, igual que la mayoría de mis compatriotas, carecía de imaginación suficiente para pensar que ésta que empezaba iba a ser muy distinta de las demás.

La consecuencia inmediata fué un incremento terrible en el trabajo del Foreign Office. Prestaba servicio normal en el Departamento de Comercio, pero antes, con carácter extraordinario, me pasaba ocho horas descifrando mensajes.

La noche de la declaración de guerra, hubo un entusiasmo enorme en Londres. Todo el mundo pensaba que la guerra era un asunto glorioso y que los británicos siempre ganan. Luego vinieron las noticias de los primeros desastres y mis mejores amigos empezaron a caer en el frente.

Pero el Londres de la primera guerra mundial era todavía muy distinto del de la segunda. Continuamente aflúan soldados con permiso que tenían ganas de divertirse y había fiesta perpetua. Por otra parte, las incursiones aéreas carecían de importancia y la escasez apenas afectó a unos pocos artículos.

En aquella época, Diana Manners empezó a convertirse —y no ha dejado de serlo desde entonces— en la persona más importante que hay en mi vida. Mi objetivo principal era verla. Y lo lograba casi todos los días.

EL EJERCITO

De las muchas cosas afortunadas que me han ocurrido en mi vida, una de las mayores fué que en el verano de 1917 ingresé en el Ejército. También fué afortunado el momento de esta decisión. Si me hubieran movilizado antes, probablemente habría muerto en el frente. Si me hubieran llamado después, difícilmente habría podido terminar la instrucción antes del armisticio. Eso le ocurrió al grupo siguiente al mío de funcionarios del Foreign Office.

Cuando llegué al batallón de cadetes, yo esperaba encontrarme con una especie de academia de Sandhurst en la que iba a pasar un verano al

aire libre, con una vida activa, físicamente en lugar de estar encerrado en una oficina. Es fácil imaginar lo que sentiría cuando me encontré que tenía que hacer la vida de un simple soldado, limpiarme las botas, yo que era tan comodón, cuidar de mi equipo, hacerme la cama, dormir sin sábanas y fregar el suelo del cuartel junto con mis compañeros.

Sali de Inglaterra en abril de 1918 y regresé a finales de octubre. En total fueron seis meses de servicio activo, los seis meses mejores del año y, además, los de mayor éxito en la guerra. Después de su gran ofensiva de primavera los alemanes estaban prácticamente derrotados. La verdad es que tuve suerte yendo a la guerra cuando fui.

MATRIMONIO

El final de la guerra me sorprendió en Inglaterra mientras disfrutaba un permiso. Coincidió también con una fuerte gripe—la epidemia de aquel año fué gravísima—que me tuvo triste y prisionero en la cama mientras las calles hervían de muchedumbres jubilosas.

Al terminar el año 1918 mi mente se ocupaba de algo que no era la política. Como consecuencia de mi correspondencia diaria, Diana y yo; durante los seis meses de mi ausencia, llegamos a la conclusión de que habíamos de casarnos si las cosas salían bien. Todo había salido bien, la guerra había terminado y no había ninguna razón para esperar más. Sabíamos, sin embargo, que íbamos a encontrar fuerte oposición por parte de sus padres, oposición que, en aquella época me costaba mucho trabajo tratar de comprender o de disculpar.

Mi novia era la mujer más bonita de su generación. Como consecuencia de su oposición, de su talento, de sus amigos y de sus enemigos, había alcanzado más celebridad que ninguna otra joven de su edad. No es de extrañar que sus padres encontrasen justificado esperar que se casase con alguien de gran nombre, cuyas vastas posesiones o espléndido historial pareciesen justificar la elección de ella. Yo no tenía nada de particular, ni la

perspectiva de llegar a conseguirlo. Mi salario en el Foreign Office era de 300 libras anuales y tenía una renta de otro tanto.

Nos casamos el 2 de junio de 1919 y pasamos la luna de miel en París, Florencia, Roma y el sur de Italia.

DIPUTADO

Entre los muchos Comités para los que fui designado hubo uno encargado de tratar, con carácter internacional, de poner remedio a los estragos del alcoholismo. Nuestra primera reunión tuvo lugar después de cenar. Antes de empezar, nos sirvieron oportuno y otros aperitivos. Una vez que hubimos denunciado todos por turno los peligros del alcohol, el presidente, que era un francés, explicó que el vino, desde luego, no era alcohol, en este sentido, ni tampoco debían considerarse así los productos de la región de Cognac que procedían todos del zumo de la uva. Sus puntos de vista fueron cálidamente aprobados por los representantes de Italia, Portugal y España. Entonces yo me consideré obligado a recordar a los reunidos que compartía su inmejorable opinión sobre vinos tan estupendos y que además mi país no gozaba de la misma cantidad de sol que bendecía sus más afortunadas tierras. Los habitantes de las nuestras tienen una necesidad aún mayor de calor interno y estímulo tal como lo procura el zumo fermentado de las uvas. Es una pena que no haya vino en Gran Bretaña. Pero hemos hecho un esfuerzo, especialmente en la parte norte, la más fría del Reino, para producir un sustituto que ha dado tan buenos resultados que hasta los exportamos en grandes cantidades al extranjero. Dije, por tanto, que confiaba en que esta bebida grata y beneficiosa que recomiendan muchos doctores, no sería objeto de persecución en nuestras investigaciones.

Creo que ese Comité se reunió dos o tres veces. No me acuerdo haber leído su informe, si es que llegó a redactarlo, pero la verdad es que sus resultados no fueron más que similares a los de tantos otros Comités que tampoco hacían nada, dejando en nosotros una impresión de futilidad y farsa.



UNA NOVEDAD INTERESANTE PARA LA INDUSTRIA ESPAÑOLA DE ALIMENTACION

Está llamando poderosamente la atención del público que visita la Feria de Muestras de Barcelona, una curiosa máquina para formar, llenar y cerrar bolsitas de celofana, papel de aluminio o cualquier otro material susceptible de pegarse por la acción del calor. Dicha máquina puede trabajar con envoltorio simple o doble.

Efectúa las tres operaciones simultáneamente para toda clase de productos sólidos, granulados, en polvo o líquidos, sólo con el cambio de algunos dispositivos.

Se trata de la famosa máquina «TRANSWRAP», construida por HANSELLA-WERKE, Albert Henkel, A. G., de Viersen (Alemania), y ha merecido los mayores elogios de cuantos industriales han tenido ocasión de verla funcionar en los Stands núms. 2.108/9 del Palacio núm. 2, muchos de los cuales han expresado sus deseos de adquirirla, al objeto de modernizar sus instalaciones.

LA SEDA ES UNA JOYA

UNA SEMANA
DEDICADA A
SU EXALTACION
QUE EMPIEZA
EN MADRID
Y TERMINA
EN BARCELONA

ESPECIE DE CRONICA
JUNTO A LOS MODELOS QUE
LUCEN LAS MUCHACHAS



¿QUI también cuenta la leyenda y ella figura ya desde el principio, poniendo ese arranque de misterio poético, de encantada tesis para alivio de prosas. La leyenda viene de Oriente, como la seda y como la luz. Una emperatriz de la maravillante China encontrando casualmente unos capullos tuvo la bella idea de hilarlos. La seda, al fin y al cabo género femenino, tiene, pues, también su nacimiento en las manos de una mujer. Ella era Siling-Chi, y por entonces corría el año 2697 antes de Jesucristo. Cosa de anteaer, como ustedes ven. Los chinos guardaron el secreto. Una muralla también sagrada cerraba la noticia para los ojos extraños y guardaba el descubrimiento como exclusiva propiedad, prohibiendo su difusión, que ninguno de fuera del país acertara a conocerlo. Pero, frágil el recipiente, la mujer había de dar rienda suelta al mágico hallazgo, y como una paloma venturosa la seda pasaría, con el giro del sol, hasta los países de Occidente: Primero, India, y Persia, como escala inmediata; luego, un paso más, Constantinopla, y ya Grecia y Roma; España.

Aristóteles parece que, como en tantas cosas, da ya el texto más antiguo sobre la materia. Hay versos que cantan su belleza, que ponen el friso de la palabra como una enaltecida ofrenda a su exquisitez. Marco Polo nos traerá también, andando los tiempos, mensajes de tan delicada sustancia, y por uno y otro lado, al amparo y favor de árabes y

viajeros, la seda escoge domicilio en España y extiende su cultivo y su afición a lo largo de toda la faja del Mediterráneo. Por Murcia y por Valencia crecen las moreras y las mariposas comienzan a celebrar ceremonias de boda bajo el luminoso azul del Levante feliz que da la habitación caldeada y el regocijo de su paisaje a la mayor amabilidad del gusano y al recreo y holganza de su pasmosa creación. Luego la seda hace sus caminos, y hasta entra en «Don Quijote».

BREVE INTERMEDIO MURCIANO

Cada primavera se repite la historia y la tarea. El gusano, el «bombyx mori» obliga entonces, por imperativos de su edad, a que la familia huertana, fiel continuadora de una tradición hermosa, comience los desvelos y preocupaciones de los días y aun de las noches, atenta a los gusanos, que son como niños que reclaman sinnúmero de cuidados, que exigen una continuada atención y cariño. Desde la recogida de la hoja de morera a la limpieza de las andanas de los zarzos, y hasta la recolección del capullo hay todo un capítulo largo y laborioso, hecho de sueño y paciencia.

Uno recuerda el infantil juego de los gusanos, que por este tiempo constituía cada año aliciente extraordinario. Eran años de escuela, y los muchachos avecinados en la huerta, aquellos que habían de recorrer sendas y hasta que saltar algún que otro azarbe para llegarse a cantar la tabla de multiplicar y los ríos de España en los límites de la ciudad, ganaban de improviso una importancia de primer plano. Ellos traían la simiente, como diminutas islas que pronosticaban una geografía económica que nosotros ignorábamos, y allí era el

trueque de esas mercancías inútiles y subyugantes que constituyen el fabuloso comercio de los pocos años. Los procedimientos que la crianza del gusano exige son, en verdad, difíciles y especializados, pero, como es natural, allí todo se montaba sobre la industria de la improvisación y de las variantes personales que el capricho introducía en cada niño.

Lo que en plena huerta del Segura es labor de acusada naturaleza familiar, se trocaba en la familia escolar en delicioso juego. Ajenos a las necesidades españolas de repoblar el territorio nacional de moreras, a la urgencia de arbitrar los recursos y medios que sacaran la sericicultura de su postrada decadencia, los niños cumplían a su modo y a su manera con una tarea patriótica, y los pupitres atesoraban las pequeñas cajas de cartón donde dormía aún la pequeña microscópica lenteja en espera de su resurrección a la vida. Con el primer viernes de marzo, cuando la entera huerta de Murcia acude hasta el monte, junto a Santa Catalina, para bendecir la simiente, nos atrevíamos a subir hasta la sierra para mostrar los humildes recipientes, la menguada cantidad de nuestras alcancías y que también el Señor la bendijera.

Pero de 14 millones de kilos de capullos que España producía cuando era potencia sedera, bajó hasta un millón. Las causas de ello, como de otras decadencias nacionales, las tenéis en la Historia, y mayo ya no relucía con el dorado de los «capillos», como los chicos les llamábamos. Así la morera, cuyo blando y abultado género distribuíamos a la salida de clase, amenazaba de años con desaparecer. Los apreciados tejidos españoles que por los siglos XVI y XVII constituían excelente embajada económica para Europa, apenas si bastaban a las necesidades del país. Y la fábrica grande y la pequeña del camino de Orihuela trabajaban poco.

Nuevamente vuelve hoy a luchar por su ascenso la sericicultura y el gusano sigue dando en su capullo mil metros de longitud, y tal vez también con toda seguridad, siguen los niños haciendo ramajes de tomillo o albardin cabe la angosta caja de zapatos para que allí desarrolle el gusano los siete periodos de su vida, hasta que después de ponerse la cabeza gorda y enorme acabe por retirarse frayluisianamente a un rincón plácido donde tejerse su propia habitación.

Pero la belleza debe sacrificarse a la economía. Los niños podíamos dejar que la mariposa rompiera el capullo y saltara al aire, mas la industria obliga a su destrucción. Y van los capullos con su dama o con su señor muerto por dentro hasta la fábrica, como caen los que se volvieron «monas» o amarillaron antes de tiempo en el baño del vinagre, del que saldrá luego la hijuela, esa resistente fibra que alargará hasta el pez su tentador anzuelo.

LA SEMANA EMPIEZA EN MADRID Y ACABA EN BARCELONA

Organizada por los Colegios del Arte Mayor de la Seda de Barcelona y Valencia, y bajo el patrocinio de la Asociación Internacional de la Seda y del Sindicato Nacional Textil, se ha celebrado la Semana de la Seda. Justamente, entre los días comprendidos del 7 al 12 de este junio, Madrid y Barcelona han querido exaltar cuanto hace referencia a esta noble y preciada fibra, por cuyo delgado y finísimo hilo corre la historia y la leyenda, el amor y la costumbre, y la belleza hace que nos acerquemos a gozar de los gratos sabores de la vida.

Don Federico Bernades ha movido con solicitud y extremado cariño los actos que han convidado a las gentes a que se sientan próximas e interesadas en la compleja circunstancia sedera que va desde el primor que quiebra en la figura las geometrías más deliciosas hasta la misma compleja y varia situación de esta industria. Don Federico Bernades, que ya en junio de 1928—resten ustedes, que la cifra es abultada—andaba metido de corazón y manos en estos problemas y desde su puesto de comisario regio de la seda atendía a la nacional inquietud que ésta reclamaba. Era por aquel año, precisamente, cuando el señor Bernades reunía a los Presidentes de las Diputaciones Provinciales y les invitaba y les pedía su colaboración para tratar de establecimiento de viveros de morera en España. Y ahora nuevamente era el señor Bernades el que como un impenitente enamorado de la seda volvía a las andadas en esta Semana que quiere propagar y extender la eficiencia y uso de esta noble mercancía.

Así, por su invitación, hemos acudido hasta los jardines del hotel Fénix para cumplir una visita, que ha resultado de enorme regalo. Empresas y casas de modas han jugado la limpia competencia del adorno y de la gracia, y por la divina proporción de la medida humana de las mujeres, de ese canon de gracia y de sabiduría que reside en ellas, hemos alcanzado a gozar de una como puesta de fiesta de la seda.

EMPRESAS TEXTILES

Digamos los nombres de las Empresas textiles sederas organizadoras de esta Semana de la Seda. Y queden aquí registrados como prueba y señal de su valiosa participación en este empeño por devolver a la seda valor y mercado. Son: Bartilló, Francisco Gual, Salvador Bernades, Ferrer-Berradas, Foregas Jorba, Industria Sedera, Duato Sales, Manufacturas Sedó, Soler, Pich Aquilera, Ponsa, Balcells, Puig Carcereny, Malvey, C. Balcells y Vilumara.

DESFILE DE MODELOS EN EL JARDIN

De dos en dos, como las claras premisas de un silogismo que no necesita de demasiadas entenderas para establecer su conclusión, los modelos de las casas de Madrid y Barcelona iniciaron su desfile. Un desfile a paso lento, y vaya qué gentil, con movimientos que revolucionan toda la suerte y costumbre del peripatetismo más variado. La música de «Lilí» adulciguaba la aparente seriedad de la numerosa reunión al aire libre y los ojos contraían inevitable compromiso con esas humanas figuras de mariposa que le brindaban a la seda la más bella columna sobre la que alzarse.

Hubieron palabras. Pocas y acertadas. Primero, Marcelo de Juan, que arrancó con esa poética belleza del proverbio chino que dice: «Cuando andes vestida de sedas y brocados, no te olvides de los días en que vestías de algodón...», para llevarnos en un rápido paseo histórico desde la celeste China de los agrupados misterios y leyendas hasta las bodas de las mariposas y los mariposos. Con ella, Agustín de Figueroa completó el prólogo con rigor de dato y amenidad inteligente, y ya fué el comienzo de la fiesta verdadera, de esa especie de exaltada proclamación de la seda sobre los brazos y alrededor de los talles.

La cosa merece toda una puntual y documentada crónica, y uno tiene que confesar por adelantado su mucha ignorancia sobre estos asuntos. El cronista recibía su bautismo en estas empresas, y un poco, inevitablemente, pensaba en la conveniencia de que alguna fina pluma de mujer, y me acordaba de la excelente de mi amiga Pilar Narvián, no cursara sobre tan bella página sus caligrafías.

Por anticipado, y antes de entrar en los necesarios y convenientes detalles, hay que confesar con toda humildad y reconocimiento una gran verdad, que se hacía tan evidente en la tarde como el mismo verdor de los árboles: la elocuencia de un desfile de modelos aventaja con mucho al más documentado discurso. La seda, pues, encontraba en esa retórica de un garbo decantado y estilizado, en los pasos, movimientos y vueltas de las muchachas su mejor alabanza y su apoteosis de coronación.

Uno, en verdad, hubiera podido decir muy poco de toda la galante fiesta, habida cuenta de la insuficiente preparación técnica, de la casi absoluta ignorancia sobre tan hermosa asignatura como es ésta de la moda, y de la moda vestida de seda, que ya es belleza sobre belleza. Gracias debo dar, pues, y en gran medida a que a modo de ángel de las modelos, como una sorpresa increíble y mágica, tuvo la suerte de que apareciera Marta; la solicita Marta, la diligente y deliciosa Marta, quien por culpa de una pierna sometida al claustro de la escayola, había quedado obligadamente fuera de desfile. Marta me explicó y me dijo esas cosas que sólo una mujer es capaz de descubrir en los vestidos, esas sutilezas y distinciones que hacen que un bordado pueda remontar desde las breves colinas de los hombros y levantarse hasta casi las mismas estrellas para matarlas de envidia.

Abrió marcha a esta gentil milicia de la donosura el cartel de Manuel Pertegaz. Es prudente y aconsejable que el cronista calle aquí nombres y atributos de la disciplinada tropa femenina que rindió todas las armas. Queden sus muchas virtudes, y sus encantos en el anónimo del buen soldado, porque ellas, desde el silencio de su personalidad acallada, de su presencia sonriente, esta-

ban peleando la batalla a favor de la bandera de la seda, y, ¡qué abanderadas, Señor! Así es seguro el triunfo.

Pertegaz ofrecía un dos piezas de seda a lunares y otro de seda negra de cristal. Mis vecinas de mesa comenzaron los comentarios. Al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, todas coincidían en que se llevan mucho los escotes y en destacar la variante del escote a la espalda, cosas que constituyen más bien motivo de natural y legítima alegría, porque ya saben ustedes que decir que el escote favorece no es sino una pura redundancia, ya que el escote es de siempre un cortés favor que el ornato hace a la naturaleza para que ésta pueda así asomar a la gala de su verdad. Seguía «El dique flotante» con modelos en seda blanca y seda marrón, que no quieren ustedes saber. Las infantas levantaban aplausos y las miradas ya no podían estar a mayor altura ni el iris a mayores reflejos. Seguía «Lili» entreperdiendo sus notas, ya que no sus muñecos, por entre las iluminadas ramas de los árboles, que ponían como un parado aire de égloga, como un encantado verso de Garcilaso a la ribera de estas muchachas en flor. La pareja de «Santa Eulalia» surgió con vestido y abrigo de otomán y vestido estampado. Una señora decía: «Mira, los cuerpos sencillitos». ¡Caramba, sencillitos! Está visto que nuestros conceptos sobre la sencillez andan en desacuerdo.

Marta, este rubio ángel de la modelería, se empeña inútilmente en aclararme las distinciones entre el otomán y la organza. Ella sostenía todo el bello argumento, levantaba con inteligente cultura la armonía de sus precisiones, pero uno andaba la mar de confundido, mirando aquí y mirando allá, sin que aquello pudiera saber a otra cosa que a música de sedería, que es una música que está en el umbral mismo de la celeste y temiendo por momentos acabar confundiendo el bolero con la carioca.

La marcha triunfal, la rítmica serie de alejandrinos rubenianos, seguía y proseguía al paso de las muchachas. «Asunción Bastida» lució «Sinfonía» y «Biarritz» en organza de seda natural, y una de mis referidas vecinas aprobó: «El abrigo, sí que me gusta». Seguía la rueda romántica, y tratábamos de localizar a la marquesa Eulalia, la de las risas y los desvíos; a Margarita, aquella que escuchaba, cuando estaba linda la mar, el relato del príncipe del Oriente que tenía un gran manto de tisú.

Me dicen que una de las modelos que ahora están en la operación del desfile y de la conquista se va a casar dentro de unos días, y precisamente era una de las que más me gustaban. Nada, fracaso; está visto que siempre se le anticipan a uno. Sigue «Natalio» con un traje de sastre gris, florentina, y otro de champagne, gris también, y sigue, naturalmente, la encantadora Marta dándome lecciones de esta gran rama de la belleza que uno, en verdad, alcanza por intuición, por contagio y, bueno, porque para algo existen los ojos, pero de cuyas denominaciones y apartados seguimos completamente en ayunas.

Rubén vuelve a reclamar su insistente cita con la aparición de una pamea, y «Pedro Rodríguez» desenrolla un traje de seda rosa y otro de seda azul que son el pareado más redondo de esta lírica suntuaria. Alguien, desde cerca, pide averiguaciones: «Es plisado, y abajo, ¿cómo?» Ay, señora, uno sabe de esto tan pocas cosas. Siguen los comentarios. La exigente: «No veo nada nuevo». La que resuelve las dudas: «Es un bolero que se abre, ¿no ves?», y efectivamente, el bolero se abre, ¡oh maravilla! Y la bien informada de los cambios y modas: «El único que ha quedado en la moda francesa». Tampoco falta la que no quiere quedarse atrás: «Ese modelo lo tengo, casi igual, en vichy». Versada, al parecer, en el gran disfrute tónico de la filosofía, no falta la sentencia que se adjudica a una modelo, la definición, que quiere ser total y definitiva: «Es una «existencialista» completa». Y mientras, por el acorde de las conversaciones que suben y bajan, que se alargan en ondas que abarcan tres y hasta cuatro mesas y que de pronto se recogen y cubren en la intimidad de la reducida onda corta, sigue el desfile. «Lino Rosario Aranduy-Isaura» y «Rosina» lanzan sus combatientes, que pelean con un entusiasmo digno de alabanza, por la gran batalla de la seda, por el triunfo y extensión de ese reino en que uno no sabe como puede acertarse a distinguir, lo corpóreo y lo inmaterial.

Como quien no quiere la cosa se ha echado la

noche encima. Y surgen los trajes de noche. Hay dos modelos, altamente elogiados desde el micrófono, donde Josita Hernán, con aire de «tonta del bote», hecho de admiración y asombro, va anunciando las deseadas apariciones. Se elogia de ellos su total creación, fabricación, tejido, confección y demás etcéteras como netamente españoles, y hasta con el añadido del abanico, y es pena que todo ese empeño por resaltar la factura nacional se quiebre precisamente en el nombre, ya que para la onomástica se recurre al idioma extraño. Una pena y un fallo, fácilmente corregibles.

Los jardines se poblaban de sombras. Terminaba esta primera página de una Semana sedera que, teniendo su arranque en Madrid, tendrá su remate y final en Barcelona, también a la vera de los jardines del Ritz, por aquello de que la primavera es estación de abarrotados verdes, de esos que uno juraría que no han de perecer por completo mientras exista al menos la posibilidad de la existencia humana.

En oro, en plata, en los increíbles colores que ríen con toda la pictórica mundial en afán de matiz y relumbre propio, estas muchachas habían iniciado el singular combate a favor de la seda. Una capitular esbelta y graciosa se alzaba sobre la hermosa apacibilidad de una tarde en que a la orilla del gran río del paseo de la Castellana, el aire tenía, incluso, afán de parsimonia para recrearse en la visita de estas anunciadoras gentilísimas, que han demostrado hasta los límites más extremos la confortadora belleza de la seda, sus valores y categorías, sus encantos extraordinarios.

Y sería fácil, pero falso, que ahora arremetiéramos con otras fibras de mayor o menor artificio e hiciéramos un improvisado canto a la muchacha sencilla que viene por el paseo vestida de seda. No, no hay que exagerar. El mercado, la producción, el incremento de la sericicultura, son cosas que seguramente interesan en buena parte a España. Pero la moda, amigos, es caprichosa. Por eso que para esta batalla nada pueda hacerse sin el concurso de la mujer. Ellas son el único general que puede ganar la pelea. Así, si junto a la economía nacional, quieren añadir la belleza, miel sobre hojuelas. Por nosotros, que no quede. La seda es, verdaderamente, una joya: Y lo que hace falta es que ellas se decidan a lucirla, que nosotros estamos siempre prontos a la admiración.

Salvador JIMENEZ



¡Ha perdido su rastro!

Aplíquese

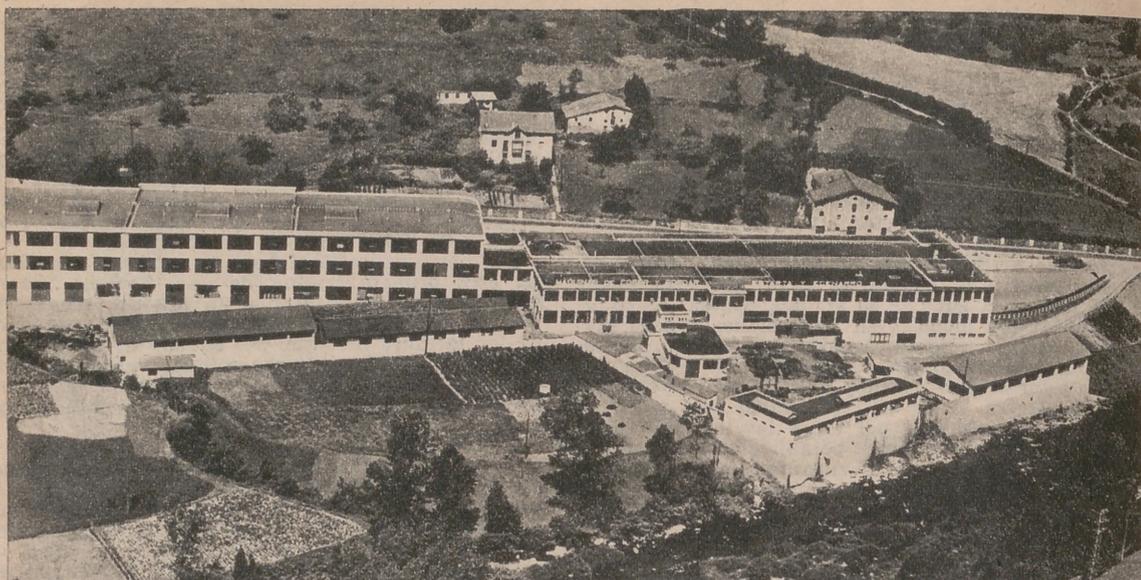
D-ten

el desodorante mágico!
con clorofila

Dana
EN EL MUNDO ENTERO



PRECIOS		
SÓLIDO EN BARRA	LIQUIDO	"PETALOS"
25 PTAS.	(FRASCO VAPORIZADOR)	20 PTAS.
RECAMBIO: 17 PTAS.	RECAMBIO: 15 PTAS.	



UNA FABRICA

Estarta y Ecenarro, S. A.

UN PRODUCTO

Máquinas de coser y bordar

UNA MARCA

"SIGMA"

LAMA poderosamente la atención de los técnicos que visitan la actual Feria de Muestras de Barcelona un nuevo modelo de máquina de coser que en la misma se halla expuesto. Se trata de la máquina de coser SIGMA-INDUSTRIAL, que como prototipo para una inmediata fabricación presenta dicha acreditada marca.

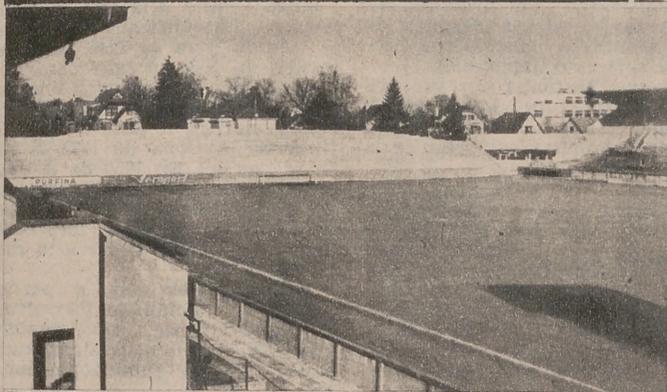
Esta máquina, destinada a la sastrería y a las industrias de la confección, tapicería, zapatería, lonas, etc., está concebida para trabajos duros y dotada de elementos técnicos que le permiten elevadas velocidades de trabajo dentro de esta modalidad. Este modelo, que no se fabricaba en España, viene a cubrir las necesidades de nuestro mercado y podrá ser exportado con el mismo éxito y prestigio que han adquirido internacionalmente las máquinas de coser y bordar SIGMA de tipo doméstico.

La fábrica de la firma Estarta y Ecenarro, S. A., de Elgoibar (Guipúzcoa), está montada con el utillaje más moderno que existe. Dispone de diversos aparatos electrónicos de control, lo que le ha permitido llegar a los más altos índices de productividad y precisión.

Actualmente fabrica 270 máquinas de coser diarias completamente terminadas, con su correspondiente mueble. Además de atender el mercado nacional, exporta a 52 países, entre ellos Estados Unidos, claro exponente de la excepcional calidad de las máquinas SIGMA.

El valor de las máquinas SIGMA exportadas hasta la fecha sobrepasa los 200 millones de pesetas.

SUIZA, ESTADIO DE 3 CONTINENTES



PROLOGO A LA V COPA DEL TORNEO MUNDIAL DE FUTBOL



Izquierda: Estadio Charminles, en Ginebra, capaz para 40.000 espectadores, donde se enfrentarán Méjico-Brasil, Francia-Méjico y Turquía-Corea

ALOJAMIENTO DE LOS EQUIPOS

La selección francesa se alojara en el castillo de Dully (de cara al lago Lehman), que en estos últimos años acogió a huéspedes tan famosos como Winston Churchill y el Shah de Irán. Los austriacos se concentrarán en Baden; escoceses e ingleses, entre Morat y Montreux, se han quedado con... Lucerna. Los italianos velarán armas en Bulle, en tanto que los alemanes optan por concentrarse en Spiez, a orillas del lago Thoune. Brasil habla de alojarse en Macolin-sur-Bienne, donde habrá de coincidir con la selección Nacional suiza.

EL PROBLEMA DE LAS ENTRADAS

Además de las numerosas delegaciones repartidas por el mundo entero funciona en Basilea una oficina centralizadora de la venta de localidades para el extranjero. Las señas son: European Tour, Basilea-16, Suiza. Los precios que han de regir en los próximos Campeonatos son, en francos, los que siguen:

con ser escenario de la Olimpiada de 1960. Mientras se conforma con prestar su cuadro admirable a tres partidos de los octavos: Francia-Yugoslavia, Suiza-Italia y Yugoslavia-Brasil. El campo de La Pontaise se alza sobre una pequeña colina y tiene una capacidad aproximada de 50.000 plazas.

Lugano.—Puerta de Italia, es un rincón latino trasplantado a Suiza. En razón de su situación geográfica, la Comisión organizadora de la Copa ha reservado a Lugano un partido de los octavos, a disputar en el estadio Cornaredo (40.000 localidades). Italia-Bélgica.

Zurich.—Encadenada a sus recuerdos históricos, la gran metrópoli suiza se niega a reemplazar el viejo Hardturm (propiedad del Grasshoppers) por otro de estilo más moderno. Por tanto, en el Hardturm—36.000 plazas—se jugarán el Austria-Escocia, la Hungría-Corea y el Austria-Checoslovaquia.

Los estadios más amplios (Berna, Lausana, Basilea y Ginebra), salvo razones de más peso, serán probables escenarios de los partidos correspondientes a la segunda vuelta. Las semifinales se llevan a Basilea y Lausana, la final a Berna y el partido de «terceros» será para Zurich el 3 de julio próximo.

DEL 16 de junio al 4 de julio próximo se van a disputar en Suiza los partidos correspondientes a la fase final del V Campeonato Mundial de Fútbol. Dieciséis equipos, representativos de tres Continentes, van a medirse con el pensamiento fijo en la gran final de Berna. Con toda seguridad la Copa del Mundo es la competición deportiva más importante de cuantas en la actualidad se celebran, y para su normal desarrollo no se han regateado esfuerzos ni colaboraciones. Suiza entera coopera al mayor éxito del torneo, y sólo así fue posible encontrar escenarios ideales para los matches de competición. Son éstos:

LOS TERRENOS DE JUEGO

Basilea.— La gran villa del Rin, frontera de tres naciones, construye para la fase final del Campeonato del Mundo un estadio totalmente nuevo: el de Saint Jacques, de casi 50.000 localidades. Allí se celebrarán los siguientes «octavos»: Bélgica-Inglaterra, Uruguay-Escocia y Hungría-Alemania.

Berna.— La capital de Suiza, dotada del espléndido estadio Wankdorf, escenario de las hazañas de los Young-Boys, de 60.000 plazas amplias, será testigo de tres partidos eliminatorios, amén de los aun por designar, correspondientes a fases posteriores. Se han concedido a Berna el Uruguay-Checoslovaquia, el Turquía-Alemania y el Suiza-Inglaterra.

Ginebra.—La ciudad suiza, coladora a la puesta en escena de la Copa Rimot con el estadio del Servette. Charminles, con sus 40.000 localidades, será teatro de los choques siguientes: Méjico-Brasil, Francia-Méjico y Turquía-Corea.

Lausana.—Sede del Comité Olímpico Internacional, sueña

	General de pie	Numeradas descubiertas	Tribuna
Octavos	3,50	9,40	13,80
Cuartos	4,—	11,60	20,60
Semifinal	4,80	13,80	26,10
Final	6,—	17,20	34,30

LOS EQUIPOS CLASIFICADOS

Como de todos es sabido, son 16 las selecciones nacionales que, salvada con éxito la criba previa, se han ganado el derecho de competir en la fase final de Suiza. América está representada por Brasil, Méjico y Uruguay. Asia, por el combinado de Corea y Turquía. (En 1938, Asia estuvo representada por vez primera en la fase última del Campeonato del Mundo por la India Holandesa, batida con estrépito ante Hungría.) Los 11 países restantes son europeos: Alemania, Austria, Bélgica, Checoslovaquia, Escocia, Francia, Hungría, Inglaterra, Italia, Suiza y Yugoslavia. Quedaron en la cuneta equipos de calidad bastante superiores a algunos clasificados, como, por ejemplo Paraguay, Chile (Argentina que hizo w. o.), España, Suecia y algún otro más.

LOS PARTICIPANTES EN CAMPEONATOS ANTERIORES

Alemania.—Ausente en la Copa de 1930, debuta cuatro años después, alcanzando un muy satisfactorio tercer puesto. Eliminada por Checoslovaquia en la semifinal, vence con brillantez a la selección austriaca en la final de terceros. En 1938 cae eliminada en los octavos de final por Suiza. No participa en 1950.

Austria.—Tampoco interviene en el Mundial de Montevideo. En 1934, eliminada por Italia a las puertas de la final, se inclina ante la seguridad alemana en lucha directa por el tercer puesto. Clasificada para la fase final de 1938, renuncia a su derecho al ser anexionada a Alemania. Ausente en Brasil en 1950.

Bélgica.—Queda pronto fuera de combate en 1930. Cuatro años después se clasifica para la fase final por mejor coeficiente que Irlanda, y no mejora su papel anterior. En 1938 llega a los cuartos de final, donde cae ante los organizadores del torneo: Francia. No resuelve favorablemente las eliminatorias previas de 1950 y no alcanza el derecho de presentarse en Brasil.

Brasil.—En 1930 pierde un encuentro decisivo ante Yugoslavia. En 1934, elegida cabeza de serie, Brasil es claramente derrotada por el equipo español en uno de los mejores momentos de su historia. Cuatro años más tarde es tercera al vencer a Suecia por 4-2. Patrocina la IV edición, y tras unos resultados bastante expresivos, pierde la gran final de Maracanã ante su tradicional ad-

versario: Uruguay. El exceso de confianza les quita un título que parecía a su alcance.

Checoslovaquia.—Debuta en 1934, clasificándose subcampeona del mundo. Un gol de Schiavio, metidos de lleno en la prórroga, da la victoria al once italiano. Tampoco tiene suerte en la edición posterior, al ser batida por Brasil (1-2) en tiempo extra. Ausente en la ronda brasileña de 1950.

Corea.—Llega por primera vez a una fase decisiva, después de unos resultados concluyentes sobre la selección japonesa.

Escocia.—Participa por vez primera en el Mundial de 1950 y renuncia a llegar a la fase final al no proclamarse campeón de la zona británica.

Francia.—No llega lejos en 1930, batida consecutivamente por Chile y Argentina. En 1934 es eliminada por Austria, entonces en pleno declive del equipo maravilla de Meils. Ante su público se ven frenados por los luego campeones: Italia. Y en 1950 la elimina Yugoslavia, después de tres partidos competitísimos (empate a uno en Belgrado, empate a uno en Colombe y victoria yugoslava en Florencia por 2-3).

Hungría.—Ausente en 1930, es eliminada por su rival histórico —Austria— en los cuartos de final del Campeonato siguiente. En 1938 merece los más cálidos elogios al proclamarse subcampeona del mundo. Tras una serie de victorias brillantísimas, se inclina ante la eficacia italiana. Tampoco acude a la fase final de 1950.

Inglaterra.—Tozudamente encerrada en su «espléndido aislamiento», la selección inglesa hace «forfait» en las tres primeras Copas que se organizan. Se estrena en la de 1950, ganándose el derecho a volar a Río tras proclamarse vencedor del sector británico. En Brasil, aparte su cómoda victoria sobre Chile, sólo la esperan decepciones; allí iban a caer pulverizados los últimos vestigios de un imperialismo: el del fútbol, donde hasta entonces Inglaterra mandaba.

Italia.—Consigue su primer título mundial en su primera intervención oficial. En 1934, tras las «épicas jornadas florentinas», en que bate de forma dudosa al equipo de España, se abre el paso a la final, que se adjudica sobre Checoslovaquia, a la que vence en tiempo suplementario. Revalida el éxito en la tercera Copa, disputada en tierras francesas, tras salvar victoriosamente los obstáculos de Noruega, Francia, Brasil y Hungría en la final.

Calificada automáticamente para la fase final de 1950, es sorprendentemente eliminada a las primeras de cambio. La larga travesía en barco—el fantasma de «Superga» estaba entonces presente en las mentes italianas—aminora

las posibilidades italianas, como era de prever.

Méjico.—En 1930 es derrotada ampliamente por los mestizos de Chile, Francia y Argentina. En 1934 es eliminada por Estados Unidos, y la actuación del cuadro azteca deja tan mal sabor de boca, que los dirigentes mejicanos deciden no presentarse al Mundial siguiente. Reaparecen en 1950, donde vuelven a cosechar sólo malos resultados.

Suiza.—Falta a la cita de Montevideo. Descalificada Rumania, es elegida para la fase final del torneo de 1934, donde logra una victoria sobre Holanda y una derrota de pies checos. Los húngaros la cierran el paso a la semifinal de la Copa de 1938 al batirlas por 0-2. En 1950 da la gran sorpresa de San Pablo, igualando a dos tantos con la potente y confiada selección brasileña, pero no consigue llegar a la ronda final.

Turquia.—Renuncia a participar en la edición de 1934, debutando, por tanto, como finalista este año, tras la sensacional campaña de la eliminación española.

Uruguay.—Se proclama triunfador de la primera Copa, que ella organiza en 1930. La «celeste olímpica» se desembaraza sucesivamente de Perú, Rumania, Yugoslavia, y en la gran final del estadio Centenario, de Argentina. El entusiasmo que provocó el choque de las dos potencias del fútbol americano fué extraordinario. Cientos de fanáticos partidarios del equipo argentino se trasladaron a Montevideo en paqueteros especiales. Se tomaron toda clase de precauciones para impedir incidentes; baste decir que hasta los jugadores uruguayos fueron objeto de una vigilancia constante de guardias a caballo para protegerlos de la multitud. Ausente en las ediciones de 1934 y 1938, reaparece en Brasil, donde «bisa» el título al imponerse en dramática final al equipo local apenas por 2-1.

Yugoslavia.—Una de las cuatro selecciones que embarcó en Villafraanca del Mar a bordo del «Conte Verde» tiene una destacada actuación en Montevideo, inclinándose únicamente al continuado acierto de Uruguay. En 1934 y 1938 no participa en la fase final al ser eliminada en las cribas previas. En Brasil, tras los triunfos logrados sobre Suiza y Méjico, cae ante Brasil por 0-2, después de un partido de nervios, no exento de incidentes.

EN BUSCA DEL VENCEDOR 1954

Es difícil predecir quién ha de ser el triunfador de la final del estadio Wankdorf. A mi modo de ver, el orden de probabilidades es el siguiente:

1. Hungría, 4 a 7.
2. Brasil, 1 a 2.
3. Uruguay, 2 a 5.
4. Italia, 1 a 4.
5. Austria, 1 a 5.
6. Yugoslavia, 2 a 11.
7. Francia, 2 a 11.
8. Inglaterra, 2 a 11.
9. Alemania, 1 a 7.
10. Bélgica, 2 a 15.
11. Suiza, 1 a 8.
12. Checoslovaquia, 1 a 9.
13. Escocia, 1 a 9.
14. Turquía, 1 a 10.
15. Méjico, 1 a 13.
16. Corea, 1 a 20.

La selección nacional inglesa a entrenar a sus hombres en el campo de Rochampton (Londres) con vista al Campeonato Mundial



Toda esta cotización está supe-
ditada, a lo que entiendo, por re-
sultados lógicos. El gran favorito
es Hungría, aun cuando uno ten-
ga sus reservas sobre el rendi-
miento de la máquina húngara
ante un rival pegajoso y duro y
con un fútbol más flexible que
el inglés. Brasil y Uruguay, ju-
gando a la contra, pueden dar
un susto al más pintado.

REPOKER DE ASEs

Con ocasión de los próximos
Campeonatos, van a evolucionar
sobre los «fields» suizos los mejo-
res futbolistas profesionales del
mundo. Faltarán a la cita algún
«crack» argentino, alguna estrella
española, acaso algún paraguayo
o sueco en posesión de la mejor
técnica de juego. Lo demás, la
flor y nata del deporte mundial.
Por Brasil irá, por ejemplo, Didi,
un fenómeno de color que tiene
la «sinceridad» de declarar públi-
camente estas tres cosas: que
juega por dinero, que le atraen
las faldas y que le fastidian so-
bremanera las concentraciones.

Por Inglaterra irá Baldy
Wright, sostén defensivo del equi-
po de las Islas, pese a haber
traspasado el paralelo de los
treinta hace tiempo. Wright es
un profesional perfecto, entusias-
ta ejemplar y catalizador de las
acciones del equipo nacional in-
glés. A Suiza probablemente ira
Fritz Walter, un veterano del
Alemania-España de 1942, y al
que se conoce en el ambiente de-
portivo germano con el remo-
que de «el mago del tacón» por
sus recursos en el juego.

Oswirk, el fenómeno austriaco,
asombrará por su elegancia y efi-
cacia. Kopa y Vignal irán por
Francia, mientras Hungría desta-
cará un stock impresionante de
figuras. Desde Puskas, considera-
do como el jugador más completo
del mundo, el interior que perfec-
ciona su excelente dominio de
balón con sus dos horas diarias
de ejercicios de adiestramiento,
hasta Bozsik, capitoste de la Po-
licia de Budapest. Estará Tchar-
kowsky, el «compositor» del fút-
bol yugoslavo. Y «San Obdulio»
Varela, el hombre más popular
de Uruguay, que es el padrazo
del equipo nacional.

Se reparten el favor popular
Hungría y Brasil, cuyas seleccio-
nes nacionales, por necesidades
imperiosas del sorteo, no podrán
llegar a disputar la final, puesto
que se han de encontrar o en los
cuartos o en la semifinal en todo
caso. Lo lógico sería que en Ber-
na viéramos el 4 de julio próximo



La selección uruguaya que competirá en el torneo de Suiza
aparece en esta fotografía durante el partido que jugó contra
el Real Madrid

a uno de estos dos equipos frente
al vencedor del otro grupo, que ha
de estar entre Uruguay, Italia o
Austria quizá.

LA COPA DEL MUNDO

Es un objeto de arte ofrecido
por la F. I. F. A. al vencedor del
torneo que ella organiza. Para lo-
grarlo en propiedad es necesario
adjudicárselo tres veces seguidas
o alternas. En consecuencia, Ita-
lia o Uruguay, caso de vencer en
Suiza, se convertirían automáti-
camente en propietarias de la
Copa Rimet. El famoso trofeo es
de oro fino, mide sesenta y cin-
co centímetros de altura, está or-
lado de piedras preciosas y tiene
un valor—cotización 1930—de un
millón ochocientos mil francos
franceses. Ahora vale veinte ve-
ces más.

LOS REYES DEL GOL

Cuatro jugadores, un argentino,
un checo y dos brasileños, tui-
eron la satisfacción de ser procla-
mados máximos goleadores en los
Campeonatos hoy celebrados.

En Montevideo, Guillermo Stá-
bile hizo ocho goles en un total
de cinco encuentros. Stábile fué
un claro exponente de lo que vale
la finura y la inteligencia ante las
facultades físicas solas. Poseedor
de un «dribling» impecable y de
fintas engañadoras, el «Filtrador»
simultanea en la actualidad el
entrenamiento del Rácing y la di-
rección del once nacional.

En 1934 fué máximo goleador el
checo Nedjedly, jugador especia-
lizado en la maniobra impersonal,
eminencia gris del equipo nacio-
nal de Checoslovaquia. Totalizó
cinco goles (tres de ellos conse-
guidos frente a Alemania), sien-
do, por una sola vez, el máximo
realizador del once, honor que ca-
si siempre recaía en el extremo
Puc.

Leónidas fué, sin discusión, la
gran «vedette» de la III Copa del
Mundo, donde se reveló como ex-
celente transformador. Hizo siete
goles, dejando de jugar la semi-
final con Italia, influyendo su au-
sencia en la eliminación de Bra-
sil. Leónidas, jugador físicamente
débil poseía un «sprint» diabólico
y un conocimiento extraordina-
rio de la situación. Cuando Bra-
sil pensó seriamente en ganar la
IV Copa del Mundo, se produje-
ron campañas de Prensa en favor
de la alineación de Leónidas en
la escuadra representativa, quan-
do el viejo «crack» arrastraba
treinta y nueve años y más de
veinte de actividad deportiva.

Reciente está el éxito personal
de Ademir Marques—ocho goles
en total—en el último mundial
celebrado. Jugador brillante e
irresistible, alternó su eficacia
tanto en el eje del ataque como
en las funciones estratégicas del
interior.

Rafael SANCHEZ-GIRON
(Fotos Torreño.)

CALENDARIO DE LA COMPETICION

		Finales	
Brasil-Méjico	Brasil-Yugoslavia	A + B	I-K Vencedores en- tre sí (1.º-2.º).
Francia-Yugoslavia	Francia-Méjico		
Hungría-Corea	Hungría-Alemania... ..	C + D	
Turquía-Alemania	Turquía-Corea		
Austria-Escocia	Austria-Checoslovaquia ...	E + F	L-M Vencidos en- tre sí (3.º-4.º).
Uruguay-Checoslovaquia	Uruguay-Escocia		
Inglaterra-Bélgica	Inglaterra-Suiza	G + H	
Italia-Suiza	Italia-Bélgica		

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

SUIZA, ESTADIO DE TRES CONTINENTES

PROLOGO A LA V COPA DEL
TORNEO MUNDIAL DE FÚTBOL



He aquí dos panorámicas de los campos deportivos de Suiza, escenarios del Campeonato mundial de fútbol. Vea esta interesante información en la página 61